

CIÓ

J. OHNET

UN
ANTIGUO
RENCOR

PQ2378

03

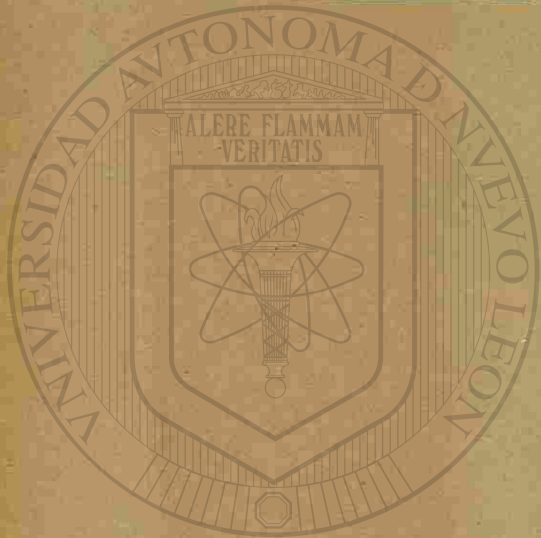
A582

Chase





1020026706

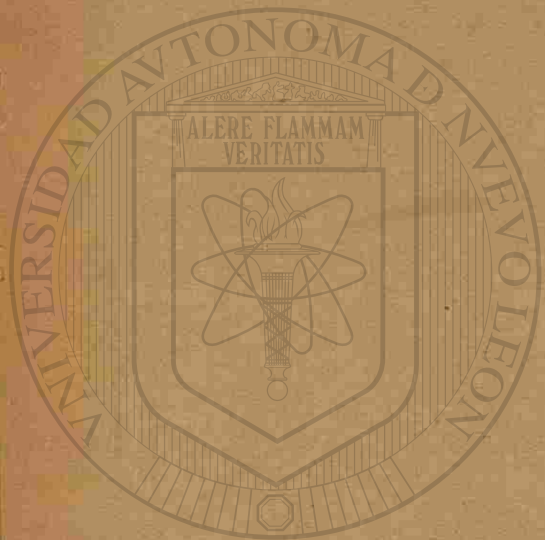


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UN

ANTIGUO RENCOR

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor 06382
Núm. Adg. 30639
Procedencia 8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó fg
Catalogó _____

JORGE OHNET

UN

ANTIGUO RENCOR

TRADUCCIÓN

DE

F. SARMIENTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UN



LIBRERÍA DE LA V^{da} BECH COURET

PARÍS

23, Rue Visconti, 23

1895

Propiedad del editor.

85705

30633



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

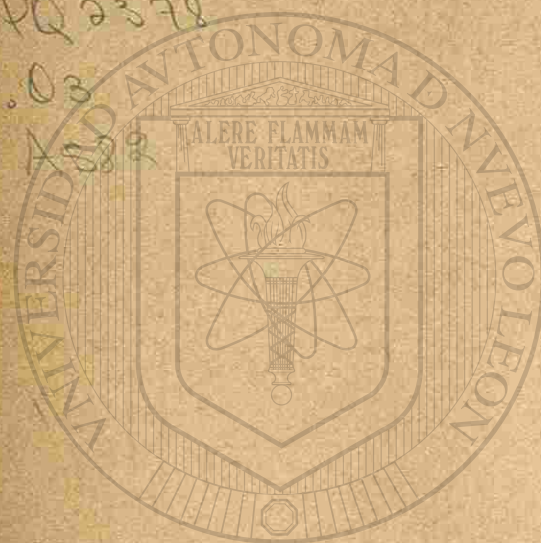
893

Q

PQ 2372

.03

1982



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UN ANTIGUO RENCOR

CAPÍTULO I

DE CÓMO SE PUEDE ODIAR POR HABER QUERIDO
 DEMASIADO.

Las campanas sonaban alegres en una atmósfera tibia y ligera; las golondrinas pasaban rápidas, en bandadas, arrojando sus agudos chillidos; el sol de junio derramaba sus rayos dorados á través de las ramas, y á lo largo del paseo de fillos que conduce desde la plaza de la iglesia hasta la quinta de la señorita Guichard, la boda caminaba lentamente sobre el césped.

En el momento en que la comitiva, con los novios á la cabeza, desembocaba ante la verja completamente abierta, todos los curiosos de la

aldea, agrupados cerca del pabellón del jardinero, prorrumpieron en tan descompasados gritos, y los petardos, prendidos por el cochero, estallaron con tal estrépito, que todos los pájaros que anidaban en el ramaje volaron espantados. El novio sacó del bolsillo todo el dinero que había preparado para las circunstancias y arrojó en círculo una lluvia de monedas de cincuenta céntimos sobre aquella horda de desgredados, que se arrojó por el polvo con tal furor, que en un momento no se vió más que una mezcla confusa de calzones, brazos y piernas enredados.

Después se deshizo el montón y con algunos pedazos de vestido de menos y algunos bultos en los ojos de más, todos los alborotadores se marcharon corriendo hacia la tienda de comestibles. La boda penetró en el jardín, siguió solemnemente la orilla de la pradera, subió la escalinata y entró en el salón completamente adornado con ramos blancos. Las señoras rodearon á la novia, oculta bajo un largo velo y la felicitaron con ardor. La señorita Guichard, apoyada en la chimenea, con el empaque de una reina, recibía los cumplimientos de la parte masculina de la reunión.

Era la tal una mujer alta y delgada, de cara amarillenta á la que formaban cuadro unos cabellos de un negro azabache. Los ojos orgullosos,

coronados de espesas cejas, estaban como incrustados en una frente estrecha y altanera. La boca era fina, sinuosa y como contraída con desagrado. La barbilla puntiaguda indicaba á su pesar tendencias autoritarias llevadas hasta la tiranía. En aquel momento hablaba con la señora Tournemine, mujer del alcalde de la Celle-Saint-Cloud, sin dejar de observar con el rabillo del ojo á los jóvenes desposados, que, poco á poco, se habían quedado solos en el hueco de una ventana.

— Señorita, he aquí un día lleno de emociones para usted, dijo la alcaldesa. Verdaderamente el señor Mauricio Aubry es un joven encantador y que parece animado de las mejores disposiciones. Amará á usted tanto más cuanto mayor sea la dicha que va á proporcionarle su deliciosa mujer... y en vez de una sola afección, va usted á estar rodeada de una doble ternura por esa amable pareja que nunca la abandonará...

— ¡Jamás! exclamó con energía la señorita Guichard; el señor Aubry se ha comprometido á ello formalmente.

— Sin duda, replicó con afectada dulzura la señora Tournemine; tiene unos sentimientos bastante buenos para pensar nunca por sí mismo en faltar á ese compromiso... pero el tiempo trae frecuentemente modificaciones en los planes me-

por formados... Los caracteres se manifiestan libremente, las simpatías se debilitan, las ideas de independencia se abren paso... Ciertamente, usted es una persona avisada y resuelta... Usted sabe ver claro é imponer sus deseos... Pero, sin embargo, bueno es prever que el marido pueda ser mal aconsejado...

Hacia un instante que la señorita Guichard estaba agitada y moviendo los pies como si quemase el suelo. Al oír las últimas palabras no pudo contenerse y exclamó en voz alta :

— ¡ Mal aconsejado ! ¡ mal aconsejado ! ¿ Por quién ?

— Cállese usted, querida señorita, dijo con aire asustado la alcaldesa. No tome usted en mal sentido mis palabras, inspiradas sólo en el interés que por usted tenemos mi marido y yo...

— Su marido de usted... interrumpió la fogosa solterona, ¿ qué ha sabido ? Dígame usted la verdad !

— Pero si no sabe nada ; supone solamente, como yo, que don Mauricio podrá, en un momento dado, ser impulsado por una influencia... exterior...

— ¡ Cuál ! Diga usted todo su pensamiento...

— ¡ Pero si eso sería tan natural, querida señorita !... El señor Roussel de Pontournant...

— ¡ Oh ! Ya se ha pronunciado ese nombre execrable, exclamó con amarga sonrisa la señorita Guichard ; sí, el señor Roussel, el tutor de Mauricio.

— Y primo hermano de usted, insinuó la señora Tournemine.

— Y mi más mortal enemigo, sí, señora. He aquí el peligro para mí... Pero le he prevenido de antemano. El señor Mauricio Aubry está indispuerto con su tutor y la ausencia del señor Roussel en un día como este es buena prueba de lo que la digo. Sí ; para entrar en mi casa, el marido de mi sobrina debía romper todos los lazos con el que me odia... Era preciso que escogiera entre él y nosotras y así lo ha hecho. ¿ Podría haber dudado un solo instante ?

Al decir esto, la señorita Guichard señalaba á los recién casados que estaban de pie cerca de la ventana del jardín, muy cerca el uno del otro, sonrientes y radiantes, formando un precioso grupo. La joven se había quitado el velo y la corona y con el traje blanco cubierto de flores de azahar, rubia y sonrosada y los ojos animados por la alegría, era la imagen viva de la felicidad. Muy moreno, la barba en punta, el cabello cortado coronando una hermosa frente, viva la mirada, Mauricio había cogido la mano de Herminia y la hablaba con animación. ¿ Qué decía ? La señorita

Guichard no podía oírlo. Pero la joven movía la cabeza con aire de duda y una cierta inquietud. Dió algunos pasos por la escalinata y lentamente, seguida por Mauricio, descendió al jardín. Una vez allí, seguros de estar á salvo de los indiscretos, reanudaron la conversación empezada en medio de sus invitados.

— Era el único partido que podíamos tomar, dijo Mauricio.

— Pero ¡qué peligroso! suspiró Herminia.

— Si hubiéramos descubierto nuestros proyectos todo estaba perdido; ¿podíamos entonces obrar de otro modo que como lo hemos hecho?

— Es verdad. Pero, sin embargo, me oprime el corazón la idea de que engaño á la que me ha servido de madre.

— Es por su misma tranquilidad.

— ¿Estás bien seguro?

— Mi padrino está pronto á reconciliarse con ella... Ayer mismo me lo repitió y lo hará por cariño hacia mí. ¿Puedes admitir que la señorita Guichard sea más intransigente y menos tierna?... Hay que contar con la primera impresión que producirá á tu tía la presencia del señor Roussel. Él está decidido á ofrecerle la mano y hasta á darle explicaciones, ¡y bien sabe Dios que no se las debe!... Sí ante tanta condescendencia la

señorita Guichard no se desarma, será preciso desesperar de todo. Yo estoy lleno de esperanza porque te adoro, y sin esa reconciliación no hay dicha posible para nosotros.

— ¡Ah! Mauricio, hemos sido muy atrevidos ocultando la verdad á mi tía... ¡Acaso hubiera sido mejor decírselo todo!

— ¿Para que un cuarto de hora después me hubiera puesto en la puerta y me hubiera impedido volverte á ver?

— Es posible que yo la hubiera enternecido con mis súplicas y mis lágrimas. Me quiere verdaderamente y hubiera dudado antes de causarme tanta pena...

— Eso era dudoso, querida Herminia, mientras que ahora soy tu marido, me perteneces, tengo derechos sobre ti. Y si fueran puestos en duda...

— Bien, ¿qué harías? preguntó la joven con encantadora sonrisa.

— Tomaría una resolución violenta. Te llevaría de aquí, y lejos de las luchas de familia, al abrigo de antiguos rencores, viviría para ti sola y trataría de hacerte olvidar con mi ternura las afecciones transitoriamente abandonadas...

— Eso sería una ingratitud.

— Eso sería habilidad. Ya verías como se establecía prontamente la inteligencia. El vacío que

haríamos traería la reflexión y la reflexión produciría la reconciliación... Créeme, querida Herminia, unidos somos muy fuertes... Y si me dejas conducirte, si obras como yo te lo aconseje, tenemos segura la victoria.

— Me hace mucha falta creerlo así...

Estaban en este momento en una preciosa calle de frondosos árboles, lejos de todas las miradas. Mauricio rodeó con el brazo el talle de su joven esposa y la atrajo hacia sí. Herminia, ruborizada, bajó sus hermosos párpados y con un movimiento de gracioso abandono, apoyó la cabeza en el hombro de Mauricio... Éste se inclinó hacia ella y dulcemente acarició con un beso la blanca frente y los cabellos de oro de la mujer amada... Y con lentitud tomaron de nuevo el camino de la casa, donde, en el salón, abierto de par en par, la señorita Guichard seguía haciendo los honores, ignorando el peligro que le amenazaba.

« Antiguo rencor » había dicho Mauricio hablando de los disentimientos que dividían hacia veinte años al señor Roussel y á la señorita Guichard. Hubiera podido añadir « rencor de amor », porque si la tía de Herminia odiaba tan ardientemente al tutor de Mauricio, era por haberle amado demasiado. Una pasión convertida en aborrecimiento y cuya levadura fermentaba siempre con

violencia en el corazón de la solterona. Hacia el año 1867, el señor Guichard, soltero muy rico y cuyos herederos eran su sobrino, Fortunato Roussel y su sobrina Clementina Guichard, había acariciado el sueño de no dividir su fortuna y de casar á sus sobrinos. Esta alianza había sido fijada en una de las cláusulas de su testamento, y queriendo servirse del interés como agente de su voluntad, había desheredado al que se negase á casarse con su coheredero.

Después de haber llorado al difunto lo que pedían las conveniencias, Fortunato y Clementina tuvieron una entrevista con el notario, el cual, al ilustrarles sobre las intenciones de su tío, les procuró una sorpresa que no era precisamente en los dos de la misma naturaleza. Mientras Clementina saltó de gozo, pues había sentido siempre resuelta inclinación por su primo, á quien se llamaba en su casa el bello Roussel, Fortunato torció el gesto, pues se sentía menos que medianamente predispuesto al matrimonio, por sus ideas generales acerca del santo lazo y mucho menos aún por su gusto particular hacia la señorita Guichard. Tan poco entusiasmo demostró, que su prima concibió un violento despecho, que se manifestó, no ciertamente con frialdades, sino con un aumento de amabilidad.

Lo peor del caso fué que este modo de estar amable tenía en Clementina algo de molesto y de autoritario que crispaba los nervios de Fortunato. Parecía decirle : « Estoy condescendiente con usted, porque usted me pertenece. Mis bondades son una de las consecuencias de mi poder sobre usted. Le tengo á usted en mi gracia, como á mis perros, á mis loros ó á mis criados, si me acarician, me divierten y me sirven bien. Pero, ¡ ay de usted, como de ellos, si no procura por todos los medios satisfacerme ! » Y el diablo quiso, precisamente, que ese despotismo afectuoso fuese, entre todas las formas de ternura, la que más disgustase á Roussel, muy vivo, muy independiente, y absolutamente nada inclinado á dejarse dirigir, siquiera fuese por una mujer bonita. Porque Clementina, de edad de 23 años, era agradable, á pesar de un cierto aire masculino que se indicaba por la abundancia de sus cejas, la firmeza de su perfil, la dureza de su voz y ciertos movimientos bruscos que hubieran gustado en una cantinera. Con todo, tenía estatura elevada, buen aire, ojos magníficos, tez mate y admirable cabello negro.

¿ Cómo, con tales prendas, Clementina no tenía pretendientes y se disponía á la ingrata tarea de vestir imágenes? Fortunato daba la explicación en pocas palabras : « Produce cierta inquietud y

malestar, decía ; ¡ le parece á uno que está haciendo la corte á un hombre ! » Sin embargo, no por ambición de dinero, porque Roussel estaba al frente de un negocio muy lucrativo, sino por obedecer la última voluntad de su tío, Roussel no había rechazado la idea de casarse con Clementina y había resuelto intentarlo ; lo que denotaba en él que era un buen muchacho, porque su prima no le gustaba y él tendía poderosamente á la libertad.

Convinieron en verse para tratar de ponerse de acuerdo y todas las tardes iba Fortunato á tomar una taza de té en casa de Clementina. Ésta se hacía de almíbar para recibirle y ordinariamente, cuando ella le había instalado á un lado de la chimenea, Roussel se decía, mirándola á buena luz : Verdaderamente, no es fea. Y procuraba por su parte romper el hielo que se amontonaba entre ellos. Todo iba bien durante una hora, pero después la provisión de amabilidad de Clementina y las reservas de paciencia de Fortunato se agotaban poco á poco, y llegaban las contradicciones, las discusiones, las frases agrias, y el primo salía de la casa con precipitación, pensando : Dios mío ; ¡ qué desagradable es ! Ella le veía huir con pena, suspiraba y se echaba en cara su humor batallador, porque se daba cuenta perfectamente de su

defecto, y se prometía poner de su parte el día siguiente cuanto fuera preciso para no alterar la buena armonía, pero jamás lograba dominarse.

Un asunto de conversación la preocupaba sobre todo y le abordaba con frecuencia, aunque fuese motivo para que su desacuerdo con Fortunato se acentuase con violencia. El abuelo de Roussel, general del primer imperio, había recibido de Napoleón primero el título de Barón después de la campaña de 1813, en la cual se había portado como un héroe. El barón Roussel había constituido un mayorazgo de diez mil francos de renta y añadido á su título el nombre de la tierra de Pontournant. Su hijo, que en tiempo de Luis Felipe se había dedicado á la industria, creyó oportuno llamarse sencillamente Roussel, y Fortunato, continuador de los negocios y partícipe de los escrúpulos de su padre, dejaba en el olvido su título nobiliario. Ni la más insignificante enseña de nobleza; ni el más pequeño *de*; nada de Pontournant; Roussel á secas; ¡el bello Roussel! y aun, para los íntimos, ¡Roussel el menor! Y él se reía de eso; ¡horror!

Á Clementina ese olvido no le hacía gracia ninguna. El título de Barón, y ese nombre con rastillo, con barbacana y con torres almenadas, Pontournant, le fascinaba por su aire de la edad

media y hubiera querido llevarle. Ser baronesa de Pontournant con los ochenta mil francos de renta del tío Guichard, con más la fortuna de su primo y la suya; ¡qué sueño! ¡Y este Fortunato, poco complaciente, no quería que se le hablase de tal asunto! se burlaba de las veleidades aristocráticas de Clementina y no quería absolutamente proporcionarse el ridículo de convertirse en barón de Pontournant á los cuarenta años y siendo un notable comerciante, condecorado bajo el sencillo nombre de Roussel.

Cuanto mayor era su repugnancia á satisfacer ese deseo de su futura, más grande se hacía el ardor con que ésta se empeñaba en imponérsele. Discutiendo el pro y el contra del escudo nobiliario habían roto ya algunas lanzas y de esto vino todo el mal. Clementina, rechazada con ironía, se había batido prudentemente en retirada; pero una retirada no es una derrota para quien posee una voluntad decidida y nuestra heroína acechaba una ocasión de volver victoriosamente á la carga. Fortunato Roussel acababa de ser nombrado capitán de la Guardia Nacional de caballería, cuerpo aristocrático en el que procuraban servir entonces todos los elegantes de París. Al felicitarle por su nombramiento, Clementina dijo á su primo:

— Ya estás enteramente metido en honores...

Serás recibido por el Emperador en las Tullerías... Te estoy viendo entrar en gran uniforme... Estarás magnífico. Pero ¡ cuánto mejor sería el efecto si al entrar te anunciasen : « ¡ El señor capitán barón de Pontournant !... »

— ¡ Bah! dijo el novio. El capitán Roussel suena muy bien.

— Sería de muy buen gusto volver á llevar el nombre de una ilustración del primer imperio...

— Mi abuelo no pondría buena cara á un miembro de la caballería ligera de la burguesía parisiense....

— Que podría entrar en la aristocracia tan fácilmente.

— ¡ Bonita ventaja!

— Un bonito nombre cuadra muy bien á un hombre arrogante.

— Prima, ¡ tú te propasas!

— Pero, en fin, ¿ á qué viene ese empeño de no llevar tu nombre?

— Porque yo soy un hombre de negocios.

— Déjalos.

— Dios mío, ¿ y en qué pasaré mi tiempo?

— En ocuparte de mí.

Á estas palabras siguió un largo silencio, como si Roussel hubiera estado midiendo todo el fastidio de semejante proposición y la señorita Gui-

chard calculando toda su inverosimilitud. Por fin, Clementina reanudó la primera la conversación y dijo :

— ¿ Por tan fútil motivo vas á causarme una pena sería?

— Mi motivo no es más fútil que tu deseo.

— ¿ Tan testarudo eres?

— ¿ Y tú tan vanidosa?

— ¡ Tan desgraciado serías por haberme hecho baronesa!

— ¿ Y no es, acaso por serlo por lo que tanto deseas que nos casemos?

Aquí se detuvieron, espantados del cambio de sus fisonomías : Fortunato, rojo como un gallo, estaba á dos dedos de la apoplejía y Clementina, devorada por la bilis, parecía amenazada de ictericia. Se encontraron mal y después de algunas palabras insignificantes, necesarias para atenuar la amargura de sus réplicas, se separaron muy descontentos y á mil leguas de una inteligencia. Roussel se fué á pie para calmar la efervescencia de su sangre y dando al diablo á su tío Guichard y á sus fantasías testamentarias.

— ¡ Bonita idea la de quererme casar con esta soltera rabiosa! ¿ Creería que por ochenta mil francos de renta iba á arriesgar la dicha de toda mi vida? Pardiez, no necesito su dinero... ¡ Que lo

guarde ella, puesto que el matrimonio es la condición *sine qua non* de la herencia! Yo seré siempre bastante rico, con tal de estar libre y tranquilo... ¡Si fuese marido de Clementina, gastaría todo el dinero del tío Guichard en consolarme de vivir á su lado... ¡Mal negocio!

Una vez en su casa, durmió mal; tuvo pesadillas espantosas y se despertó decidido á permanecer soltero. Clementina, después de haber pasado una parte de la noche rabiando y llorando, acabó por calmarse y se levantó con el propósito decidido de ceder en todos los puntos para no alejar á Fortunato, sin perjuicio de reconquistar, una vez realizado el matrimonio, todas las posiciones abandonadas. Se sentó á su mesa y escribió á su primo la más amable de las esquelas invitándole á venir á pasar la tarde con ella. Apenas había salido la doncella para llevarla, llegó una carta de Roussel anunciando á Clementina que un negocio imprevisto le obligaba á ausentarse por algunos días. La señorita Guichard exhaló un suspiro, se propuso hacer después á Fortunato las humillaciones que la dedicaba, y no pudiendo hacer cosa mejor que esperar, esperó.

Al cabo de quince días, como no recibiese noticias de su prometido ni oyese hablar de él, perdió la paciencia y se decidió á informarse. Inte-

rrogada la portera de la casa, respondió que el señor Roussel estaba en París, del que no se había movido, y que acababa de entrar en su casa. Á Clementina se le subió la sangre á la cabeza; se vió burlada, desdenada; el temor y la cólera la sublevaban al mismo tiempo. Prorrumpió en una exclamación que asustó á la portera y enseguida, tomando su partido en un segundo, se lanzó á la escalera, subió los dos pisos, llamó con violencia, y sin preguntar nada al criado, que la conoció y estaba estupefacto, entró como una avalancha en el gabinete de su primo.

Fortunato, sentado en una gran butaca y con una excelente pipa en la boca, leía tranquilamente su correo de la tarde, cuando la puerta, al abrirse bruscamente, le hizo levantar la vista. Se levantó rápidamente al reconocer á Clementina, colocó la pipa sobre la chimenea, metió las cartas en el bolsillo y con voz un poco temblorosa, porque tenía la sospecha de haberse conducido sin galantería, dijo:

— ¡Calla! querida prima, ¿eres tú?

Después de esta vulgaridad, permaneció cor-[®]tado, mirando con embarazo á Clementina, que estaba pálida, verdosa, sofocada, con los ojos dorados por la hiel. Por fin pudo recobrar la respiración y temblando de cólera, dijo:

— ¿Con que me ha engañado usted, diciéndome que se ausentaba? Yo le creía de viaje y está usted en París....

— He vuelto antes de lo que pensaba, balbuceó Fortunato.

— No mienta usted; porque no ha salido de París.

— Pero...

— ¡Oh! Ahora comprendo porqué no quiere usted llevar su título... No vendría bien con su carácter...

— ¡Prima mía!...

— Se ha portado usted conmigo como un patán.

— ¡Ah!

— Sí, ¡lo que ha hecho usted es una cobardía!

Y excitándose con el ruido de sus propias palabras, animándose con sus mismas violencias y viendo á Roussel consternado, Clementina llegó al paroxismo del furor. Traspasando todo límite, perdió la cabeza y si su primo hubiera respondido en el mismo tono, hubiera sido capaz de pegarle. Pero él estaba tan pacífico como ella excitada. En vez de replicar, de defenderse, observaba á su adversario y se afirmaba en la resolución de no unirse con semejante furia. Y, sin embargo, si en ese instante Fortunato hubiese proferido una sola palabra afectuosa; si hubiera procurado hacer

vibrar el corazón apasionado de la señorita Guichard, la hubiese hecho prorrumpir en sollozos, la hubiera obligado á pedir gracia y la hubiera permitido demostrar la verdadera ternura que sentía por él. Y acaso el uno y el otro hubieran sido felices, hasta tal punto arregla las cosas el amor. Pero Roussel no pronunció la palabra de afecto y Clementina, ahogada por la rabia y no encontrando ya más injurias que lanzar á la faz de su primo, arrojó un grito desgarrador y cayó en el sofá, víctima de un ataque nervioso.

Fortunato, que era la bondad misma, se precipitó á su socorro y recibió algunos puntapiés y alguna que otra tarascada, pero no retrocedió y empezó á desabrochar á Clementina, que lanzaba débiles quejidos. Le mojó concienzudamente las sienes con agua de Colonia y le hizo aspirar un frasco de sales. Estando inclinado hacia su prima, abrió ésta los ojos, le reconoció, se levantó de un salto, le dirigió una mirada de indignación, se volvió á abrochar y de pie en el umbral de la puerta, dijo:

— Conste que soy yo la que ha dado un paso de conciliación. Espero á usted á su vez esta tarde. Reflexione usted en las intenciones de nuestro tío Guichard y vea si le conviene sufrir las consecuencias de desobedecerle.

Clementina había vuelto á ponerse dura y arisca y acabó de desagradar definitivamente á Fortunato, el cual, creyendo necesario quemar sus naves y cortarse por completo la retirada, dijo en tono muy dulce :

— La consecuencia que tocaré, querida prima, será verte tomar mi parte en la herencia; tómala, pues : creo que no es un precio muy elevado para la libertad.

Acababa de hacer oír á Clementina las palabras más crueles que pudiera esperar de él. Su cara se descompuso y levantando una mano trémula á la altura de la cabeza de Fortunato, respondió :

— Está bien ; usted se arrepentirá toda su vida de lo que acaba de contestarme. Desde hoy le considero á usted como mi más mortal enemigo.

Esperaba, acaso, en un arrepentimiento causado por la inquietud ; pero había escogido el peor de los medios para atraer á Roussel, que no replicó ; hizo una inclinación de cabeza ; abrió la puerta á su prima y cuando la vió en la escalera, volvió á entrar en su casa, encendió de nuevo la pipa y continuó la lectura del correo de la tarde.

Sin embargo, no debía quedar tranquilo después de esta salida amenazadora y muy pronto pudo darse cuenta de que Clementina, fuera de su casa, era todavía más formidable. La señorita

Guichard empezó una guerra sorda contra aquel á quien odiaba con todas las fuerzas de su amor engañado. Desde luego, como había que explicar el rompimiento á las personas de su intimidad y esta explicación, dada por Clementina, tenía que serle favorable y perjudicial, por tanto, para Roussel, la dulce prima dió á entender que había descubierto en su primo cierto vicio que le infundía temores por su tranquilidad en el porvenir. Y como se hubiesen manifestado dudas, no exentas de curiosidad, había declarado que la temperancia de Fortunato dejaba que desear. No hacía falta más para que se esparciese el rumor de que aquel perfecto caballero, que parecía tan sobrio y arreglado, bebía y volvía á su casa en situación de necesitar, para subir la escalera, la intervención de su criado y de su portero.

Estos rumores llegaron á oídos de Roussel, que empezó por encolerizarse, pero después tomó el partido de reirse de ellos, contando con que la gente que le conociese no daría crédito á tan ridícula especie. Pero si la credulidad pública rechaza con fastidio lo que redunda en ventaja del prójimo, acepta con apresuramiento lo que viene en su perjuicio. Decid á cualquiera : « Parece que Fulano ha hecho una buena obra ó realizado una hermosa acción, » y ese cualquiera

os responderá con aire contrito : ¡ Puede!... Decidle, en cambio, que Fulano ha robado en el juego ó cometido estafas y exclamará en tono de triunfo « ¡ Ah; eso era de esperar! »

En seis semanas, Roussel pasó por un borracho. Tenía hacia diez años una cocinera que le daba de comer á su gusto y Clementina se la llevó, á fuerza de dinero, y cuando sus amigos la felicitaban por su delicada cocina, ella respondía : « ¿ Qué quiere usted? No ha podido permanecer en casa de Roussel, porque no pagaba jamás sus gastos. Había veces que le tenía adelantados cuatro ó cinco mil francos, y cuando era absolutamente indispensable entregar dinero, gritaba hasta el punto de hacer necesaria la presencia del juez de paz. Entre nosotros, creo que los negocios de Fortunato van bastante mal. »

El primo de la señorita Guichard perdía clientes que habían oído decir que Roussel podía muy bien « faltar » cualquiera mañana. Para desmentir esos funestos rumores, no hizo, durante dos años, más que negociaciones al contado.

Tenía en Montretout, enfrente del bosque de Bolonia, una casa de campo encantadora, en la que sostenía un maravilloso lujo de flores. Sus estufas estaban colocadas en condiciones tales que recibían el sol y la luz desde por la mañana, gra-

cias á un gran solar, no edificado, que las separaba de las propiedades próximas. Ya Roussel había querido comprar ese terreno para plantar legumbres, pero el propietario no había accedido nunca á vendersele. Por qué maniobras obtuvo éxito la señorita Guichard donde su primo había fracasado, nadie pudo saberlo; pero una mañana vió Fortunato unos contratistas y después una cuadrilla de albañiles que se instalaban en el solar y elevaban una tapia que le quitaba la luz. Fué preciso cambiar de sitio las estufas, que ya no produjeron frutos ni flores tan buenos como antes. En una palabra, en todo y por todo Clementina se ingenió para atormentar, molestar y vejar al que se había empeñado en permanecer soltero.

Así como ella se mantuvo sin casarse, para consagrarse por completo á la guerra continua que hacía á Fortunato. Acaso conservaba en el fondo de su corazón un resto de sentimiento por ese monstruo, como ella le llamaba. Clementina hubiese podido casarse fácilmente; era muy rica, no muy madura y muy agradable para los que no temen á las mujeres del género granadero. Pero ninguna proposición la encontró bien dispuesta. ¿ Quién sabe si creía que á fuerza de malas partidas habría de traer á buenas á Roussel y tener la

dicha triunfal de verle á sus plantas humillado, arrepentido y barón?

Sin embargo, al cabo de algunos años debió renunciar á toda esperanza, porque su odio se hizo más concentrado y más mortal. Las calumnias esparcidas por ella contra su primo habían acabado por disiparse; porque la buena vida y las acciones claras son la mejor prueba de honradez que puede dar un hombre. Roussel consiguió dominar la dura corriente de malas voluntades desencadenada contra él. Hubo que reconocer, al principio, que había alguna exageración en los rumores esparcidos á su costa y llegó á resultar después evidente que eran falsos. No faltó quien quiso averiguar el origen de aquel envenenamiento social, pero la misma víctima se interpuso entre su verdugo y los curiosos. Por otra parte, acababa de ocurrir un hecho importante que llevaba á su existencia un elemento de interés que Fortunato no había jamás sospechado.

Sin haberse casado, se convirtió en padre. Uno de sus amigos más queridos murió, dejando solo en el mundo á un niño de ocho años. Llamado á la cabecera del moribundo y como éste le rogara con el ardor de una profunda angustia paternal que no abandonase á su hijo, Roussel, sin grandes

frases ni actitudes dramáticas adquirió el compromiso de velar sobre el huérfano, al que apenas conocía. Á fin de darle la triste noticia, fué á verle al colegio y quedó conmovido ante aquel rubillo que lloraba á lágrima viva, solo, enteramente solo ya, y sin otro apoyo que el de un extraño.

Las palabras afectuosas que Fortunato no había encontrado para Clementina, acudieron á sus labios para Mauricio. Al cabo de cinco minutos, el muchacho estaba sobre las rodillas del solterón y éste observaba que aquellos bracitos temblorosos que le estrechaban como á una postrera esperanza, eran la más sólida de las cadenas. Y como Mauricio no se calmaba, el buen Fortunato le llevó á su casa, le instaló en una habitación próxima á la suya, y por la noche, al oírle suspirar, se levantó para ver si estaba enfermo.

El niño, dormido, lloraba en la cama, soñando sin duda con su padre.

Gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas y mojaban la almohada. Roussel, en camisa y con el candelero en la mano, se sintió presa de un súbito enternecimiento, y aun á riesgo de coger un resfriado, permaneció contemplando al huérfano.

La luz, hiriendo los ojos de Mauricio, le des-

pertó. Abrió éste un instante los párpados hinchados por el llanto y viendo inclinada sobre él una cara que expresaba bondad y ternura, murmuró en medio de su sueño: « ¿ Estás ahí, papá?... » Roussel se sintió conmovido hasta en los más íntimos repliegues del corazón é imprimiendo en la frente húmeda del niño un tierno beso, dijo en alta voz, como para tomar por testigo al muerto:

— Sí, duerme, hijo mío: ¡ tu padre está aquí!

Mauricio no volvió al colegio. Fortunato había llegado á la edad en que el hombre siente placer en vivir dentro de su casa á condición de no estar en ella enteramente solo, y gracias á su hijo adoptivo, encontró el atractivo que podía conducirle al hogar y retenerle en él. Al niño debió, pues, la rectitud de su vida, la seriedad de sus pensamientos, la dignidad sonriente de su madurez. Demasiado inteligente para no darse cuenta de lo que así ganaba, agradeció á su pupilo haberle proporcionado la ocasión de emprender una vida arreglada y se prometió pagarle en felicidad la tranquilidad que por su causa gozaba.

Y tomó en serio su papel de padre. Terminados sus negocios, se ocupaba de Mauricio. ¿ Qué tal había trabajado? ¿ Estaban contentos de él en el instituto? ¿ Había estudiado sus lecciones?

¿ A qué había jugado en el recreo? Comía con el muchacho, que le daba conversación. Le veía acostarse y dejándole al cuidado de su antigua ama de gobierno, salía con el espíritu tranquilo, é iba al teatro ó á las sociedades, pero jamás se retiraba tarde, atraído por el recuerdo de aquel muchacho tan débil y que tan preferente lugar había tomado en la vida de su tutor.

CAPÍTULO II

DE CÓMO UNA CASUALIDAD VUELVE Á ENCENDER
LA GUERRA.

Cuando la señorita Guichard supo que Fortunato tenía un niño á su lado, su primer impulso fué esparcir el rumor de que sería algún pilluelo escapado de Mettray ó de la prisión de jóvenes que éste había recogido en la calle para jugarla una mala partida; pero, contra lo que ella esperaba, la historia no hizo fortuna. Todo el mundo había conocido al señor Aubry, el padre del huérfano, y la generosa intervención de Roussel fué bien juzgada. Su primo Bobart, astuto abogado, llegó á insinuar que el acto era hábil, porque, decidido á permanecer soltero, Roussel se proporcionaba un heredero como medio de desheredar á la señorita Guichard si moría antes que ella.

Clementina no había prestado nunca atención

al desagradable pensamiento de que si ella era heredera de su primo Fortunato, también éste debía heredarla, en su caso. En un momento, esa perspectiva abierta por Bobart la sublevó. ¡Cómo! ¡Algo de lo suyo podría ir á su enemigo! ¡Podría éste jactarse de haberse desembarazado de su odio al mismo tiempo que se apoderaba de su herencia! ¡Tendría la alegría salvaje de verla descender á la tumba de familia y de gozar después no sólo de la fortuna del tío Guichard, sino de la suya propia! ¡Nunca! Sus cabellos se erizaron de horror, y exclamó:

— ¡Ah! ¿Él tiene un hijo adoptivo? Pues bien, ¡yo también tendré otro!

Bobard, que tenía un hijo en el colegio, insinuó en seguida á Clementina que podía encontrar en ese muchacho un hijo sólido, obediente y respetuoso, pero un varón no convenía á la señorita Guichard. El instinto de su sexo le hacía desear una niña. Hizo saber su deseo á un médico y le declaró resueltamente las condiciones que debía llenar la candidata; tener dos años al menos y tres cuando más; no tener madre ni padre, á fin de evitar toda reclamación; ser bonita, rubia, con ojos azules. En cuanto al carácter, ella se encargaría de formársele y sería bueno.

Ocho días después la señorita Guichard recibía

aviso de que una nodriza de Courbevoie tenía una niña que realizaba absolutamente el programa formulado. El padre y la madre habían muerto y como hacía un año que nadie pagaba las mensualidades, aquella mujer, muy pobre, se iba á ver precisada con gran sentimiento y después de haber tardado todo lo posible, á llevar la criatura á la Inelusa. La señorita Guichard subió inmediatamente al coche, se fué á Courbevoie, vió á la niña, que se llamaba Herminia, la encontró á su gusto, dió quinientos francos á la nodriza y se fué colmada de bendiciones y llevando triunfalmente á su heredera.

En su condición de mujer soltera, le pareció inconveniente el ser llamada mamá y enseñó á Herminia á llamarla « mi tía. » Pudo desde entonces desafiar á Roussel no sólo en el presente, sino también en el porvenir. La hija de la una valía por el hijo del otro. Pero, cosa singular, el corazón de Clementina no se fundió, como el de Fortunato, al calor de esta nueva afección. Amó á Herminia, no por la dicha de amar, sino porque le servía de aliada contra su enemigo. El encanto, la gracia, la inocencia de la niña no lograron apoderarse por completo de la señorita Guichard, que no fué verdaderamente sensible más que al útil apoyo que le proporcionaba

aquella criatura, en su lucha contra Fortunato.

No pudo desconocer, ciertamente, la dicha que entraba en su casa, que era, antes de la adopción de Herminia, como una jaula sin pájaro y que ahora llenaba la niña con sus risas, con sus cantos, con su alegría. Pero Clementina era menos accesible á estos goces deliciosos que á la áspera satisfacción de pensar veinte veces al día : « He perjudicado á Roussel. »

Educó á Herminia con perfección pero severamente. La cuidó con el celo de un artillero por su cañón. Cuando la niña estuvo enferma, la señorita Guichard experimentó vivas inquietudes, llamó al mejor médico y hasta pasó en vela algunas noches ; pero jamás experimentó ese ardor espiritual que templó la atmósfera en torno de un niño y le hace vivir en medio de la mayor seguridad, en la evolución de un tranquilo desarrollo. Jamás su corazón de mujer tuvo los pequeños refinamientos de afecto, las delicadas atenciones que Roussel prodigaba á Mauricio.

Se hizo amar por su hija adoptiva, pero se hizo más respetar. El nombre de « tía » convenía por su frialdad á las relaciones afectuosas que Herminia tenía con la señorita Guichard : llamarla mamá hubiera sido imposible, porque en realidad era tratada como una sobrina.

Durante quince años la vida no ofreció graves incidentes. El rencor de Clementina no estaba extinguido, sino en ese estado de incubación semejante al de los volcanes que no revelan su actividad interior más que por los tenues hilos de humo que se escapan por sus costados. Ni Roussel ni la señorita Guichard habían hablado de sus disentimientos á Mauricio y á Herminia, obedeciendo al miedo de sembrar el odio en aquellos sencillos espíritus.

Los dos muchachos crecieron y entraron en la edad juvenil. Mauricio, después de terminar sus estudios, había manifestado una afición muy marcada por la pintura. Como estaba llamado á ser rico, pues el capital de su padre, cuidadosamente administrado, producía treinta mil francos de renta y Mauricio le había asegurado una considerable fortuna por una donación *inter vivos*, poseía todos los medios necesarios para realizar sus aspiraciones artísticas. Roussel, siempre práctico, no se contentó con que su hijo fuese un simple aficionado.

— Todo lo que se hace, le decía, es preciso hacerlo con perfección. Deseas pintar, no me opongo; pero te exijo que trabajes como si tuvieras necesidad de tu paleta para vivir. Vas á entrar en la escuela de Bellas Artes; te recomendaré á

Baudry, que es amigo mío, y á Meissonier, á quien conocí en la Guardia nacional. Si quieres hacer grandes cuadros á la manera de los grandes maestros italianos del Renacimiento, el primero te será útil; si prefieres dedicarte al arte minucioso de los Flamencos, el segundo te dará consejos; pero, cualquiera que sea tu elección, conviene que te apliques á ella con todas tus fuerzas.

Mauricio adquirió ese compromiso y le cumplió. Á los veintitrés años obtuvo el segundo premio y por una rara delicadeza, no quiso concurrir al año siguiente, aunque estaba casi seguro de la victoria. Para explicarlo, dió á su tutor razones que le conmovieron vivamente:

— Tengo tres concurrentes enteramente pobres y pueden desesperarse por un fracaso. Cualquiera de ellos que obtenga el primer premio tiene su carrera asegurada. ¿Voy yo, que soy rico, gracias á mi padre y á usted, á servir de obstáculo á ese porvenir que puede ser tan fecundo y tan dichoso? Puedo hacerlo, materialmente, pero moralmente no tengo ese derecho. Mi segundo premio me da bastante distinción; soy conocido y apreciado. ¿He llegado al fin que usted me había mandado alcanzar? ¿Exige usted que haga más?

— No, dijo Roussel abrazando á su hijo; eres un buen muchacho.

El año siguiente, Mauricio expuso su gran cuadro « La orgía en Caprera », que hizo profunda sensación, y el retrato de su tutor; y obtuvo una tercera medalla.

La señorita Guichard supo por los periódicos el éxito del pupilo de Fortunato y quiso ir á la exposición de pinturas. Fué sola temiendo venderse y que Herminia conociese su ira. Buscó la sala A., donde, en medio de los cien lienzos colgados en la pared, se destacaba una figura, como una aparición fantástica, apoderándose de sus miradas y ejerciendo sobre ella como una especie de atracción hipnótica: Roussel, de un parecido inverosímil, fresco, sonrosado, con sus cabellos blancos, satisfecho, pacífico. Se salía, literalmente, del cuadro y Clementina creyó que se dirigía hacia ella desafiándola con su mirada dichosa, y con su boca sonriente; injuriándola con su insolente alegría. La señorita Guichard avanzó hacia él atrevida, amenazadora y llegada ante el lienzo, con la cabeza trastornada por la cólera, los labios apretados para no estallar en injurias, levantó su sombrilla con actitud furiosa é iba á golpear á su enemigo cuando una mano la detuvo, al mismo tiempo que una voz decía:

— Pero, señora, ¿ qué hace usted?

Volvió en sí y se encontró al lado de un

guarda de la exposición que la miraba con asombro y refunfuñaba. Clementina balbuceó:

— Hace mucho calor aquí... He tenido un momento de turbación...

Y fuera de sí, no pudiendo permanecer ante aquel retrato sin ceder al deseo de rasgar la tela, huyó, mientras el empleado decía severamente:

— ¡ No se debía dejar entrar aquí á las locas!

La señorita Guichard volvió á su casa confesándose que Roussel poseía sobre ella una marcada superioridad y que jamás Herminia tendría ni un gran talento para pintar, ni gran voz para hacer sensación como cantante, ni buen arte como pianista para rivalizar con los Poloneses. Dijo cosas desagradables á su sobrina, que no comprendía nada de todo aquello, y se acostó preguntándose qué mala partida podría jugar á Fortunato.

La casualidad, ese cómplice de los que nada pueden, se encargó de proporcionarle un terrible desquite. Se había instalado en la Celle-Saint-Cloud, como todos los años, para pasar el verano, y en sus paseos por el bosque de Saint-Cucufa, veía en la eminencia de Montretout la casa de su primo. Con mucha frecuencia pensaba: « Si tuviera á mi disposición durante un día uno de los grandes cañones del Mont-Valerién, ¡ cómo aniquilaría la

casucha de ese miserable! Sería asunto de algunos cañonazos bien dirigidos. »

Pero el Estado francés no presta sus cañones á los particulares, aunque sea para bombardearse en familia, y Clementina tuvo que resignarse á ver la casa maldita que se levantaba á lo lejos, punto blanco en el horizonte verdoso de los bosques. Fuera de esto, vivía tranquila en aquel país encantador gozando de un bonito jardín y de sus hermosas flores. Herminia especialmente, era dichosa en la Celle-Saint-Cloud. Amaba la tranquila libertad del campo y pasaba los días bajo un emparrado adornado con guirnaldas de madreselvas, cultivando la amistad de los gilgueros que venían á cantar para ella, revoloteaban al alcance de su mano y comían miguitas de su merienda. De vez en cuando, vibraba una voz fuerte que decía: ¡ Herminia!, y los pajarillos volaban espantados hacia el espeso follaje, la arena rechinaba bajo el peso de un pie varonil y aparecía la señorita Guichard con su labor, se sentaba cerca de su sobrina, bajo la sombra embalsamada, y se ponía á trabajar, manejando las agujas de su malla como si fueran espadas y atravesando la lana á grandes pinchazos, como si se hubiera tratado del pecho del aborrecido Roussel. La joven se ingeniaba entonces para agradecer á la

terrible solterona, la hablaba con amabilidad y, trataba de arrancar una sonrisa á sus labios severos y una caricia á sus manos nerviosas.

Una tarde de julio, estaban juntas en aquel sitio, cuando oyeron sonar en la plaza risas estrepitosas, acompañadas de piafar de caballos. Eran unos empleados de comercio y algunas jóvenes, que montados en caballos de alquiler, se dirigían á Ville-d'Avray para ir después á París. El jardinero de la señorita Guichard, ocupado en rastrillar un terraplén que caía sobre el bosque á lo largo de una calleja, miraba por encima de la tapia la partida de la bulliciosa cabalgata, que había salido al galope y no podía contener los caballos, estimulados por un pienso extraordinario. De repente, el buen hombre lanzó un grito, levantó los brazos al aire y dejando caer de golpe el rastrillo, dijo con voz alterada:

— ¡ Ah Dios mío! ¡ Acaban de atropellar á un hombre!...

La señorita Guichard y el jardinero llegaron al mismo tiempo á la puerta del jardín. La cabalgata se alejaba más de prisa de lo que hubiera deseado, entre una nube de polvo, y sobre las piedras del camino se encontraba caído un joven, sin conocimiento y con la frente ensangrentada y el bastón, roto en dos pedazos, cerca de él. Clementina

tenía un genio resuelto, probado en muchas circunstancias. Con voz vibrante llamó á su cochero, que estaba á alguna distancia, y dijo dirigiéndose al jardinero:

— Hay que llevar este desgraciado al pueblo...

— ¡ Oh! tía mía, exclamó con angustia Herminia, ¿ estará muerto?

— ¡ Muerto! Bah... no se muere así como así. Está desvanecido... Un poco de agua en la cara... vinagre en la nariz y esto no será nada...

El jardinero y el cochero cogieron al joven el uno por los pies y el otro por los hombros, se le llevaron y le extendieron sobre unos almohadones, en la cochera, sin que recobrase el conocimiento. El cochero le lavó la cara para quitar la sangre que le desfiguraba y le puso bajo la nariz el vinagre que le servía para los caballos, pero nada de esto sirvió. Pálido, los labios contraídos, los ojos cerrados, el desconocido permanecía inerte y la señorita Guichard tuvo miedo.

— ¡ Oh! Oh! ¿ Acaso será esto más serio de lo que había pensado? Será preciso llevarle á la alcaldía.

— ¡ Oh, tía mía!, suplicó Herminia; ¿ dónde puede estar mejor cuidado que en nuestra casa?

— ¡ Es verdad!, contestó con convicción la

señorita Guichard. En todo caso, habrá que llamar un médico...

— Señorita, el doctor Fortier ha vuelto á su casa hace una media hora... Le he visto pasar en su coche por el camino...

— Vaya usted á buscarle.

— Algunos minutos después, el médico de la Celle-Saint-Cloud, el excelente doctor Fortier, llegaba á toda prisa.

— ¿ Qué pasa, señoras? preguntó; ¿ se mata á las gentes en la puerta de esta casa! ¡ Oh! ¡ Oh!... Vamos á ver qué razones puede tener este mozo para no responder á tan excelentes cuidados... ¡ He! diablo! Ha recibido un revolcón tremendo... y tiene... sí, tiene el hombro izquierdo dislocado...

— ¡ Dislocado! exclamó la señorita Guichard; ¡ pero eso es espantoso! Eso es...

— Casi nada; una bagatela, interrumpió el doctor... Vamos á ponerle esto en su sitio inmediatamente... Tiene una contusión en la cabeza... Parece que le han atropellado unos caballos, según me ha dicho el jardinero... Sin duda la herida de la frente ha sido causada por una herradura... El pulso es bueno... la respiración, regular... Si ustedes quieren darme media docena de toallas le arreglaré este hombro,

con la ayuda de estos dos buenos muchachos...

— Herminia, corre al ropero...

Herminia, como una sílfide, estaba ya en la escalinata.

— Es un hombre distinguido, dijo el doctor; su porte es cuidado y tiene una buena fisonomía...

Algún excursionista á quien han atropellado esos locos... El alquilador de caballos de Ville-d'Avray me vale ciertamente, un año con otro, diez brazos rotos y costillas fracturadas... ¡Ah! Aquí están las foallas... Señoras, la operación que voy á practicar no es nada peligrosa, pero sí penosa hasta más no poder... Agradecería á ustedes mucho que por algunos minutos me dejasen solo con el herido y mis ayudantes.

— Pero ¿qué va usted á hacer?

— Amarrar el herido á la pared, engancharnos en su brazo y tirar hasta que el hombro vuelva á su sitio... Es doloroso y, sin embargo, muy sencillo...

El doctor las empujó hacia el patio. Cuando se encontraron solas, oyeron ruido de pisadas detrás de la puerta de la cochera, después órdenes dadas en voz breve y por último ese grito casi inarticulado que lanzan los marineros cuando tiran del cabrestante. De repente se oyó un quejido desgarrador; un clamor de tortura que aterró á las dos

mujeres, y casi en seguida se abrió la puerta y apareció el doctor, enjugándose la frente y diciendo:

— ¡Esto se acabó!

El herido yacía sobre los almohadones, más pálido que antes y todavía inanimado.

— ¿Es él quien ha gritado? preguntó la señorita Guichard.

— Sí, el dolor le ha despertado, pero se ha desmayado otra vez...

— ¿Y qué vamos á hacer?

— Yo no creo prudente trasladarle por el momento. ¿No podría usted darle hospitalidad por veinticuatro horas?

— Y bien, elijan ustedes una habitación adecuada... y que sea á propósito.

— La que habita el primo Bobart cuando viene, podíamos darle...

— Sea por el cuarto del primo Bobart... Así la humanidad será respetada y las conveniencias satisfechas.

— Herminia, sábanas...

— La joven volvió á desaparecer, como si hubiera tenido alas. La señorita Guichard, un poco inquieta, decía al médico:

— Y diga usted doctor, ¿no tendremos enfermedad para tres meses?

— Mañana estará en pie ó, poniéndonos en

30639

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTREY, MEXICO

lo peor, en estado de ser conducido á su casa...

— Entonces, todo va bien.

Se subió al herido durante este tiempo y la joven volvió cargada de fundas de almohada, sábanas, mantas...

— Sería preciso tratar de averiguar con quién nos las habemos, sin embargo, dijo la señorita Guichard, con un resto de desconfianza; porque, al fin, le hemos recogido en medio del camino y acaso es un vagabundo.

— No tiene absolutamente trazas de eso, dijo Herminia.

— ¡Vea usted esto!, dijo Clementina riendo; presumes, á lo que parece, de tener buen golpe de vista!... ¡Hele aquí garantido por Herminia; no hay más que hablar!

— ¡Oh! tía mía, usted se burla y eso no es caritativo.

— Bueno; tampoco yo quiero mal á tu protegido. Vamos á cuidarle.

Subieron, precedidas por el doctor, una escalera y en un bonito cuarto, tapizado de tela persa, encontraron al herido confortablemente acostado en un mullido lecho, en el fondo de una alcoba. El médico le reconoció de nuevo, puso una receta y anunció que volvería á primera hora de la noche. Las dos mujeres quedaron

solas cerca de su huésped, un poco inquietas, á pesar de los buenos presagios del médico, por aquella prolongada inmovilidad. Le miraban en silencio y el interés que les inspiraba su estado resultaba aumentado por una singular simpatía causada por la dulzura de su cara. Tenía verdaderamente una fisonomía atrayente y aun estando pálido, con los ojos cerrados y la frente cubierta con una compresa, resultaba sumamente agradable. Herminia, que iba y venía por la habitación, encontró sobre una silla, en desorden, la ropa del desconocido. Creyó que debía arreglarla y estaba haciéndolo cuando cayó una carta de uno de los bolsillos.

— Dame ese papel, dijo la señorita Guichard; en él encontraremos acaso alguna indicación acerca del nombre y la condición social de este joven...

Herminia entregó dócilmente la carta y no bien su tía hubo echado sobre ella una mirada, palideció, y con una emoción inexplicable exclamó:

— ¡Es su letra!

Buscó febrilmente la firma y llena de horror descubrió estos dos nombres execrados: *Fortunato Roussel*.

Herminia, asombrada, permanecía en pie delante de su tía sin comprender sus acciones ni sus palabras. Por fin se arriesgó á preguntar:

— ¿Usted sabe, pues, tía mía, quién es este joven?

— ¡Es él, es él! exclamó Clementina con impetu.

Después, mirando á su sobrina y viéndola llena de curiosidad dijo severamente :

— ¿Por qué te ocupas en lo que no te concierne? Vuélvete á nuestras habitaciones, tu sitio no es este.

Herminia, extrañada por este repentino cambio, dirigió una última mirada al enfermo y abriendo la puerta, salió de la habitación.

En cuanto se vió sola, la señorita Guichard se apoderó de la *jaquette* de su huésped, la registró con mano febril, descubrió una cartera, la abrió y tomando una tarjeta, leyó : *Mauricio Aubry*. Dejó la cartera sobre la chimenea y sombría, con la carta en la mano, se sentó, reflexionando profundamente en el concurso singular de circunstancias que conducía bajo su techo al hijo del que ella odiaba implacablemente. Poco á poco su vista cayo sobre la hoja de papel cubierta con la letra aborrecida y leyó maquinalmente :

« Querido hijo mío; mi viaje empieza bien. Los créditos que he venido á realizar... » Aquí Clementina saltó algunos renglones pues los negocios de Roussel le parecieron insignificantes... « No estaré

de vuelta antes de tres semanas y Dios sabe si voy á echarte de menos durante ese tiempo, ingrato, por no haber querido acompañarme... Afirmas que Inglaterra no es un país artístico... Si vieras qué interesantes son estos centros manufactureros de Manchester y Birmingham... en ellos se toma el pulso de la actividad de un país... » ¡Espíritu prosaico y mercantil! murmuró Clementina... « La Escocia es una maravilla... He de traerte aquí y verás hasta qué punto eran erróneas tus ideas. Cuidate bien, porque sabes que no tengo más que á ti en el mundo y que si tú me faltases, todo habría acabado para tu viejo amigo... »

La carta se deslizó de los dedos de Clementina y cayó sobre la alfombra. Aquella mujer reflexionaba. Los veinte años que acababan de transcurrir acudían á su memoria llenos de malos procederes, de acciones pérfidas, imaginadas por ella para atormentar á Roussel, y ante la afección, tan sencillamente expresada, que éste experimentaba por aquel joven, la solterona comprendía porqué sus venganzas habían resultado infructuosas y que si sus artimañas no habían producido efecto, era porque el corazón de su enemigo no ofrecía más que un punto vulnerable. No habiendo asestado sus tiros contra ese punto, no le había herido jamás seriamente.

Y este niño, que lo era todo para su enemigo, según él mismo declaraba, estaba allí, á su disposición... Adoptó una actitud terrible ante el lecho, como si quisiera aniquilar aquellos rehenes que la casualidad le había entregado, pero se contuvo. Mauricio acababa de arrojar un profundo suspiro y había abierto los ojos. Paseó enderredor una mirada turbada, se incorporó sobre el codo derecho y dijo con voz débil:

— ¡ Ah! es usted, señora, la que me ha recogido, cuidado, salvado...

— Usted no ha estado en peligro..., interrumpió secamente Clementina, como si no quisiera haber contraído tales méritos respecto del hijo de su enemigo.

— ¡ No importa! Estoy sumamente agradecido...

La solterona hizo un gesto que significaba: « Como usted guste », ó « No hay de qué, » y dijo:

— Voy á hacer venir una persona para que le cuide.

Se despidió con una brusca inclinación de cabeza y salió.

Por la noche, el doctor Fortier encontró á su enfermo mucho mejor y le ordenó una sopa y un ala de pollo. La señorita Guichard envió á su huésped todo lo necesario, pero no pareció por su habitación. Al día siguiente, á las diez de la mañana,

el médico dió de alta á Mauricio y éste, ya vestido y ofreciendo el aspecto de un bello mozo, solicitó en vano el favor de dar las gracias á la dueña de la casa. Dejó una carta, en la que prometía volver, subió en un coche y se dirigió á Montretout.

Si Clementina se había negado á recibir á Mauricio, Herminia había presenciado su partida, á través de las transparentes cortinillas de su ventana, y su aturdimiento había crecido al ver que su tía no quería despedirse del que tan caritativamente había cuidado. Había en esto un enigma para ella y en vano se esforzaba en buscar la solución.

Después que el enfermo hubo partido pareció que Clementina respiraba más libremente. Salió de su habitación, en la que se había encerrado, y bajó al jardín, pero permaneció turbada. Un pensamiento importuno atormentaba á su espíritu y á veces, Herminia, que no la perdía de vista, con la industriosa paciencia de las gatas y de las mujeres, la sorprendía hablando sola. Pero si no comprendía las palabras incoherentes que la preocupación arrancaba á su tía, veía, sin embargo, que eran de violencia y de odio.

¡ Odio, rencor! ¡ Cómo su bienhechora, que era para ella el ideal de la generosidad y de la bondad, podía abrigar semejantes sentimientos! ¿ Y por

qué prodigio aquel joven desconocido los despertaba en su corazón? Porque, no había duda, era la lectura de aquella carta, cuyo autor era conocido por su tía, puesto que había exclamado: « Es su letra, » lo que había producido semejante desenadenamiento de pasiones.

En esto pensaba la pobre Herminia mientras la señorita Guichard, incapaz de dominar su agitación, se paseaba por el salón, con las manos en la espalda y el cuerpo inclinado, en una postura meditabunda, digna de Napoleón. Una tempestad formidable se formaba desde la víspera en su cerebro. Había pasado toda la noche sin dormir, rumiando proyectos espantosos de venganza. ¿ Por qué? ¿ Qué nueva afrenta había sufrido? ¿ Cómo explicar tanta exasperación? ¿ Qué razón había para tanta animosidad contra aquel muchacho á quien nunca había visto y á quien execraba tanto como al otro, al horrible, al infame Roussel?

Una sola frase de la carta leída había hecho este monstruoso milagro: « tú lo eres todo para mí. » Esas seis palabras habían valido á Mauricio el odio de la señorita Guichard. Puesto que era tan querido de Fortunato, debía ser, en proporción, odioso á Clementina. Pensó un instante en recibirle cuando él pedía despedirse, para darse el

gusto de ponerle en la puerta diciéndole lo que pensaba de su padre adoptivo, pero después pensó que era más digno sustraerse á su agradecimiento y responder á su urbanidad con un silencio desdeñoso. Ella también le vió partir oculta detrás de una cortina y no pudo evitar el encontrarle elegante, sencillo y agraciado. Tan pronto como hubo salido, tiró violentamente de la campanilla para llamar al cochero y al jardinero. Interrogados, los dos servidores no escasearon los elogios.

— ¡ Ah! ¡ Es un bello joven!

— Nos ha dado las gracias como si le hubiésemos salvado la vida.

— Y estaba muy contrariado por no ver á la señorita.

— Nos ha encargado mucho que dijésemos á la señorita que estaba muy agradecido...

— Y después, no habrá partido sin gratificaros, dijo Clementina, deseosa de coger á Mauricio en flagrante delito de tacañería. Supongo que os habrá dado una moneda á cada uno...

— ¡ Una moneda! dijo el cochero; nos ha puesto buenamente un billete de cien francos en la mano y nos la ha apretado al mismo tiempo!

La señorita Guichard se mordió los labios y dijo á sus gentes con voz ruda:

— ¡ Está bien! Salid.

Después añadió con acento de desprecio.

— ¡Estrechar la mano á mis criados! tiene los gustos bajos de su padre.

Esta conclusión la satisfizo, aunque no fuera justa, y Clementina volvió á entregarse á sus ocupaciones habituales. Á los tres días y á eso de las tres de la tarde, estaba Herminia trabajando bajo el emparrado, cuando la hizo estremecerse una campanada que sonó en la verja. El jardinero abrió y la puerta dió paso á Mauricio Aubry. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y su cara estaba todavía pálida. Esperando que vinieran á decirle si iba á ser recibido, se acercó maquinalmente al pabellón del portero. Tenía verdaderamente un aire distinguido y Herminia, que le miraba con sencillez, encontraba en verle un vivo placer. El tiempo que el jardinero empleó en ir á prevenir al criado, pareció á la joven sumamente corto. Y cuando oyó crujir la arena bajo los zuecos del jardinero, pensó: « ¿Qué tiene hoy Giraud, que corre tanto? » Aprestó el oído para oír la respuesta, que fué seca y terminante.

— La señorita está delicada y no recibe.

— ¡Qué mentira! murmuró Herminia, que sintió de pronto un involuntario descontento.

— ¡Ah! Esto me contraría verdaderamente. Pero, ¿qué día podré ver á la señorita?

— No lo ha dicho.

— Bueno; volveré. Por el bosque, es un paseo.

Y salió. ¿Cómo sucedió que Herminia se levantara y dejando el emparrado se dirigiese hacia el terraplén que daba sobre el camino en que había sido atropellado Mauricio? No es posible explicárselo más que por uno de esos impulsos instintivos que son una especie de autosugestión. Mauricio, deseando ver el sitio donde había rodado á los pies de los jinetes de Ville-d'Avray, entró en la calle y se encontró en presencia de Herminia que le miraba desde lo alto del terraplén. La saludó con política sonriendo amablemente. Herminia se puso tan turbada al verse cogida en flagrante delito de curiosidad, que hizo un brusco movimiento y el bordado se escapó de sus manos y vino á caer á los pies de Mauricio. La joven palideció de contrariedad y las lágrimas acudieron á sus ojos, mientras Mauricio recogía la labor y se la ofrecía sencillamente á Herminia, que hubiera querido que la tierra la tragase. Pensó un momento en huir por el jardín, pero sus piernas se negaron á prestarle ese servicio y se vió obligada á poner buena cara, coger su bordado y dar las gracias con voz tan débil como un suspiro, pero que pareció deliciosa al joven. Éste saludó de nuevo y un poco animado, dijo:

— Tenga usted la bondad de dispensarme, señorita, si me permito dirigirle la palabra sin tener el honor de conocerla...

Herminia tembló, pensando : « ¿Qué va á preguntarme? »

El joven dijo sencillamente :

— ¿Seré tan dichoso que esté hablando con alguna amiga ó pariente de la señorita Guichard?

Era preciso responder, so pena de pasar por una grosera.

— Soy su sobrina, balbuceó Herminia.

— ¡Oh! Me alegro infinito! dijo él con calor. Usted podrá ser intérprete cerca de ella de mi reconocimiento, en tanto que puedo expresárselo yo mismo...

Herminia, aterrorizada por la necesidad de sostener la conversación desde lo alto del terraplén, contestó con las primeras palabras que vinieron á su mente y que, naturalmente, fueron las que respondían mejor á sus íntimos sentimientos :

— ¡Ah! señor, buen susto nos ha dado usted... y fuimos muy dichosas cuando tuvimos certeza de que no estaba usted gravemente herido.

Se interrumpió, se puso muy encarnada y permaneció delante de Mauricio, asombrada é inquieta por haber hablado tanto. El joven la miraba con un placer manifiesto. Herminia estaba vestida

con un traje de batista muy clara y en el terraplén, sobre un fondo de follaje, coronado de racimos, su silueta se dibujaba de un modo encantador para un artista. Mauricio vió en un momento la composición de un cuadro y prolongando su sensación artística, examinó á su gracioso modelo, detallando su fino cuerpo, sus hombros redondos, su cabeza orlada de cabellos rubios que un rayo de sol hacía brillar como un nimbo de virgen. El pintor pensó : « Es bonita como un ángel y tímida y adorable en su cortedad. Siento no poder pedirle que me deje sacar un croquis, pero esto sería poco correcto. » Se quitó el sombrero y dijo muy respetuosamente :

— Veo, señorita, que usted también ha tenido la bondad de interesarse por mí; reciba, por ello, mi más vivo agradecimiento...

Y con pena, pero comprendiendo que las conveniencias lo exigían, se alejó. Herminia le siguió con la vista mientras pudo y volvió á su cuarto soñando por vez primera en su vida. Mauricio tomó un camino de travesía por el bosque y se volvió á Montretout, donde comió y pasó la noche pensando en la joven del terraplén.

CAPÍTULO III

DONDE HACEN TRAICIÓN LOS ALIADOS CON QUIENES SE
CREÍA PODER CONTAR.

Al siguiente día de su accidente, Mauricio escribió á su tutor para contarle la ocurrencia. Tenía entonces el corazón lleno de gratitud hacia la mujer hospitalaria que tan bien le había cuidado, pero ahora la encontraba mucho mejor y sus sentimientos se complicaban con un interés muy vivo por la encantadora persona que vivía con ella, y cuyo nombre no sabía siquiera. Desde que había conocido á la sobrina, amaba cien veces más á la señorita Guichard.

Pasó una noche muy agitada y por la mañana se encerró en su estudio y, de memoria, hizo un boceto de Herminia sobre el terraplén. Trabajó durante cuatro horas con ardor y cuando el criado vino á anunciarle que el almuerzo estaba servido, el cuadro se destacaba de un modo encantador.

La cabeza solamente permanecía borrosa. Sus rasgos estaban grabados en la memoria del pintor, pero éste tenía miedo de desfigurarlos al fijarlos en el lienzo. Prefirió guardar confusa la dulce imagen y pensó :

— Volveré á la Celle-Saint-Cloud y veré de nuevo á mi modelo. Entonces, seguro de mí, le daré un parecido perfecto. Hasta entonces, que permanezca en la vaguedad de un ensueño.

Pasó tarareando al comedor y al lado del plato encontró un telegrama que acababa de llegar. Le abrió y vió con alegría la firma de su tutor; pero al leerle quedó asombrado; leyó de nuevo y vió que decía :

« Bajo ningún pretexto vuelvas casa señorita Guichard. Explicaré todo... Vuelvo apresuradamente. Roussel. »

Dejó el papel azul sobre la mesa y siguió almorzando, presa de un asombro indecible. Su tutor volvía repentinamente, interrumpiendo un viaje importante, diferido hacia dos años y volvía al saber que él había sido cuidado en casa de la señorita Guichard á quien no conocía y de la que nunca había oído hablar. ¿ Qué significaba esto? ¿ De qué se trataba? ¿ Acaso la señorita Guichard era una persona poco recomendable? Entonces, su sobrina... no, eso era impo-

sible : con aquellos ojos tan cándidos no podía ser más que un ángel. Entonces, ¿ qué pensar?

No se razona siempre bien el primer impulso y las facilidades de comunicación que el telégrafo y el teléfono han creado en la sociedad, ofrecen á las personas vivas de genio numerosas ocasiones para dejarse llevar del calor de una impresión. Apenas pagó Roussel su telegrama y le vió pasar á manos del telegrafista, sintió una contrariedad. « He hecho una tontería, se dijo. No hubiera debido advertir á Mauricio. Hubiera ido á casa de la señorita Guichard, que le hubiera hablado mal de mí ; él no la hubiera creído, hubiera salido de allí con indignación y asunto terminado ; mientras que ahora le voy á meter en pleno drama y á excitar su imaginación : ¡ quién sabe si hará alguna tontería ! »

Iba á abrir la boca para pedir el telegrama, cuando vió al empleado desaparecer con él en el cuarto donde estaban los aparatos de transmisión. Desistió ante las explicaciones que tendría que dar ; suspiró y salió pensando : « ¡ Sea lo que Dios quiera ! Después de todo, puede que Mauricio sea más razonable á los veintiocho años que su tutor á los sesenta. »

Roussel no se engañaba contando con el buen juicio de su hijo adoptivo, pero la prudencia de

los hombres es engañada frecuentemente por el capricho de los acontecimientos. El joven pintor, después de haber meditado sobre el telegrama de Roussel, sin conseguir imaginar, ni poco ni mucho, la verdadera situación, había resuelto observar escrupulosamente la consigna : « Bajo ningún pretexto vuelvas casa señorita Guichard. »

Sin embargo, encerrado en el estudio y vuelto del lado de la pared el boceto trazado por la mañana, Mauricio se puso á trabajar en un cuadro de género que tenía empezado, y que representaba una joven recién casada despojándose del velo ayudada por la madrina, mientras otra joven miraba con curiosidad las alhajas de la canastilla. La composición de esta escena era agradable. El estudio del vestido blanco, destacándose de un fondo muy claro, había interesado á Mauricio, que miraba su lienzo con cierta satisfacción pensando que no estaba mal. De repente, la cabeza morena de la desposada le desagradó ; era una mancha brutal de tinta en la tierna escala de tonos delicados que había agrupado tan armoniosamente. Cogió un raspador y de un solo golpe decapitó á la novia. Entonces, con pincel acariciador rehizo la cabeza cambiando enteramente su carácter. En lugar de la cara acentuada de su modelo ordinario, una hermosa muchacha de Batignolles, de ojos

negros, pómulos salientes y labios rojos, surgía poco á poco en el lienzo una dulce y delicada faz que no era sino el retrato de Herminia, con sus guedejas rubias, sus ojos azules y su boca sonrosada. Era ella rasgo por rasgo y, sin embargo, no lo era bastante todavía, según el gusto de Mauricio, porque dejó la paleta sobre el taburete, arrojó los pinceles con desaliento y mirando su obra con profunda atención, murmuró:

— ¡Ah! qué lejos estoy de la realidad!...; tendría que verla otra vez para estar completamente seguro de lo que hago!...

Encendió un cigarrillo, se tendió en un sofá y permaneció arrojando círculos de humo que subían, formando espirales, hacia el techo del estudio. Meditaba, sin dejar de seguir en sus evoluciones caprichosas las bocanadas de humo, mientras que en el fondo de su ánimo se preparaba sordamente una capitulación de conciencia:

— Después de todo, mi padrino me ha prohibido que vaya á casa de la señorita Guichard, pero no á los alrededores de esa casa. No entraré ciertamente en ella, pero ¿por qué no he de rondarla para tratar de ver á la gentil sobrina? Se trata sencillamente de un capricho de artista... Tengo ya dos cuadros arrinconados por falta de ese parecido exacto, porque yo no podría nunca ver

á mi desposada de otro modo que con la cara de la encantadora virgen del bordado... Y sería lástima no terminar el bonito esbozo que la representa inclinada sobre el terraplén. ¿Qué mal habría en que tratase de verla?... ¡Bah! ¡Allá voy!

Y poniéndose en pie empezó á quitarse el bañín que usaba en el taller. Entró en su cuarto; se vistió con mucho esmero para un pintor que va sencillamente á buscar un apunte, y tomó el camino del bosque.

Si Roussel estaba alarmado por la carta de Mauricio y si éste experimentaba hacia dos días una extraña agitación, la señorita Guichard y Herminia tampoco estaban tranquilas. Después de haberse negado á recibir al joven, Clementina había reflexionado y el resultado de sus reflexiones fué la certeza humillante de que había cometido una torpeza. De este modo Roussel y su enemiga estaban en la misma situación moral por haber cedido uno y otro á sus primeros impulsos. En cuanto á Mauricio y Herminia, sus sensaciones y sus aspiraciones eran en un todo semejantes, pues cada uno de ellos se ocupaba únicamente del otro y ambos soñaban con la dicha de volverse á ver.

La señorita Guichard, encerrada en su cuarto, había analizado friamente la situación creada por la aparición del hijo adoptivo de Roussel en su

vida, y no había podido menos de pensar que esa situación podía ser fecunda en ventajas, siempre que ella supiese aprovecharla en todo lo posible. Lo menos que podía obtener era sembrar la discordia y alterar las relaciones del pupilo y del tutor. Bastaba para esto aparecer como una buena señora, halagar al joven, atraerle, hablarle de Roussel con respeto y de este modo, lo malo que Fortunato diría seguramente de ella sería considerado como prueba de la más injusta malquerencia. Y precisamente había adoptado, desde el primer momento, la línea de conducta más opuesta. Había tratado duramente á Mauricio, le había hecho despedir por su criado y, en fin, se había conducido al contrario de lo que exigía el sentido común. Si el joven tenía más orgullo que agradecimiento, no volvería y todo habría terminado. ¡Qué hermosa ocasión perdida de asestar un golpe certero á aquel monstruo de Fortunato!

Herminia, muy inocentemente, pensaba en Mauricio, porque le había visto al principio muy enfermo y, al marcharse, muy interesante, y después muy sano y mucho más interesante aún. Tenía en el oído el sonido de su voz, y la mirada límpida, franca y ¡tan dulce! que le había dirigido, había penetrado hasta su alma. Habiéndose negado su tía á recibirle, era lo más probable que no le

viese más y esto le producía una tristeza inexplicable. Por primera vez sintió una especie de pesadez, que la oprimía el corazón y no podía definir con precisión si era alegría ó pena lo que experimentaba. Pero era, eso sí, una sensación muy fuerte que le parecía que había de durar toda su vida.

Como por casualidad había descubierto un banco en el terraplén, no en el sitio en que ella se encontraba cuando Mauricio pasó por el camino, — allí estaba demasiado en evidencia, — sino al extremo de la tapia y detrás de un vallado. Desde aquel sitio, se veía sin ser visto, á todo el que pasara, á menos de poner un poco de su parte, con buena voluntad, é inclinarse como para coger las clemátides que tapizaban el muro y pendían hacia fuera. Pero Herminia no pensaba inclinarse, sino ver, y esto era ya en ella muy extraordinario.

Pasó las primeras horas del día con la señorita Guichard y á eso de las tres se dirigió al terraplén. Allí, sentada en el banco de piedra, con la labor sobre la falda, se asemejaba á la Virgen del bordado, como decía Mauricio. No trabajaba gran cosa y pensaba... pensaba más que había pensado desde su nacimiento. Esperaba que vendría la persona por la cual se había apostado en observación; puesto que ella había tenido la idea de

acechar su paso, le parecía muy natural que á él le hubiese ocurrido la de pasar.

Al cabo de una hora, Herminia no había hecho progresar gran cosa su bordado, pero había dirigido muchas miradas por encima del muro. Empezaba á impacientarse y á dirigir mentalmente acusaciones á Mauricio, cuando, al sonar la hora en la iglesia del pueblo, se oyó un paso ligero que rompía el pesado silencio de la calleja. El que se aproximaba no venía por la plaza, sino por detrás de Herminia, del lado del bosque. La joven pensó: « ¿ Seré tonta? ¿ Cómo podía haber atravesado todo el país? Es mucho más prudente en él llegar á la quinta por caminos solitarios. »

Los pasos se aproximaban. La joven, en su banco, estaba enteramente oculta y no tenía que hacer sino permanecer sentada para que Mauricio pasase sin verla; ¿ fué una emoción repentina? ¿ fué el deseo de ver mejor al que pasaba, ó fué cualquiera otra la razón de que se levantase? Ello fué que estando el joven pintor examinando con cuidado el muro, un ligero ruido de ramaje llegó á sus oídos. Retrocedió prontamente algunos pasos y, alargándose su perspectiva, descubrió á la sobrina de la señorita Guichard en su nido de verdes hojas.

Como la víspera, la saludó sonriendo y dirigién-

dose á ella como si fuese una antigua conocida, dijo:

— ¿ Seré hoy más dichoso que ayer y podré llegar hasta la señorita Guichard?

Herminia juntó las manos y dirigió á Mauricio una mirada suplicante.

— Hable usted más bajo, se lo suplico... ¿ Si nos oyeran, sería terrible!

— ¿ Por qué?

— Porque desde que usted entró en esta casa, el carácter de mi tía ha cambiado por completo. Está inquieta, atormentada...

— ¿ Ella también!, exclamó impensadamente Mauricio.

— ¿ Cómo ella también? Acaso por parte de usted...

— ¡ Oh! no: me he equivocado al decir esto. Continúe usted; se lo suplico...

— Existe, por fuerza, entre mi tía y usted, ó alguno que le toque de cerca, una diferencia grave y que yo ignoro.

— ¡ Y yo también!

— ¡ Ah! ¿ Ve usted como hay algo?

— Es verdad; hay algo, pero ¿ qué?

— Entonces, ¿ no se trata de usted?

— Hace tres días, no conocía á la señorita Guichard.

— ¿Luego no es usted el culpable? ¡ Tanto mejor!

— ¡ El culpable!, exclamó Mauricio; pero, señorita, esté usted segura de que la persona que yo supongo que está en desacuerdo con su tía de usted no tiene ciertamente nada de qué acusarse...

— ¡ Mi tía tampoco!

— Hace usted muy bien en defenderla... Pero lo único claro en todo esto es que soy víctima de una hostilidad á la que en modo alguno he contribuído; que encuentro cerrada la puerta de esta casa y que si no tuviera la fortuna de hablar con usted...

— Por encima de la tapia, ¡ lo que está muy mal hecho!

— No hubiera sabido siquiera porqué he sido despedido tan deliberadamente por la señorita Guichard... con harto sentimiento mío, porque tengo un placer infinito en ver á usted y en oírla.

Herminia comprendió que la conversación tomaba un giro que podía llegar prontamente á ser peligroso, y dijo, adoptando un aire grave:

— Dispense usted, señor mío; he respondido á usted acerca de los puntos que le interesaban... Creo que no tenemos nada más que decirnos.

— ¡ Cómo! ¡ Nada que decirnos!, exclamó con vehemencia Mauricio. Apenas hemos cambiado diez palabras y tenemos que esclarecerlo todo...

Porque es imposible que nuestras familias permanezcan enojadas... Á nosotros corresponde reconciliarlas... ¿ No quiere usted?

— ¡ De todo corazón!

— Al menos, debemos conocer las causas de sus diferencias... Usted parece mejor informada que yo...

— No, señor.

— Entonces, ¿ quién nos dirá la verdad?

— ¡ Yo!, dijo detrás de los jóvenes una robusta voz. Y al mismo tiempo la señorita Guichard, surgiendo de la espesura desde donde escuchaba hacia un momento á Mauricio y á Herminia, apareció majestuosa y terrible.

— ¡ Mi tía!, exclamó Herminia aterrada. Y levantando los brazos con ademán desesperado, tomó la fuga y desapareció, ligera como una eorza, por el extremo de la alameda.

Mauricio, esforzándose en aparecer tranquilo, quedó solo en presencia de la señorita Guichard. Sin embargo, se creía algo en ridículo, al pie del muro y con el sombrero en la mano, y pensaba: « Debo parecer un mendigo pidiendo limosna »... Pero tuvo una agradable sorpresa.

— Puesto que usted, caballero, tiene curiosidad de saber lo que nos tiene divididos al señor Roussel y á mí, va usted á oírlo. Mas para tal

confidencia el sitio me parece incómodo, aunque sea usted quien le ha elegido. Tenga, pues, la bondad de seguir la tapia hasta la verja y allí me encontrará usted para abrirla.

Y con la mano le indicó la dirección que debía tomar, aunque él la conocía muy bien, y descendió del terraplén. Al dirigirse hacia la verja, Clementina se preguntaba: « ¿ Qué hará? He visto en su mirada la idea de huir y no volver. Si se marcha, se acabó el episodio; no le volveré á ver jamás. Si viene... ¡ entonces, nos veremos, señor Roussel! Es tu bien más querido, y voy á tratar de quitártelo. »

Mauricio, andando por el camino, pensaba: « Mi tutor me ha prohibido entrar en su casa y verla y me veo obligado á desobedecerle. Si emprendo la carrera y huyo sin tambores ni trompetas, no obraré con política, aunque sí, acaso, con prudencia. Pero de este modo quedaría en ridículo... ¿ Qué pensaría de mí la Virgen del bordado? Me tomaría por un lacayo, por un don Juan de villorrio, que intenta emprender intrigas con las jóvenes por encima de las tapias, y no la volvería á ver! ¡ Vamos, pues! Á mal tiempo, buena cara. Salgamos de este mal paso lo más correctamente que sea posible. »

Al llegar Mauricio á la verja, se abrió el pos-

tigo y la señorita Guichard, muy amable, dijo:

— Entre usted. Le encuentro con mejor salud que la primera vez, por lo que me felicito.

— Y yo se lo agradezco á usted, porque á sus buenos cuidados lo debo, señora...

— Llámeme usted « señorita » dijo Clementina con aire majestuoso.

— Pues bien, señorita, acentuó Mauricio, usted ha sido tan buena para mí...

— Y no lo siento, dijo Clementina, admitiendo el elogio, aunque usted sea singularmente emprendedor y merezca severas reprensiones... ¿ Es el señor Roussel quien le ha enseñado á hablar con las jóvenes sin el consentimiento de sus padres?...

— El señor Roussel no me ha dado más que buenos ejemplos, dijo dulcemente Mauricio, y confieso que si él me hubiera encontrado donde estaba hace un momento, hubiera sido, sin duda, menos indulgente que usted...

— ¿ Porque se trataba de mi sobrina?

— Porque se trataba de una señorita, á las cuales él me ha enseñado que se debe respetar infinitamente.

— Vamos, pues... Puesto que usted mismo se acusa... yo estoy desarmada.

— Contra mí, dijo Mauricio sonriendo; pero contra mi tutor...

— ¡ Él! Eso es otra cosa... Yo tengo el deber de defenderme.

— Pero, ¿ es usted atacada?

Hablando así, habían entrado bajo el emparrado, y se sentaron.

— ¡ Atacada! replicó la señorita Guichard. Hace veinte años no he dejado de serlo... Puedo decir que las únicas penas de mi vida han venido del señor Roussel..

— Señorita, dijo Mauricio con estupor, no puedo suponer que usted me engañe,... y sin embargo, lo que me está contando es tan extraño, tan inverosímil... Hace veinte años que estoy al lado del señor Roussel y es esta la primera vez que oigo hablar de tales disensiones. Mi tutor no me ha dicho jamás una sola palabra y nada indicaba en su actitud un hombre turbado por las combinaciones de una guerra intestina... Sí, su espíritu estaba libre...

— ¿ Cree usted que Herminia...

— ¡ Ah! su sobrina de usted se llama Herminia?... interrumpió Mauricio.

— Sí, señor... ¿ Cree usted que esta niña ha podido sospechar algo? La he ocultado cuidadosamente mis tristezas y mis temores, como el señor Roussel disimulaba delante de usted sus agitaciones...

— Pero, Dios mío, señorita, ¿ por qué esa hostilidad? ¿ Qué son ustedes el uno para el otro?

— Somos primos hermanos y hemos estado para casarnos.

Mauricio no encontró una sola palabra que responder. En su pensamiento, asociaba la sonriente bondad de Roussel con la sequedad angulosa de la señorita Guichard y no se daba cuenta de la posibilidad de una unión entre estos dos seres tan poco á propósito para entenderse. En verdad, comprendía que se hubiesen repelido, como los elementos afines de la electricidad, y adivinaba qué sacudidas habían debido producir esas corrientes encontradas.

Clementina, viéndole absorto, continuó sus explicaciones, en las que siempre se adjudicaba la mejor parte. Pintó su corazón herido por el abandono de un hombre á quien amaba y á quien su tío la había destinado desde la infancia. No habló de sus pretensiones, de sus calumnias, de sus maldades ni de toda aquella guerra de alfilerazos que había hecho al pobre Roussel. No; la víctima era ella; inocente y dulce criatura abandonada por un prometido infiel é ingrato. Se mostró llorosa como Dido después de la partida del hijo de Anquises; pero ella no había subido; ay! á la pira fatal, sino que había consumido su vida en las

penas. Una reclusión completa había sido la consecuencia de la cruel decepción experimentada. Había renunciado al mundo y llorando su perdido porvenir se había consagrado á la educación de Herminia, su hija adoptiva, que era la sola alegría de su soledad.

Escuchando á la señorita Guichard, Mauricio pensaba : « ¿ Será posible que mi tutor se haya mostrado tan duro con esta pobre mujer ? ¿ Cómo ! ¿ tiernamente amado, la abandonó ? ¿ Quién pensará, al verle ahora con su cara rubicunda y sus cabellos blancos, que en otro tiempo había hecho desgraciadas ! No era muy seductora su prima Clementina... pero, después de todo, la palabra es palabra. Si esta mujer me contase la verdad... ¿ Y cómo no ? el telegrama enviado desde Liverpool, prohibiéndome volver á casa de la señorita Guichard, prueba la aversión que mi tutor dedica á su exprometida... ¿ Qué habrá pasado entre ellos ? ¿ Y por qué, sobre todo, no me ha hecho jamás la menor alusión á todas estas historias ? ¿ Será eso una prueba de que es suya la falta ? ¿ Sería entonces la única de su vida ! »

Esta disculpa en favor de su tutor alivió á Mauricio, que hacía un momento se estaba haciendo aliado de Clementina y no bastante defensor de su padre adoptivo. Clementina decía :

— Usted juzgará de mi emoción cuando esta carta caída de su bolsillo y que está firmada por el señor Roussel, me reveló quién era usted...

— ¿ Luego usted me conocía ? preguntó ligeramente Mauricio.

— La naciente celebridad de usted no me permitía ignorar su nombre.

— El pintor se inclinó ruborizándose.

— Lo poco que yo valgo se lo debo al señor Roussel.

— ¡ Tiene tanto gusto y tan admirable inteligencia ! exclamó Clementina con una admirable hipocresía. ¡ Ah, señor ! Era muy seductor, cuando joven ; ¿ cómo no había de agradar ? Yo no quiero que mi sobrina sea tan desgraciada como yo... Ahora que nos hemos explicado, no vuelva usted más, caballero... Todo nos separa...

— Pero, señorita... dijo Mauricio en tono de protesta y muy molestado.

— ¡ Oh ! no se defienda usted... Es encantadora y sé lo que usted piensa de ella. Les escuchaba hace un momento cuando usted la hablaba al pie del terraplén. Todas las dulzuras que usted la dedicaba me recordaban los artificios en que yo misma me dejé coger !... Si usted ama á Herminia, pierde el cariño de su tutor... Vea, pues, si no es mejor que no vuelva usted jamás...

— Déjeme usted al menos hablarle... explicarle... dijo Mauricio con calor, sin observar que, muy diestramente, le acababan de entregar Herminia.

— ¡ No, nada, no vuelva usted! Es usted un amable joven y si ella le volviese á ver, ¡ sabe Dios lo que podría suceder á esta niña, de corazón tan sencillo y tan puro!...

— Pero, señorita, mi tutor tiene por mí una intensa afección y estoy seguro de que conseguiría vencer sus prevenciones...

— ¿ Usted lo cree? ¿ Es usted un hombre honrado?

— ¿ Y puede usted dudarle?

— No lo dudo y la prueba es que le autorizo para quedarse... ¡ Qué dicha, el poder acogerle sin desconfianza! Usted me agradó desde el primer momento... No diga usted ni una palabra á Herminia... No le permito hacerle la corte sin que el señor Roussel haya dado su consentimiento... Pero comerá usted con nosotras y observará que no somos tan malas personas... ¡ Herminia!

La Virgen del bordado, viendo que la conversación se prolongaba y devorada por la curiosidad, había tomado el partido de dejar ver el extremo de su traje blanco por el otro lado del vallado. Á la llamada de su tía, se acercó llena de emoción

y por eso mismo más encantadora... Y Mauricio, perdiendo en su presencia la poca resolución que le quedaba, olvidó las órdenes de su tutor y entró en aquella casa de la que hubiera debido huir.

Al día siguiente, Mauricio tuvo ocasión de acabar el cuadro y el boceto, porque tenía en el pensamiento, clara y precisa, la deliciosa cara de Herminia. Trabajó todo el día con ardor, pero sin alegría, porque, en el fondo, estaba descontento de sí mismo. « ¿ Cómo explicar á mi tutor lo que ha pasado? se decía; y ¿ cómo va á tomar mi desobediencia? ¡ Ah! si conociese á Herminia, me comprendería y me disculparía! Pero no conoce más que á la señorita Guichard y es fuerza confesar que no es lo mismo... Y, sin embargo, no es mala esa mujer. Lo peor que tiene es aquel aire tan hombruno;... eso será lo que habrá alejado á mi tutor. Y, ¡ diablo! ¡ él era un buen mozo cuando joven, á juzgar por sus retratos, y el rompimiento debió ser penoso para la tierna Clementina, que le quería!... ¡ Oh!, de veras. Mi tutor creía que en esa casa me hablarían mal de él y esto le contrariaba. ¡ Como si todo cuanto pudieran decirme fuese á hacerme olvidar sus bondades! Aunque fuera un monstruo, no por eso habría dejado de ser mi segundo padre.

Por la noche, la soledad de la casa y el silencio

del campo le fastidiaron y se fué á París. Entró en un teatro; encontró insípida la obra que se representaba, á pesar de que llevaba doscientas representaciones, y volvió á Montretout en el último tren. Dormía profundamente por la mañana, cuando la puerta de su cuarto se abrió brusca-mente y entró el señor Roussel diciendo :

— ¡ Soy yo ! ¡ Cómo, perezoso ! ¿ estás todavía en la cama ? Ven á abrazarme.

Mauricio no se lo hizo repetir. Saltó al suelo y estrechó á su tutor entre sus brazos.

— Vamos ; vístete, dijo Fortunato ; vas á coger frío.

— Pero, ¿ cómo es que llega usted tan de mañana ?

— Tomé el vapor ayer por la tarde ; he corrido toda la noche en ferrocarril y aquí estoy.

— Pero debe usted estar muy cansado...

— Nada, absolutamente. Hablemos de ti.

Durante este tiempo, Mauricio se había vestido.

— Pasemos á tu estudio y estaremos mejor que aquí, dijo Roussel.

Cogió al joven por el brazo, apretándose lo tiernamente, dichoso por tenerle allí, como si hubiera abrigado el temor secreto de no encontrarle en su casa al volver. Llegados al estudio, se sentó, sin haber examinado los lienzos puestos en el

caballete, como tenia por costumbre, y dijo, mirando á su hijo adoptivo :

— Cuéntame con detalles tu accidente y tus aventuras con la señorita Guichard.

— El accidente es de los más sencillos y de los más estúpidos... Imagine usted que fui cogido en una calleja por una cabalgata de horteras y atropellado antes de haber podido guarecerme... Tenía la frente contusionada y dislocado un hombro, cuando el jardinero de la señorita Guichard me vió sin conocimiento en medio del camino... La señorita Guichard me hizo transportar á su casa y me cuidó perfectamente... No hay más.

— ¡ No hay más !, murmuró Roussel en tono de sospecha.

— ¡ Nada !

— Entonces ¿ has visto al monstruo mismo ?

— Un monstruo nada feroz, dijo Mauricio riendo.

— ¡ Diablo ! ¿ Cómo te las has compuesto ?... Pero, sin duda, ella no te conocía cuando te acogió é ignoraba el vínculo que nos une.

— Es verdad que, en cuanto lo supo, su actitud cambió completamente.

— ¡ Ah ! ¿ Lo ves ? exclamó Roussel triunfante.

— Sí ; pero si cesó de venir á mi cuarto, siguió teniéndome en su casa y sus atenciones, dignas

de todo agradecimiento, no se interrumpieron... Acaso permaneció alejada por delicadeza.

— ¿Por delicadeza? ¡ Ah! Decididamente, no la conoces. Sería menos peligroso tratar de aprisionar leones ó tigres, que vivir en buena inteligencia con ella... ¡ Oh! ya veo que se ha hecho de miel contigo; cuando quiere, sabe ser amable... pero eso es imposible que dure... yo lo sé bien... He tratado de domarla durante seis semanas y tuve que apelar á la fuga... ¿ Te habrá dicho que soy un bandido, eh?

— Todo lo contrario. Me ha contado que le había amado á usted mucho... Y por su actitud, por el tono con que me hablaba, juraría que aún...

— ¡ Calla, desgraciado! interrumpió Fortunato con un ademán de horror. Gracias á Dios esto libre de ella y el diablo mismo no me haría ponerme voluntariamente en su presencia... ¡ Calla! ¿ has cambiado la cabeza de tu desposada?

Roussel, paseándose de arriba abajo, en la agitación que le producían aquellos recuerdos, se había detenido delante del cuadro empezado por Mauricio antes de su partida y miraba con atención la figura que representaba á Herminia.

— Sí, dijo Mauricio; me ha parecido que el rubio estaba mejor en la escala de los colores: el moreno resultaba brutal.

— La fisonomía es encantadora. ¿ De qué modelo te has servido?

— De ninguno: está hecho de imaginación...

— ¡ Ah! Pues no es esa tu costumbre...

Se calló. Acababa de ver el estudio de la virgen del bordado y le examinaba con aire cuidadoso. De una ojeada había reconocido el terraplén de la quinta del tío Guichard, en el que había jugado durante toda su infancia. Y en aquella joven inclinada hacia la callejuela y rodeada de follaje, volvía á encontrar á la desposada cuya cara había cambiado Mauricio por un repentino capricho. ¡ Una extraña coincidencia, verdaderamente, y muy á propósito para alarmar á Roussel! Éste permanecía delante del lienzo, no atreviéndose á volverse por no mostrar á su hijo adoptivo su cara sombría, pero viendo, sin embargo, que era necesaria una explicación. Por fin, se armó de valor, y dijo:

— ¿ Es nuevo este boceto?

— Sí, padrino; he emprendido este cuadrito después que usted se marchó.

— Es la misma cabeza de la desposada... ¿ También de imaginación?... ®

Levantó la frente y clavó su mirada en los ojos de Mauricio. El joven se sonrojó un poco y dijo sencillamente:

— No he mentido á usted nunca y no he de empezar á mi edad... Esta cara es la de la sobrina de la señorita Guichard.

— ¿ Ha venido aquí ? preguntó Roussel con violenta angustia; ¿ la has hecho entrar en mi casa ?

— No; no ha venido; he hecho este retrato de memoria...

— ¡ De memoria ! repitió Fortunato moviendo la cabeza. ¿ Cuántas veces la has visto entonces ?

— Dos veces.

— ¿ Dónde ?

— La primera en el terraplén, tal como usted la ve en este boceto... Su graciosa silueta me pareció que encuadraba bonitamente en el follaje... Había en esto un precioso asunto... La pinté de memoria y después, como la cabeza no me satisfacía...

— ¡ Has vuelto !

— Sí, padrino; y esta vez, estando hablándola, fui sorprendido por la señorita Guichard...

— Que te echó una reprimenda... Yo en su lugar...

— Nada de eso; que me rogó que entrase, se explicó muy cordialmente conmigo, me acogió con gran benevolencia... y después...

— ¿ Y después ? repitió Fortunato estremeciéndose.

— Y después, me hizo quedarme á comer.

— ¿ Has comido en su casa ?

— Antes de ayer.

— No te ha hablado mal de mí; te ha acogido con benevolencia y te ha convidado á comer, resumió Roussel... ¡ Ah ! Hijo mío, todo esto es más grave de lo que había previsto. Veamos; vamos á poner los puntos sobre las íes, porque va en ello mi tranquilidad presente y tu seguridad en el porvenir. Dimelo todo, como á un padre... Esa joven... encantadora si es como tú la has pintado... ¡ Ay ! sé muy bien cómo logras los parecidos... esa joven... ¿ te ha gustado ?

— ¡ Oh ! sí, mi querido padrino, exclamó Mauricio con fuego. Si usted supiera hasta qué punto es bonita, dulce, sencilla...

— ¡ Eh ! todo lo que tú quieras... un ángel.

— Un ángel, sí, padrino...

— ¡ Pero tiene el diablo á su lado ! ¡ Y no tendrás el ángel sin verte obligado á cargar también con el diablo !... ¡ Ah ! querido hijo mío, tú sabes cuánto te quiero y cómo te lo he probado desde hace veinte años. Debes estar convencido de que si sólo se tratase de sacrificar mi reposo á tu dicha, no dudaría... Pero tener á Clementina por suegra... ¡ porque sería tu suegra ! no habría en el infierno suplicio semejante. Hay que haberla

conocido joven para sospechar lo que debe ser ahora que es vieja. Y su plan lo adivino ahora como si lo estuviera viendo... Quiere robarme tu cariño... Ha puesto á su sobrina como un cebo para cogerte en sus redes... Sí, ya sé lo que me vas á decir; la sobrina es encantadora... ¡Al casarse con una joven, no se casa uno con su madre y mucho menos con su tía! Pero estoy seguro de que Clementina tomaría sus precauciones, que se impondría á la joven pareja... ¿qué digo? que la secuestraría y exigiría al marido que jurase vivir con ella... Este es el secreto de su buena acogida... Ha visto en ti el yerno ideal... Un muchacho guapo, bien educado, rico y ya célebre y como remate mi hijo adoptivo... Su sueño es apoderarse de ti para que yo quede solo, á mi edad, y me muera de pena en mi rincón, como un pobre perro abandonado.

Y hablando así el buen Fortunato se había enternecido. Su voz se perdió en un sollozo y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Ante esta pena tan sincera del hombre que le había educado, Mauricio se abandonó á su emoción: se abalanzó á Roussel, le estrechó entre sus brazos, le obligó á sentarse en una butaca, se colocó en un taburete cerca de él, le cogió la mano y, llorando también, dijo:

— Basta, mi querido padrino; ñi una palabra más... Usted no me conoce... ¡yo, abandonarle! ¡Dejarle acabar su vida, que espero será todavía muy larga, sin aprovechar la dicha de su continua presencia! ¿Cómo ha podido usted pensarlo? ¡Preferiría renunciar á todas las mujeres de la tierra, mejor que causar á usted una pena... Usted llora, mi bueno y único amigo, por mi causa... Es la primera vez y será la última... Tranquilícese usted; jamás haré nada que le atormente ni que siquiera le disguste; sería un ente desnaturalizado si pensase en otra cosa que en complacerle. Los hijos deben obediencia á sus padres y usted es aún más que un padre para mí, porque no es la naturaleza la que le ha hecho serlo, sino su voluntad... Yo soy su hechura moral... No creo que haya en el mundo lazos más fuertes que los de mi cariño y mi reconocimiento...

Roussel lloraba todavía, pero al mismo tiempo se sentía dichoso, porque veía la sinceridad con que hablaba Mauricio. Le abrazó con efusión y ya ruborizado, el buen señor, por el egoísmo con que aceptaba la renuncia de su querido hijo:

— Casi no la conoces, exclamó, y olvidarás fácilmente á esa joven... ¡Bah! Ya buscaremos otra, aun más bonita y que no dependa de la atroz Clementina... Si tú supieras...

— No quiero saber nada; creo á usted bajo su palabra.

— ¡ Ah! eres un buen muchacho, dijo Fortunato con efusión, y en este momento me pagas veinte años de ternura...

— Entonces, no se hable más del asunto, contestó Mauricio con afectada calma y que se borre hasta el recuerdo de esta aventura.

Roussel y Mauricio volvieron á emprender su plan de vida ordinario, en apariencia al menos, porque, en realidad se había producido entre ellos una causa de molestia. El pintor no buscaba, como en otro tiempo, la presencia de su padrino, é, instintivamente, Fortunato estaba retraído. No podían hablarse sin reticencias y se veían obligados á reflexionar, antes de emprender una conversación, á fin de asegurarse de que no había de descarrilar del asunto principal, en desenvolvimientos peligrosos. Ocupados incesantemente en dominarse, afectaban una tranquilidad que estaba muy lejos de sus espíritus. No se atrevían á dirigirse mutuas preguntas y se espiaban, temiendo sorprender en sus fisonomías la huella de una inquietud, la prueba de una pena. Hubieran querido convencerse de que habían renunciado, Roussel á sus prevenciones y Mauricio á su amor... Pero sabían que esto era imposible y ambos sufrían.

Estos dos seres que habían vivido tanto tiempo en una deliciosa intimidad, no se veían ahora más que á las horas en que les era imposible evitarse; por la mañana en el almuerzo y por la tarde durante la comida y de sobremesa, y aun entonces estaban juntos con alguna inquietud. De este modo, Clementina había conseguido introducir la turbación en casa de su enemigo y envenenar su tranquila felicidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

empezados para la decoración de la sala de actos de la alcaldía de Saint-Denis; importante trabajo obtenido en buena lid, en un concurso en el que tuvo por antagonistas á los más célebres pintores. Nada le interesaba. Estaba sufriendo una crisis de desaliento y de disgusto.

Por la primera vez en su vida, Roussel le veía de este modo, lo que le alarmaba seriamente. Disimulaba, sin embargo y no le interrogaba, temiendo una respuesta que abriese de nuevo el debate. Esperaba todavía que « aquello pasara », pero veía que no « pasaba » jamás.

Por las tardes Mauricio salía solo con frecuencia. Las primeras veces, Roussel le había preguntado: « ¿ Adónde vas? » y el joven le había enseñado un álbum, y respondido: « Voy á buscar apuntes... » Y no había invitado á su tutor á que le acompañase y hasta, pareciendo temer que éste se lo propusiera, casi se había escapado. Roussel no había repetido la pregunta; pero un día en que el álbum de los croquis estaba sobre una mesa, en ausencia del pintor, había levantado la cubierta, recorrido las hojas y adquirido la certeza de que todas estaban immaculadas. Entonces, ¿ en qué pasaba Mauricio los días? ¿ Habría faltado á su promesa y vuelto á casa de la señorita Guichard? Roussel no lo sospechó siquiera; sabía que

CAPÍTULO IV

EL ATAQUE Y LA DEFENSA.

Durante quince días Roussel sufrió valerosamente esta situación tan nueva y tan penosa. Pensaba: « Es el primer momento; esto pasará. Un nuevo capricho seguirá al actual y ya no habrá cuestión. Podremos entonces respirar, lejos de la horrible Clementina, y vivir en paz. » Pero sus esperanzas optimistas no se realizaron. ¿ Era que Mauricio estaba más seriamente enamorado que lo que había dicho? ¿ Era que la violencia hecha á sus sentimientos había aumentado su fuerza en vez de disminuirla? Mauricio cambiaba mucho, física y moralmente. Él, que era la actividad misma, pasaba días enteros tendido en el diván de su estudio, fumando cigarrillos. No cogía un pincel. El boceto de la *Virgen del bordado* y el cuadro de los *Desposados* estaban vueltos hacia la pared. Tenía en completo abandono los estudios

era incapaz de faltar á un compromiso. Y sin embargo, ¿qué hacía?

Resolvió seguirle, y una tarde en que Mauricio había salido por el camino de Saint-Cloud con el famoso álbum de las hojas en blanco, Fortunato se dispuso á ir de lejos en su seguimiento. Pudo sin dificultad no perderle de vista, porque el joven marchaba sin desconfianza. Ni una sola vez se volvió y en el camino polvoriento, su silueta se destacaba visible á quinientos pasos de distancia. Volvió hacia la derecha; tomó un sendero de travesía que conducía al bosque y una vez llegado á la espesura, se sentó, con el álbum sobre las rodillas y permaneció más de una hora sin moverse, como si esperase á alguien, pero nadie llegó. Salió de su abstracción y á paso lento, siguiendo su paseo, se dirigió hacia la Celle-Saint-Cloud.

Fortunato se estremeció. ¿Se habría engañado? ¿Sería capaz Mauricio de tanto disimulo? ¿Qué! ¿iría á casa de la señorita Guichard? No! imposible. Y, sin embargo, tomaba una dirección nada dudosa hacia una plazoleta en la que desembocaba la callejuela donde el joven había sido atropellado. Pero Mauricio, en vez de apretar el paso, como aquel á quien se espera, le acertaba. Dobló la esquina de la calleja y allí se detuvo su tutor.

Mauricio avanzó hasta que pudo descubrir el terraplén de la quinta y allí, oculto detrás de una espesura de madre selvas que brotaban en la cerca de un jardín, esperó.

Desde su puesto de observación, Roussel le veía mirar con insistencia hacia la finca de la señorita Guichard. Y hasta le veía la cara lo bastante para notar su profunda tristeza. ¿Este era, pues, el objeto de sus paseos misteriosos? Venía á contemplar el sitio donde había visto por primera vez á Herminia. Esperaba verla de lejos si pasaba por la alameda de las ramas colgantes. Acaso ella se mostrase tan triste como él y entonces, esa identidad de sentimientos sería un alivio para su pena. Y el curtido corazón de Fortunato se apretó al recibir esta prueba de la pena efectiva y devoradora del hijo á quien amaba tan tiernamente.

Una gran melancolía se apoderó de él. Presintió que estaba destinado al más cruel de los sacrificios; el de la tranquilidad de sus últimos días. Vió que no podría dudar entre su dolor y el de Mauricio. Estimó que no era justo aceptar el sufrimiento de aquella juventud como precio de la quietud de su vejez. No había igualdad entre la vida del uno, en su aurora, y la del otro, en su ocaso. Por último, temió que Mauricio le juzgase egoísta y tuviese de Clementina mejor opinión que

de él y quiso demostrar la diferencia que había entre ellos y hacer apreciar su abnegación comparada con la inflexibilidad de la señorita Guichard.

Mauricio dejó su sitio lentamente y como á disgusto. Aquel día Herminia no había aparecido en el jardín. Tomó de nuevo el camino del bosque, con la cabeza baja y al llegar á la plazoleta, arrojó un grito ahogado y palideció: su tutor estaba delante de él. El anciano estaba grave y un poco pálido, pero su fisonomía y su actitud no acusaban enfado alguno. Viendo á Mauricio perplejo, se adelantó sin hablar, le cogió afectuosamente el brazo y marchó á su lado en dirección á Montretout.

Después de algunos minutos de silencio, levantó la cabeza, miró á su hijo adoptivo con dulzura y dijo con voz enternecida:

— Así pues, hijo mío; ¿ *eso* es más fuerte que tú? ¿ Es absolutamente preciso que la vuelvas á ver?

Á estas palabras tan afectuosas, tan verdaderamente paternales, Mauricio, conmovido, balbuceó con voz alterada:

— ¡ Oh! mi querido padrino, perdóneme usted, pero ¡ es tanta mi pena!...

— Vamos, hijo mío; has hecho lo que has po-

dido, bien lo veo; á mí me toca hacer el resto.

— ¡ Padrino mío!...

— ¿ Acaso has creído que te he criado como lo he hecho, durante veinte años, para cambiar de repente, el mejor día, y hacerte desgraciado? ¡ No, no! Te quiero para ti mismo y no para mí y no puedo soportar la idea de que alimentas una pena que una palabra mía puede disipar.

— ¡ Oh! pero yo no aceptaré que usted tenga el menor disgusto por mi causa, interrumpió Mauricio con energía. Soy un cobarde por no haber sabido soportar mejor esta decepción. Pero yo daré buena cuenta de mi debilidad... Hace mucho tiempo que estoy proyectando un viaje á España... Partiré... partiremos juntos.

— ¡ No!, dijo tristemente Roussel; porque llevarías contigo el recuerdo de Herminia y serías aún más desgraciado estando lejos de ella... Y yo tendría la doble tristeza de verte sufrir y de pensar que sufrías por ser yo un egoísta... Lo que me impedía dejarte en libertad de amar á esa muchacha, que es sin duda adorable y buena...

— ¡ Ah! mi querido padrino; si usted hablase con ella solamente un cuarto de hora, estaría usted seguro de ello. La dulzura de su voz, la gracia de su mirada, todo atestigua un corazón exquisito.

— Yo creo que si tú te has puesto á amarla tan deprisa y tan fuerte, dijo Fortunato sonriendo, es que tiene un encanto irresistible.

— Y con todo eso, es tan modesta, tan bien educada...

— ¡ Oh! no se parece á Clementina... Pero te decía que me había contenido el temor de que fueses víctima de la señorita Guichard, como lo he sido yo... He pensado mucho en todas estas cosas desde que volví de mi viaje y he adquirido la certidumbre de que podrás escapar al peligro. ¿Qué es lo que tú quieres, en suma? Una mujer y no una fortuna. Y bien; cástate con Herminia, y si la señorita Guichard te atormenta, coges á tu mujer del brazo y te la llevas. Tú serás siempre independiente. Así pues si Herminia te ama...

— Me amará.

— ¡ Debe amarte ya! Pero la señorita Guichard estará, de seguro, furiosa por no haberte visto desde hace dos semanas. Va á ser preciso jugar mano á mano con esa buena pieza. ¿Estás dispuesto á seguir el plan que te voy á trazar?

— Ciegamente.

— Pues bien, escucha. Si cometieras la imprudencia de presentarte mañana en la Celle-Saint-Cloud, con el aire radiante y diciendo á Clementina : « ¡ Heme aquí! Mi tutor consiente en que

me case con su sobrina de usted; ¿ quiere usted concederme su mano? » puedes estar seguro de que te pondrían en la puerta con todos los honores debidos á tu posición de hijo adoptivo de un hombre execrado. Será, pues, necesario que te presentes con cara de contricción y de inquietud, que pidas hablar en secreto con la señorita Guichard y que cuentes que te he sorprendido yendo á su casa y que ha habido entre los dos una escena violenta, cuya conclusión ha sido este *ultimátum* formulado por mí : romper toda relación con mi enemiga ó abandonar mi casa.

— ¡ Cómo! ¿ Será preciso abandonar á usted?

— Durante el tiempo necesario para las capitulaciones y hasta el matrimonio. Si Clementina te viese continuar viviendo conmigo, como es lista, sospecharía alguna astucia y te daría que sentir. La única probabilidad de éxito que tienes con ella es aparecer enfadado conmigo y que sea yo el condenado á sufrir. De este modo te acogerá como á un aliado, porque, es triste decirlo, pero ella no entrega su sobrina á un buen muchacho capaz de hacerla feliz, sino á un hijo ingrato que pone en peligro la dicha de mi vida. No protestes; yo sabré, naturalmente, á qué atenerme y la apariencia de la falta bastará. Tú, continuarás amándome tanto más cuanto más grande te parezca mi

sacrificio. Pero no dejes sospechar nuestro convenio ni demuestres cariño hacia mí : el día en que Clementina no vea en tí un instrumento de rencor, te odiará y todo se habrá perdido.

— Pero ¿ después ?

— ¡ Oh ! Después... después será cuando empiecen las verdaderas dificultades. Tendrás que mostrarte lleno de deferencia por la señorita Guichard. Si no haces causa común con ella contra mí, si confiesas una reconciliación con tu tutor, el diablo se desencadenará y entonces sabrás á ciencia cierta lo que es esa señora... Porque, amigo mío, ahora no puedes juzgarla... no la conoces.

— Es usted tan bueno, dijo Mauricio con alguna indecisión, que me voy á atrever á dirigirle una pregunta verdaderamente arriesgada... Llegado el caso, ¿ consentiría usted en reconciliarse con la señorita Guichard ?

— ¡ Consentiré en todo para hacerte dichoso ! Pero no te hagas ilusiones ; es á Clementina á la que habrá que decidir. Yo jamás le he hecho nada malo, si se exceptúa el no querer llamarme barón de Pontournant y dejarla para vestir imágenes... No puedo hacer más que ofrecerme á estrechar su mano... Y te doy mi palabra de que tendré ese heroísmo...

— Entonces todo saldrá á pedir de boca. Usted

exagera su rencor. La edad ha amortiguado los fuegos de su cólera... Se ha calmado mucho.

— Eso me asombra... El vino gana en sabor al hacerse viejo, pero el vinagre, por el contrario, aumenta en acidez... Y la acidez de Clementina... Cuando la conozcas, verás lo que es bueno.

— ¡ Padrino mío !

— No ; no lo digo para retirar mi promesa. Estoy decidido, pero sé á lo que me comprometo. Hace veinte años, retrocedí ante el abismo ; ahora me arrojaré á él. ¿ No hubo en Roma un ser sublime llamado Curtius que se echó armado en una sima para apaciguar á los dioses ?

— Sí, padrino mío ; ese fué el asunto de mi primer concurso para el premio de Roma.

— Pues bien ¡ yo imitaré á ese mártir ! Pero, cuando esté en el fondo, ¿ no me dejarás solo ?

— Seremos dos para acompañar á usted, para amarle.

— Entonces, corriente. Dame hoy doble ración de ternura, porque desde mañana viviremos separados... ¡ Así lo exige la política !

Habían llegado á la verja de la quinta de Montretout ; entraron y pasaron la velada haciendo proyectos para el porvenir.

Al día siguiente, como había dispuesto Roussel, Mauricio se presentó en la Celle-Saint-Cloud y

fué recibido sin dificultades. Introducido en el salón, tuvo que esperar algún tiempo. Sin duda la señorita Guichard quería tomarse tiempo para pensar lo que iba á decir y acaso también enseñar á Herminia adornada con elegante sencillez. Sin embargo, la dueña de la casa apareció sola y avanzó con la frente oscurecida por una nube.

— Celebro infinito ver á usted, señor Aubry, dijo con voz bastante firme. Sin duda ha estado usted enfermo, porque hace quince días que no sabemos de usted.

— Dispénsese usted, señorita, pero no he estado enfermo.

— ¡ Ah ! exclamó Clementina con severidad amenazadora. Entonces habrá usted estado ausente.

— No, señorita; he estado en Montretout...

— ¿ Tan cerca ?, dijo expresando una áspera ironía. Entonces, ¿ qué le ha impedido á usted venir?

— He tenido vivos disgustos... disgustos de familia... Mi tutor ha vuelto y...

— ¿ Y qué?... interrogó Clementina, devorada por una ardiente curiosidad.

— Y se han producido entre nosotros algunas dificultades...

— Las palabras salían penosamente de la boca de Mauricio. Era preciso que amase mucho á

Herminia y que su padrino, en el momento de salir, le hubiese recomendado de nuevo el disimulo, para que se decidiese á mentir de aquel modo. Pero no le fué necesaria mucha habilidad. En un instante, la actitud de la señorita Guichard había cambiado. Su violencia desapareció, las nubes de su frente se disiparon y con la faz radiante, sonrió á Mauricio como á un amigo. Le tomó la mano, le atrajo hacia ella en un canapé y exclamó, con los ojos brillantes de alegría :

— ¡ Pobre joven! cuénteme usted eso.

Mauricio contó lo que había convenido con Roussel y pudo comprender en la triunfante exaltación de Clementina hasta qué punto su padrino le había dicho la verdad. Sí; el móvil único de la señorita Guichard era su rencor implacable; todo estaba subordinado en su existencia al deseo de hacer mal á Fortunato. Era esto tan evidente, tan claro, que á Mauricio se le pasaron ganas de levantarse y exclamar : « Todo lo que estoy contando es falso de la cruz á la fecha. Mi padrino es el mejor de los hombres y antes que causarme la más pequeña pena está dispuesto á olvidar lo que usted le ha hecho y á reconciliarse con usted. »

Pero no tuvo tiempo. La señorita Guichard se levantó, llamó y dijo al criado : « Ruegue usted

á la señorita Herminia que venga. » Esta sencilla frase borró los escrúpulos de Mauricio. Pensó que iba á ver á la Virgen del bordado y que podría acabar su boceto del natural. El amor al arte, su ternura por Herminia; todo iba á ser satisfecho al mismo tiempo. Bendijo mentalmente al hombre que le proporcionaba todas estas satisfacciones y juró indemnizarle del esfuerzo que le habría costado el resignarse. Precisamente la señorita Guichard se volvía hacia él con complacencia y le decía con énfasis:

— Olvide usted el mal proceder de un hombre egoísta. Yo le devolveré la afeción que él le retira... y usted encontrará en mi casa, cerca de mí, la compensación de sus cuidados...

Una última sacudida de su honradez indignada estuvo á punto de apoderarse de Mauricio... Ya abría la boca para responder: « No necesito compensaciones y usted sería incapaz de amar á nadie, ni á su sobrina, como yo soy amado por mi tutor. »

Pero entró Herminia, rubia, sonrosada, fresca, sonriente; y todo quedó olvidado.

El plan formado por Roussel resultaba, por otra parte, en todas sus partes, y Mauricio, con el egoísmo natural del hombre, gozaba tan plenamente de su dicha como su padrino tenía el

corazón á la vez satisfecho y desgarrado. Sin embargo, el joven no olvidaba al que se había sacrificado por él y le escribía largo y tendido todas las tardes al volver á París, después de haber comido en la Celle-Saint-Cloud, porque comía todas las tardes con su futura, hasta tal punto temía Clementina que se le escapase su prisionero. Sus cartas estaban llenas de noticias sobre la actitud de Clementina, sobre sus palabras, sobre la gracia y la bondad de Herminia. Roussel respondía dando instrucciones á su hijo y recomendándole prudencia y, sobre todo, discreción. Jamás se permitía una palabra desagradable respecto de su enemiga; nunca una crítica amarga. Desde el día en que Mauricio fué admitido en casa de la señorita Guichard, Fortunato pensó, con mucha delicadeza, que convenía poner en buen lugar ante su pupilo á una mujer con la que iba á estar unido por estrechos lazos.

De vez en cuando, cuando se aburría mucho en Montretout, hacía una escapada á París é iba á sorprender á Mauricio, por la mañana, en su estudio. Llegaba con la cara radiante y las manos llenas de flores de sus estufas; abrazaba á su querido hijo, le contemplaba, le acosaba á preguntas y daba vueltas á su alrededor con inquieta ternura. Pero prontamente veía que Mau-

ricio no había dejado de quererle y se iba dichoso.

Tomaba precauciones, porque sabía que era espiado. En varias ocasiones había sorprendido rondando su casa al primo Bobart, el confidente de Clementina, y hasta le había visto seguirle á París. El darle esquinazo no había sido más que un juego. Las robustas piernas de Fortunato habían burlado fácilmente el espionaje del antiguo abogado. Preguntado Mauricio acerca de este personaje había contado que Bobart iba con mucha frecuencia á casa de la señorita Guichard. Una vez había llevado consigo á su hijo, oficial de húsares y aspirante desahuciado á la mano de Herminia. Pero ni el padre ni el hijo parecían peligrosos. Roussel, sin embargo, ponía á su pupilo en guardia contra ellos.

— Mientras no hayas salido de la iglesia con tu mujer del brazo, le decía, no habrán acabado las dificultades. Y realmente, entonces empezarán de nuevo. Navegas entre escollos; no lo olvides. No sabes de lo que es capaz Clementina. Es mujer que por una sospecha puede echarlo todo á rodar el último día, en la alcaldía misma. Por mucho que desconfies, nunca será bastante.

Mauricio encontraba un poco pueriles tantas precauciones. Había dado un largo paseo por el jardín con Herminia y sabía que podía contar con

ella por completo, porque también le amaba. Aquellos corazones se habían entregado al mismo tiempo y no debían separarse jamás.

Una mañana, al llegar al estudio, Roussel encontró á su hijo más contento que de costumbre y cuando le preguntó la causa, éste sacó del bolsillo una carta y se la entregó. Era de Herminia, que llamaba á Roussel « querido padre, » le daba las gracias por su abnegación, le prometía pagársela con su cariño, y le abrazaba, entretanto, de todo corazón. El buen señor se enterneció al principio y aseguró que aquella chiquilla era verdaderamente deliciosa, pero después reflexionó y acabó por no aprobar que Mauricio la hubiese revelado su táctica. ¡ Las mujeres son tan charlatanas! ¿ Podrían estar seguros de que, con la mejor intención, no cometería Herminia alguna indiscreción, aunque fuese ligera? Porque si Clementina vislumbraba solamente la verdad...

Esta vez Mauricio trató á su tutor de visionario y dijo que exageraba verdaderamente el carácter de las personas. La misma señorita Guichard estaba tan contenta con este matrimonio, que si ahora se le descubriese la buena inteligencia de Mauricio y de su tutor, no cambiaría en nada sus proyectos. Herminia y él estaban convencidos de que aquella atmósfera de pura alegría había dulcificado

su corazón y de que se prestaría de buen grado á reconciliarse con Roussel.

Éste, ante una afirmación que no podía combatir más que por suposiciones fundadas en su experiencia, movía la cabeza y respondía deseando que no se equivocasen. De este modo llegó la víspera del gran día.

Por la tarde, después de una comida muy alegre, y en el momento en que Herminia y Mauricio se disponían á bajar al jardín, la señorita Guichard se adelantó hacia el pintor y le dijo :

— Querido hijo mío, desearía hablar cinco minutos con usted... Herminia me perdonará que le separe á usted de ella... será la última vez... Anda, hermosa mía, ve á coger un ramo de rosas para Mauricio... Cuando hayas acabado, te le devolveré...

Herminia cambió una mirada inquieta con Mauricio y salió. Puestos en presencia el uno del otro, el prometido y la tía se observaron un momento. Ambos estaban sonrientes pero sus fisonomías aparecían un tanto contraídas. La señorita Guichard tomó la palabra y dijo con voz firme :

— Mi querido Mauricio, henos ya en el día decisivo. Usted me hará la justicia de reconocer que ni una sola vez le he hablado de mí y que no he tenido otra preocupación que la dicha de

ustedes dos. Conviene, sin embargo, que tratemos á fondo un asunto importante; el de nuestras relaciones en el porvenir. Usted sabe cómo he educado á Herminia y ve la afección que tiene por mí. Su ausencia de mi casa produciría aquí un vacío muy cruel y me atrevo á lisonjearme de que yo también haría alguna falta á esa niña... No quiero, sin embargo, ser obstáculo á la libertad necesaria á dos jóvenes, ni interponerme entre vosotros... He reflexionado mucho en estos detalles, que no dejarán de tener influencia en nuestra tranquilidad futura, y he aquí lo que voy á proponer á usted. Acabaremos aquí el verano y el año que viene haré preparar vuestras habitaciones y un hermoso estudio en el edificio donde están situados los cuartos de los amigos... Usted le conoce, porque allí fué donde pasó la enfermedad producida por su accidente... Estaréis, por tanto, independientes, y yo gozaré de vuestra presencia... Comeréis conmigo, si así lo queréis, y recibiréis á vuestros amigos como si fueseis los dueños de la casa... Yo seré la que represente el papel de una invitada... En París os ofrezco el entresuelo de mi casa de la calle de Courcelles... Yo vivo en el primero. Estaréis, pues, en vuestra casa, en completa separación, si eso os conviene... El estudio lo tendrá usted donde guste, porque no le hay en

la casa y, por otra parte, las idas y venidas de los modelos podrían molestaros. Es mejor que ni su mujer de usted ni yo nos encontremos con esas personas, ordinariamente un poco... libres... Ya ve usted que soy un poco exigente, aunque no lo parezca; mi pretensión se reduce á no separarme por completo de mi sobrina y gozar también un poco de vuestra dicha.

Hubo un momento de silencio.

— ¡Y bien!, continuó Clementina, ¿no responde usted? ¿Qué le sucede? ¡Parece usted estupefacto!

Mauricio lo estaba, en efecto. El exordio lleno de precauciones de Clementina le había hecho inundarse en sudor frío, porque había previsto complicaciones horribles. Pero la exposición de aquellas pretensiones, después de un miedo tal, le parecía de una moderación absoluta. Imbuído en las prevenciones de su padrino, esperaba que la señorita Guichard intentaría acapararle enteramente, tenerle en tutela, convertirle en una especie de cartujo privado. Y en lugar de tales medidas de rigor, reclamaba modesta y casi humildemente que no se prescindiese de ella. El tirano se metamorfoseaba casi en víctima. Negarla lo que pedía hubiera sido conducirse como un hombre sin educación y sin delicadeza. No pensaba que consentir en habi-

tar la Celle-Saint-Cloud en verano, aunque fuese en edificio separado, y en invierno en la calle de Courcelles, aun en otro piso que Clementina, era consentir en la proscripción de Roussel. Porque, sin una completa reconciliación, ¿cómo iba á poder Fortunato ir á casa de la señorita Guichard para ver á sus hijos?

Mauricio, en la expansión de su alegría, no miraba tan lejos. Además para él la reconciliación era segura; y como quiera que fuese, en casa de la señorita Guichard ó en otra parte, la vida se le aperecía de color de rosa.

— Estoy estupefacto, respondió, por la ingeniosa y práctica sencillez de las combinaciones de usted.

— ¿Le parecen á usted, pues, satisfactorias?

— Absolutamente.

— Entonces, ¿las acepta usted?

— Con muchísimo gusto.

— ¡Ah! querido hijo mío; ven, quiero abrazarte.

— Y le estrechó en un abrazo vigoroso, y le plantó en cada mejilla un beso sonoro. Si Mauricio hubiera estado en aquel momento capaz de reflexionar, la ardiente alegría que la señorita Guichard demostraba, le hubiera puesto en guardia contra la facilidad con que acababa de acceder á las pretensiones de la despótica solterona; hubiera

pensado que, para empezar, el paso á que se le obligaba era muy largo y que si el segundo iba á ser del mismo tamaño, le conduciría infaliblemente á la esclavitud.

Peró en aquel momento y gracias á la óptica especial del amor, la señorita Guichard le parecía muy moderada. Al volver Herminia, con un haz de flores entre los brazos, encontró á su tía y á su prometido encantados el uno del otro y se regocijó cándidamente por su buen acuerdo.

Clementina triunfaba y apenas podía contener los transportes de su alegría. Una vez franqueado aquel desfiladero, cuyo ataque venía preparando, hacía una semana, con habilidad consumada, no veía ante ella obstáculo alguno. Mauricio, caído en su poder, gracias á la maga que le había encantado, estaba separado de Roussel y la empresa de odio emprendida hacía veinte años recibía su complemento.

Roussel, con el cual pasó Mauricio la mañana, antes de ir á la Celle-Saint-Cloud para firmar el contrato, no se engañó acerca del valor de las concesiones que Clementina había arrancado tan diestramente al joven. Se juzgó amenazado del modo más grave y comprendió que la mujer que había dirigido contra él tan formidables baterías, no habría de desarmarse como esperaban los jó-

venes esposos. Pero tuvo el supremo valor de callar sus inquietudes, por no aminorar la alegría de su hijo, no queriendo ver ni una sola arruga en aquella frente radiante. Y para estar más seguro de no ser causa de una complicación á última hora, anunció á Mauricio que partía para el Havre.

— ¿Pero volverá usted mañana por la mañana? preguntó Mauricio con algún cuidado.

— Mañana por la tarde. Cuando estéis casados, me presentaré en casa de la señorita Guichard según vuestro deseo, y haré cuanto sea posible para asegurar la concordia general.

— Gracias, querido padrino, en nombre de Herminia y en el mío.

— ¡Abrázame y que seáis dichosos!

— El padre y el hijo se estrecharon en un tierno abrazo con una efusión extraordinaria. Y Mauricio partió para la Celle-Saint-Cloud, donde Herminia y la señorita Guichard le esperaban para almorzar antes de ir á la alcaldía.

de sabio de Truchelet, y sin embargo, en teoría, sus pronósticos son indiscutibles.

Bobart padre, antiguo abogado, acababa de hacer entrar al miembro del Instituto en su terreno favorito, preguntándole qué influencia ejercería el viento norte sobre el cultivo de los albaricoques en el centro de Francia, y Truchelet, apoyado en la chimenea, se disponía á probar que el descenso más ó menos rápido de la temperatura polar, produciendo mayor ó menor calor en las corrientes submarinas, era causa de las buenas ó malas cosechas en el país más templado de Europa, cuando la señorita Guichard llamó á Bobart con un ademán y le hizo acercarse á ella.

Encontrándose libre, por primera vez desde por la mañana, quería interrogar á su factótum.

— ¿Cómo va la construcción de la tienda para el baile de esta noche?

— El patio está ya cubierto... Los obreros del señor Belloir no tienen que hacer más que clavar una tela en el suelo y arreglar las sillas... Se entrará por el jardín y por las ventanas del piso bajo... Está muy hábilmente dispuesto.

— ¿Cuántas personas podrán estar sentadas?
Por lo menos, doscientas.

— Perfectamente. La música del pueblo, ¿será exacta?

CAPÍTULO V

DONDE LA VICTORIA SE INCLINA DEL LADO DE LA
BONDAD.

En el hermoso jardín, cerca del terraplén que había sido testigo de sus primeras palabras, Herminia y Mauricio se paseaban, bajo la bóveda de árboles, mientras la señorita Guichard recibía á los invitados. El señor Tournemine, muy felicitado por el precioso discurso que había pronunciado el día anterior en la alcaldía, acababa de llevar á su mujer, y faltaban los Chevalier, primos de Clementina por parte de madre, los Bobart y los Truchelet, cuyo jefe, Eduardo Truchelet, miembro del Instituto, es el gran profeta de las variaciones atmosféricas.

Cuando Truchelet publica en los periódicos y revistas científicas que el mes de junio será lluvioso y el de diciembre glacial, no hay cuidado; habrá una sequía excepcional y el invierno será benigno. Nunca se ha hecho justicia á la memoria

— Á los postres, es decir, á eso de las nueve, empezará á tocar.

— Seremos treinta y dos á la mesa. ¿ Habrá espacio para todos?

El jefe de cocina asegura que cabrían cincuenta.

— Entonces, todo está bien.

— Tú triunfas; pero has jugado una partida muy arriesgada. Si ese joven no hubiera sido tan fácil de conducir, hubieras podido sufrir alguna avería... Mientras que otro...

— Tu hijo, ¿ no es verdad?

— Sí, mi hijo; respondió Bobart con aire contristado.

— No agradaba á Herminia...

— Si le hubieras dejado hacerle la corte...

— ¡Él se la ha hecho, sin pedirme permiso!

— ¿Mi hijo? exclamó estupefacto el antiguo abogado.

— Sí, tu hijo, el oficial de húsares en persona.

Y de tal modo, que se ha permitido escribir á mi sobrina una esquelita, que Herminia me entregó, naturalmente, sin abrir... Está escrita con un buen estilo la tal esquila... Podrás leerla, si quieres...

— ¡Cómo! ¿ Se ha atrevido?...?

— Se ha atrevido. Y yo, sin decirte nada, para no disgustarte, mi pobre primo, me atreví por mi parte á decirle que si no cambiaba de proceder,

le pondría en la puerta con todos los honores debidos á sus galones...

— Puedes creer, respetable prima mía, que yo ignoraba...

— Hubo un momento en que pensé que eras tú el que habías impulsado á ese badulaque, pero la torpeza de su conducta me probó claramente que obraba por su propia iniciativa. Yo no os quiero mal, Bobart. Bien sabes que os profeso una antigua afección... En resumen, la adopción de Herminia ha destruído las esperanzas que tu hijo podía abrigar respecto de mi herencia, y hace mucho tiempo que he resuelto reparar este perjuicio que os causaba. En mi testamento he asegurado doscientos mil francos á tu oficial de húsares... Esto le consolará...

Bobart, abrumado por esta liberalidad inesperada, se deshizo en protestas; pero Clementina, con la autoridad de una soberana sobre su vasallo, cortó aquellas expansiones entrando en un orden de ideas que le parecía más interesante:

— ¿ Y hay noticias de Roussel esta mañana?

— Partió ayer, como te dije, por el ferrocarril del Havre... Se ha ido á digerir su fastidio en la orilla del mar... Se ha dado el golpe mortal...

— Le permito vivir, declaró magnánimamente

la señorita Guichard, á condición de que, en adelante, permanezca en su puesto...

— ¿Y qué remedio tiene? Has cortado las garras á ese león y ya está domado...

— Han sido necesarios veinte años de lucha para llegar á ese resultado... Pero no me arrepiento de mis esfuerzos.

¡Veinte años de lucha! Clementina llamaba lucha á la persecución que había hecho sufrir al buen Fortunato y contra la cual ni una sola vez se había éste rebelado. Una lucha á aquella serie no interrumpida de vejaciones y de infamias, sufridas por su enemigo con la paciencia inalterable de un hombre que se da cuenta del peligro de que ha escapado y que se dice: « Habiendo evitado tal desdicha, puedo soportarlo todo con resignación. » ¡Al fin, la señorita Guichard le permitía vivir!

Y él estaba decidido á usar de ese permiso, porque apenas las últimas palabras de la tía de Herminia se habían confundido con el hueco rumor de las disertaciones de Truchelet, cuando entró un criado, se aproximó á la dueña de la casa, é inclinándose respetuosamente, murmuró esta frase:

— El señor Fortunato Roussel pregunta si la señorita tendrá á bien recibirle.

Un rayo cayendo sobre la casa; las palabras proféticas del festín de Baltasar apareciendo en la pared en letras de fuego; el nivel del Sena cambiando de repente y haciendo que el río se precipitase sobre el jardín; el Presidente de la República apareciendo de pronto escoltado por su cuarto militar para bailar en la boda de Herminia; ningún cataclismo, ninguna manifestación divina, ninguna inverosimilitud social, hubieran causado á Clementina un estupor semejante al que sintió.

Sus ojos se abrieron inmensos; una llama subió á su frente; después se puso pálida como una muerta y sus manos se abrieron y se cerraron en el vacío. Quiso hablar y no pudo más que producir un ruido que lo mismo expresaba alegría que terror.

Ya Bobart extendía el brazo para sostener á su respetable amiga, cuando por un supremo esfuerzo de la voluntad, Clementina recobró su aplomo, dominó á su cerebro y tomando una decisión, dijo:

— Hágame usted entrar en el saloncillo.

Y como Bobart, con la boca abierta, parecía pedir una explicación, le dirigió una mirada fulminante y le dijo:

— ¡Conque estaba en el Havre!

— Pero, mi bella prima...

En los momentos críticos, Bobart tenía la costumbre de desarmar á Clementina llamándola « bella prima. » La lisonja hizo su efecto. Una sonrisa altanera crispó los labios de la señorita Guichard; lanzó un vigoroso suspiro que la libró de su opresión y dijo, mirando con altanería á su primo aterrado :

— ¿Crees que le temo? Ahora vamos á vernos los dos.

— Viene, sin duda, á pedir gracia, insinuó Bobart.

Este pensamiento conmovió á Clementina. Hasta entonces no había imaginado más que un Roussel amenazador y terrible, avanzando armado de derechos iguales á los suyos y reclamando su parte de afecciones, de dicha y de esperanza, y en un momento se figuró un Roussel aniquilado, vencido, aproximándose tímido, suplicante y dispuesto á consentir que se pusiera sobre su cabeza un pie victorioso. Se estremeció de alegría y haciendo un ademán de soberbia, contestó :

— ¡Es probable! Viene á capitular... Bueno, ¡vamos á ver!... Sustitúyeme con mis convidados y que nadie sospeche lo que aquí sucede.

— Vete tranquila.

Abrió la puerta y alta la frente, firme la mirada,

entró en la habitación donde esperaba Fortunato.

Éste estaba de pie cerca de la ventana y miraba á Herminia y á Mauricio, que paseaban por el jardín. Ignoraban su llegada y, entregados por completo á la dicha de verse juntos, marchaban con ese andar perezoso é igual, propio de las parejas enamoradas. En verdad que el paso que Fortunato daba en este momento era para él muy penoso, pero todo lo daba por bien empleado al ver á los jóvenes tan plenamente dichosos.

La puerta, al abrirse, le hizo volver la cabeza. Clementina, majestuosa y soberbia estaba delante de él.

Ambos se examinaron en silencio durante unos instantes. Ella le encontró bien con su cabello blanco y rizado que servía de apropiado marco á una cara llena y sonrosada. Tenía, como siempre, hermosa presencia y su elegancia era propia de su edad. Con una amargura que no pudo vencer, Clementina pensó : « No tiene trazas de haber sufrido mucho. »

Roussel la saludó con sonriente cortesía y ella hizo una ligera y seca inclinación de cabeza.

— He aquí, dijo, una visita que yo no esperaba y que más que sorprenderme...

— La vida no es más que una serie de sorpresas, mi querida prima, respondió Fortunato en

tono amable; y seré feliz si ésta que te proporciono te parece agradable.

— ¿Te burlas?

— La ocasión no me parece bien escogida para eso.

— ¡Oh! tu tacto y tu delicadeza me inspiran muy poca confianza.

— Enhorabuena, dijo Roussel riendo; veo que no has cambiado... en lo que se refiere al carácter, al menos.

— ¿Te atreverás á dirigirme impertinencias en mi propia casa?

— ¡No lo quiera Dios! mi querida prima. Eres siempre la misma en lo moral, pero no en lo físico... Has ganado mucho.

— Hazme gracia de tus piropos, dijo Clementina en tono más dulce, y ten la bondad de decirme el objeto de tu visita.

Pues qué, ¿no es bastante visible? ¿Hacen falta explicaciones? Nuestros hijos se han casado esta mañana, ¿no es este mi sitio en día semejante? Sé las consideraciones que se te deben. Eres la madre de la desposada; yo he servido de padre al novio; la boda se hace en tu casa... y he venido.

— Jamás ha existido lazo alguno de parentesco entre ese joven y tú... y después de la indignidad

de tu conducta respecto de él, no tiene ningún motivo de reconocimiento. Por consiguiente tu presencia no está justificada y nos veremos en la precisión de evitarla.

Roussel no se movió.

— Es verdad, dijo, que en el primer momento, cuando supe por Maurício que se quería casar con tu sobrina, experimenté un vivo descontento contra él y le obligué á abandonar mi casa. Pero, después he reflexionado: la soledad es buena consejera. He pensado que, después de todo, ese muchacho tenía el derecho de amar á quien quisiera y me he resignado con tu sobrina. Mis informes han sido muy favorables á Herminia, debo confesarlo; he cambiado de modo de pensar y me he arrepentido de mi conducta con Maurício. Apruebo su matrimonio, le reintegro en su situación de heredero, le devuelvo mi cariño y me preparo á rivalizar contigo en ternura para la joven pareja.

— ¡Dios mío! exclamó Clementina levantando los brazos con estupor; ¿qué es lo que oigo?

— Lo que oyes, querida prima, es el lenguaje de la sana razón. Acaso habías perdido la costumbre de oírle en los veinte años que hace que no nos vemos, pero nunca es tarde para ceder á los buenos consejos. Ya ves con qué confianza he

venido á buscarte...; es que, en realidad, no se trata ya de ti ni de mí, sino de esos muchachos, que merecen ser dichosos...

— Nos pasaremos sin ti para su dicha como nos hemos pasado para su matrimonio; llegas tarde. Cuando se quiere imponer condiciones es preciso formularlas antes de firmar las capitulaciones. Hemos arreglado nuestros asuntos sin ti y sin ti continuaremos, quieras ó no. ¡Está bien! ¡He aquí un divertido personaje que viene á adjudicarse él mismo su parte en una dicha á cuya preparación ha sido extraño! Tú has prescindido de nosotros; no te conocemos.

— Pero yo os conozco todavía. Me he juzgado más firme de lo que soy en realidad. He creído que podría vivir sin estar rodeado de las atenciones á que estaba dulcemente acostumbrado y he visto después que me engañaba y que moriría de pena en la soledad.

— Muere; no vemos en ello ningún inconveniente.

— Habla por ti, querida prima; pero no en nombre de Mauricio. Estoy seguro de que bastará una sola palabra para hacerle venir á mí y con él á su mujer.

Á esta afirmación la señorita Guichard se estremeció, porque veía su verosimilitud. Toda su com-

binación estaba fundada en un resentimiento que, gracias al rencor de que suponía animado á Roussel debía ser definitivo. Y de repente, el que ella creía separado de Mauricio por sentimientos que necesariamente debían irse agravando, se presentaba calmado, sereno, con palabras de conciliación en los labios y prendas de paz en las manos. Ni Mauricio ni Herminia podían ser rigurosos con él: uno y otro iban á saltar de alegría á las primeras insinuaciones de Fortunato; él obedeciendo á su antiguo cariño y ella seducida por la novedad del personaje, serían conquistados sin remedio. Y ella, Clementina, quedaba en descubierta, en el momento en que se creía invulnerable, y era desposeída de sus más seguras posiciones por este hábil movimiento envolvente del enemigo.

« No tengo, pensó, más que una probabilidad de salirme con la mía; buscar querrela á Fortunato, hacerle salir de sus casillas, obligarle á pronunciar una palabra violenta y llamar en mi socorro á Mauricio y Herminia, procurando que consideren mi causa como suya. Entonces le pongo en la puerta y todo se ha salvado. » No bien formado por ella este plan, empezó á ponerle por obra. Realmente, si la política es, como muchos creen, el arte de embrollar las situaciones

para hacer daño al adversario y sacar provecho para sí mismo, la señorita Guichard poseía estas cualidades en su esfera privada. Se volvió hacia Roussel y dijo con áspera ironía.

— En resumen; ¿vienes guiado únicamente por el egoísmo? Me decías ahora que no he cambiado...; pues tú tampoco!

— Soy modesto y no me gustan los privilegios.

— Posees uno, sin embargo, y bastante raro; el de olvidar las injurias... cuando te lo exige tu interés.

— ¡Humildad cristiana!

— Pues yo te he conocido menos paciente.

— Se calma uno cuando envejece.

— Y, sin embargo, te he jugado muy malas partidas.

— Eres la única que las recuerda; yo las he olvidado.

— ¿Y la tapia que he construido delante de tu jardín?

— Me ha proporcionado excelentes espaldares.

— ¿Y el criado que tanto te convenía y que te quité á peso de oro?

— Empezaba á servirme mal.

— ¿Y el descrédito que he arrojado sobre tus costumbres?

— ¡Bah! No me ha disgustado pasar por un vividor.

— En fin; todo lo que he hecho en veinte años que hace que te aborrezco, y que te lo pruebo, ¿ha sido perder el tiempo?

— No; porque ha servido para demostrar que no podías olvidarme.

— ¡Eres un insolente!

— Y tú eres adorable.

Clementina se había avalanzado hacia él con la cara descompuesta, los ojos inflamados y la mano amenazadora. Fortunato permanecía impasible y sonriente. La solterona le miró un instante con extravío, preguntándose si no era juguete de una pesadilla. Todo cuanto veía y escuchaba hacia un cuarto de hora, le parecía fantástico. Pero Roussel no se desvaneció como una aparición; permaneció en su sitio y con mucha sangre fría dijo:

— Mi querida prima; creo que debes haber agotado las malas palabras; no busques más en tu fondo de reserva, porque sería inútil. Comprende que cuando me he decidido á afrontar tu presencia, es que me sentía seguro de mí mismo. No conseguirás hacerme montar en cólera, porque me importan poco todas las injurias. Renuncia, pues, á provocar un escándalo y resígnate.

Estoy aquí y, como dijo un ilustre hombre de guerra, aquí me quedo.

Clementina se vió vencida; arrojó un grito sordo, se le subió la sangre á la cabeza y le pareció que la habitación daba vueltas con extraordinaria rapidez. Extendió los brazos buscando un punto de apoyo y oyó á su enemigo que exclamaba:

— ¡ Bueno!; ahora una congestión: no faltaba más que esto.

Clementina se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, estaba medio tendida en el sofá; el cuerpo de su vestido estaba desabrochado y Roussel tenía cogida su mano y se inclinaba sobre ella con inquietud. Después de veinte años, se encontraban en la misma situación que el día de su rompimiento. Se levantó azorada y dijo con amargura:

— ¡ Confiesa que has deseado mi muerte!

— ¡ Dios mío! ¿ Yo?, respondió Roussel con un horror sincero; he hecho cuanto he podido para reanimarte; ¿ por quién me tomas? Vamos, pues; ahora debes estar calmada. Escúchame y verás las ventajas que estoy dispuesto á concederte. Nuestra enemistad es demasiado pública para que pueda cesar sin que demos una explicación del cambio. Esa explicación quiero que sea ente-

ramente favorable para ti. Diremos que tú has olvidado tus agravios y que yo he pedido el perdón de mis faltas. Yo habré dado todos los pasos y tú habrás tenido la grandeza de alma de perdonar. Considera que semejante concesión á tu amor propio merece alguna indulgencia y que yo la reclamo, no ficticiamente, sino con verdad. Todo lo que pido, es el derecho de amar á esos muchachos tanto como tú. Te invito á una nueva lucha, pero pacífica, en la cual el vencedor será el más tierno, el más cariñoso para esa joven pareja, que es preciso encuentre fácil y expedito el camino del porvenir.

Clementina exhaló un gemido. Aquella grandeza de alma de su enemigo la aniquilaba. Enseguida pensó: « ¿ Por qué no ha sido tan generoso cuando se trataba de mí? ¿ Cuán pequeñas eran las concesiones que yo le pedía comparadas con las que se impone él mismo! ¿ Tanto me odiaba que no quiso concederme nada? Si él hubiera querido, sin embargo, hace veinte años seríamos dichosos y esta hija que se casa podría ser nuestra... ¡ Oh! qué duro, qué ingrato, qué culpable ha sido... y ¡ cuánto le detesto! »

No obstante, no le miraba ya del mismo modo que al principio de la conversación. La ternura que había abrigado por Fortunato debía estar bien

arraigada en su corazón, porque, después de tantos años, se encontraban aún vestigios de ella. Así las antiguas ciudades de Oriente, enterradas bajo el polvo de los siglos, y cuyos restos aparecen inmensos á los viajeros y les dan idea de una civilización colosal.

Miraba á Roussel; le encontraba todavía seductor y se exasperaba más y más.

— En fin, dijo, es preciso que arreglemos nuestra respectiva situación. ¿Tú pides la paz?

— La imploro.

— ¿Reconoces, pues, que no tienes medio de resistir?

— Lo reconozco, y todo lo que tú quieras por añadidura.

— Así pues, soy yo la que dicta las condiciones del tratado.

— Tú.

— Será preciso que respetes las estipulaciones hechas por mí con Mauricio.

— Si no tienen por objeto impedirme ver á esos muchachos, las suscribo.

— No contienen semejanse cláusula.

— Entonces está convenido. Venga esa mano. Clementina se la dió con profunda satisfacción al ver que salía victoriosa de su guerra de veinte años. Porque resultaba victoriosa, en el fondo,

puesto que Roussel había tenido que hacer acto de contrición, y en la forma, porque obtenía públicamente el laurel de la victoria. Tuvo un instante de orgulloso delirio y cuando Roussel la besó con galantería el extremo de los dedos murmuró:

— ¡Ah! Roussel, si hubieras querido!

Fortunato tuvo miedo de este enternecimiento y respondió con volubilidad:

— No pensemos en eso, querida prima. Preparémonos á ser compadres. Y á propósito, hazme el favor de presentarme á tu encantadora sobrina.

La frente de Clementina se contrajo. Esta primera ejecución del convenio le parecía humillante. Tuvo, sin embargo, que resignarse y abriendo la puerta del salón, llamó « ¡Bobart! » El antiguo abogado apareció, con aire de inquietud, no sabiendo si manifestar cordialidad ó reserva. La actitud de Roussel aumentó su indecisión: el mortal enemigo de la señorita Guichard estaba allí como en su casa y Clementina no parecía dispuesta á hacerle arrojar á la calle.

— ¿Quieres tener la bondad, amigo mío, de enviarme á Herminia y al señor Aubry?...

— No les prevenga usted que estoy aquí, Bobart, añadió tranquilamente Fortunato; quiero gozar de su sorpresa.

Estupefacto por la desenvoltura de Roussel, Bobart consultó á Clementina con una mirada. Ella asintió con la cabeza. Entonces el complaciente primo, adivinando que acababan de ocurrir acontecimientos de extraordinaria gravedad, se lanzó al jardín en busca de los jóvenes esposos. Apenas Fortunato y Clementina tuvieron tiempo de advertir la molestia de encontrarse juntos, porque enseguida entraron Herminia y Mauricio. No fué necesaria presentación alguna. Al ver á Roussel, el novio gritó :

— ¡ Mi padrino !

Y enseguida Herminia añadió en una exclamación de alegría :

— ¡ Qué dicha !

Sin pedir explicación alguna, una súbita sospecha hirió á la señorita Guichard como un rayo de luz; pero no tuvo tiempo de reflexionar.

Mauricio, empujando á su mujer hacia los brazos de Roussel se arrojó en los de Clementina.

— ¡ Ah ! mi querida y respetada tía ! ¡ Cómo agradecer á usted su bondad !... ¡ Porque á usted debemos la dicha de ver aquí á mi padrino en este día !

Y la abrazaba con una efusión que no dejaba de tener sus encantos para la solterona. Esta pensaba volviendo con obstinación á su impre-

sión primera : « Pero, ¿ cómo sabe tan bien lo que acaba de pasar entre Fortunato y yo? Y Herminia, ¿ cómo no manifiesta sorpresa y exclama de buenas á primeras : ¡ Qué dicha ! »

Roussel hablaba con Herminia y la señorita Guichard se vió obligada á interrumpir sus reflexiones para escuchar lo que decían :

— Cuando usted sepa, señora, cuánto quiero á este muchacho, comprenderá el deseo que tenía de conocerla...

— ¡ Oh ! sé lo bueno que usted ha sido para Mauricio... Me ha contado su infancia...

He conocido á usted tarde, interrumpió Roussel, que encontraba que la joven no fingía bastante sorpresa, pero espero recuperar el tiempo perdido... Usted verá que no soy tan áspero como mi acceso de rigor puede haberla hecho creer... Me arrepiento de él y para hacer que usted olvide la contrariedad que he podido causarle...

Sacó del bolsillo un paquetito, desenvolvió el papel que le rodeaba y entregó á Herminia un estuche de tafete blanco con las iniciales H. A.

— He aquí mi regalo de boda...

La joven abrió la caja y arrojó un grito de admiración, de confusión, de alegría. El estuche no contenía más que dos perlas negras, pero gruesas como avellanas y de un oriente, de una

redondez, de un brillo incomparables. Era aquel el regalo elegante, refinado, de un hombre que no procura deslumbrar pero que sobresale sobre todos los demás por la rareza y el gusto de lo que regala.

— ¡Oh! señor, dijo Herminia, ¿cómo me atreveré á adornarme con una alhaja de tan gran precio?

— Hija mía, dijo Roussel sonriendo, esa joya no tendrá verdadero valor más que cuando usted se la ponga.

— Habría que recorrer todas las joyerías de París y no se encontrarían otras semejantes, dijo Mauricio examinando los pendientes como artista enamorado de todo lo bello.

La señorita Guichard no pronunció más que una palabra:

— ¡Soberbios!

Permaneció pensativa, extrañada del singular acuerdo que revelaban las palabras y las acciones de aquellas tres personas que debían estar violentas al encontrarse juntas y que, sin embargo, parecían unidas por la mayor confianza como si se hubieran visto el día anterior.

La situación pareció tan peligrosa á Roussel, que juzgó conveniente abreviarla, por muy dulce que le resultase este momento, esperado por él durante un mes.

— Pero hace mucho tiempo, querida prima, que te estoy sustrayendo á tus convidados, dijo, y añadió con graciosa galantería, inclinándose ante ella:

— ¿Qué ordenas ahora á tu servidor?

— ¿Qué deseas que yo te ordene? replicó ella con una acritud mal disimulada por su sonrisa.

— Comer con vosotros esta tarde, si me lo permitis.

— Pues bien, ve á ponerte un frac y vuelve á las siete.

— Muchas gracias. Voy á Montretout. Durante mi ausencia tendréis el tiempo necesario de preparar á nuestros parientes y amigos para mi aparición.

Y saludó, no atreviéndose á ofrecer la mano á Clementina, tanto era su miedo de embrollar las cosas. Mauricio y Herminia hicieron un movimiento para acompañarle, pero la señorita Guichard detuvo á su sobrina por medio de una impetuosa mirada.

— Hasta luego, dijo Roussel; y salió con Mauricio.

Apenas estuvo sola con Herminia, la cara de la señorita Guichard cambió de expresión y poniéndose sonriente, dijo:

— He aquí una feliz sorpresa, ¿no es verdad,

hija mía? ¿Tú no esperabas ver aquí al tutor de Mauricio el día de tu matrimonio?

— ¡Oh! Estábamos seguros, Mauricio y yo, de que os reconciliaríais, respondió Herminia con convencimiento. Toda vez que el señor Roussel se prestaba á ello, era evidente que usted, tan buena, no había de negarse...

— ¡Ah! dijo alegremente Clementina; ¿se trataba pues de un efecto preparado? ¿Había un complot? ¿Y desde cuándo data la intriga?

— Mi querida tía, mucho me habían encargado no dejar á usted sospechar nada... Pero ahora que todo está arreglado, ¿no es verdad? el secreto no tiene objeto... Mauricio no ha estado nunca enfadado con su tutor. Temía que usted no le acogiera bien si aparecía en buen acuerdo con un hombre á quien usted tiene tantas razones para no amar, y, entonces, para destruir sus prevenciones...

— Me ha representado una comedia.

— La voz de Clementina sonó con tal dureza, que Herminia se estremeció, miró á su tía con inquietud y preguntó:

— Pero usted no le quiere mal, tía mía, ¿no es verdad?

— ¿Yo? ¡El pobre muchacho! ¿No está todo arreglado á pedir de boca, gracias á su pe-

queña añagaza? Entonces, él veía á su tutor...

— Casi todos los días...

— ¿Y se ponían de acuerdo sobre lo que convenía decir y hacer?

— ¿No han maniobrado bien?

— Maravillosamente. Debo, en realidad, mucho al uno y al otro por lo que han hecho y dicho, pero toda vez que estaba en el programa que yo no supiera nada, supongamos que nada sé todavía. No digas una palabra, ni á Mauricio, de tu amable y afectuosa confianza. Yo continuaré aparentando que no estoy al corriente de la verdad.

— Sí, tía mía. Pero déjeme usted que la abrace para demostrarle mi agradecimiento por haber sido tan buena. Gracias á usted, vamos todos á ser muy dichosos.

— Ahí vuelve Mauricio, dijo la señorita Guichard, mirando por la ventana; ve á su encuentro. Yo vuelvo al salón.

Herminia bajó al jardín y Clementina quedó sola.

CAPITULO VI

DOMINADA POR LA MALDAD

La señorita Guichard se sentó en una butaca y con la faz alterada, la boca contraída por la amargura y los ojos sombríos, se abismó en sus pensamientos. De modo, que había sido burlada, ella, que se creía tan fuerte. Dos niños la habían llevado por la punta de la nariz hasta concluir un arreglo que alteraba toda su vida, turbaba todas sus ideas, cambiaba sus combinaciones y la imponía la presencia del ser á quien más detestaba en el mundo. Pero ahora que estaba advertida, ¿iba á dejar correr las cosas? ¿Soportaría tal humillación? ¿Aceptaría semejante servidumbre? Ella que siempre había sometido á los demás á su voluntad; ella, á quien nadie, fuera de aquel Roussel aborrecido, había sabido jamás resistir, ¿se confesaría vencida? ¿Dejaría á sus adversarios reírse de ella? Porque, ciertamente, se reían de su credulidad, de su tontería...

Todas las palabras pronunciadas durante su conversación con Roussel venían á su memoria y la hacían encogerse de hombros, de lástima de sí misma. ¡Cómo! ¿Y era ella la que había hablado así? ¿Dónde tenía la cabeza cuando había dado aquellas lastimosas respuestas? Hubiera sido preciso decir tal ó cual cosa y Roussel se hubiera visto confundido... Realmente no había estado á su habitual altura: la sorpresa, la emoción, la habían privado de sus facultades. ¿Pues no había cerrado la discusión desmayándose? ¿Desmayarse, cuando hubiera debido arrojarle á la cara de aquel malvado y sacarle los ojos! Recordaba que había tenido esa intención, pero la habían hecho traición sus fuerzas.

Después pensó: «Ha debido encontrarme degenerada. ¡Y estaba irónico, el muy... ¡Bien se ha burlado de mí! ¡Oh! yo tendré mi desquite y le enseñaré que todavía sirvo para darle una lección. Pero, ahora, ¿qué hacer?... ¡Ante todo, no quedar bajo el peso de esta derrota!...»

Reflexionó profundamente y cuanto más examinaba los diversos aspectos de la situación más peligrosa la encontraba. Era evidente que Mauricio había sido cómplice de su tutor en todo este negocio, y que sabía á qué atenerse sobre las relaciones que habían existido entre Roussel y

ella. ¿Cómo había adquirido el compromiso que ella le había exigido antes del matrimonio? Eso era que estaba decidido á no cumplirlo. La señorita Guichard se puso en el caso del joven y se confesó que ella hubiera también obrado del modo de que le suponía capaz. Y con furor lleno de espanto comprendió que estaba á merced de sus adversarios y que éstos podían hacerla sufrir el mismo tratamiento que les tenía preparado. Roussel, á quien creía tener en su poder, la tenía á su discreción. Él sería quien se llevaría á Herminia, gracias al ascendiente de Mauricio. Y esta muchacha, ¿no estaba decidida de antemano? ¿No lo probaba la acogida que había hecho á aquel hombre maldito? Sí; todo se venía abajo; el desastre era inevitable, si un golpe de fuerza no restablecía sus ventajas y cambiaba repentinamente su derrota en victoria.

Para esto, no había más que un medio: deshacer su propia obra; romper los lazos que ella había atado; indisponer aquel matrimonio antes de que tuviese tiempo de consolidarse; aplastar en germen la sublevación tramada contra ella. Y esto enseguida, sin perder un segundo; provocar la discusión, procurar una querrela y á favor del desacuerdo llevarse á Herminia, á fin de que no pudieran volverse á ver, ni, por consecuencia,

reconciliarse. Acaso Mauricio muriera de pena y su sobrina también; pero, en su exasperación contra ellos, no veía en esto inconveniente alguno. Hubiera prendido fuego á la casa y se hubiera quemado viva, si hubiera estado segura de que Roussel y la joven pareja ardían también. Ningún escrúpulo, ninguna debilidad, ninguna conmiseración debía detenerla en su plan. Y su plan era, sencillamente, destruir la felicidad de dos hijos.

No pensó ni un solo momento en dirigirse al corazón de Herminia y á la razón de Mauricio. Y, sin embargo, aquel era el punto débil en el que hubiera sido preciso herir para asegurar la victoria. Como ella era toda odio, no hizo entrar en sus cuentas el cariño que Herminia la profesaba. Mujer pérfida, no fundó esperanza alguna en la lealtad de Mauricio. Á las primeras explicaciones, sin embargo, Herminia se hubiera arrojado á su cuello y á los primeros cargos el pupilo de Roussel se hubiera sonrojado por haber engañado á una mujer que le acogía sin desconfianza. Ciertamente, todo se hubiera allanado y por una conversación de un cuarto de hora la tranquilidad de todos hubiera quedado asegurada. Pero Clementina no quiso explicaciones: se juzgó vendida y sólo pensó en preparar secretamente su desquite.

Por de pronto, quiso ser informada jurídicamente y abriendo la puerta, llamó á Bobart, que, desde la aparición de Roussel en la casa, estaba en acecho. Fuera de que siempre había profesado al hermoso y rico Fortunato la animosidad propia del hombre feo y pobre, sentía ahora cierta inquietud á causa de la actividad desplegada por él en servicio de la señorita Guichard. « Si se reconcilian, pensaba, será á costa mía y yo seré quien pague los gastos de la guerra. » Se apresuró, pues, á acudir en cuanto vió á Clementina hacerle una seña y respiró al observar que Roussel se había marchado. « Le ha puesto á la puerta, se dijo, y su fisonomía se esclareció. »

— Y bien, amiga mía, preguntó, ¿el monstruo ha partido?

— Por el momento, replicó con rudeza Clementina; pero va á volver enseguida.

— ¿Para qué?

— Para comer.

— ¿Para comer... en tu casa?

— En mi casa.

Los dos se miraron, él con estupor, ella con cólera.

— Me has dado, por cierto, muy exactas noticias... Te felicito... Parece que Mauricio y él no han cesado de verse en su vida. ¿Quién era el que les espiaba por encargo tuyo?

— El portero del señor Aubry.

— Pues te ha robado el dinero y se ha burlado de ti.

— ¿De quién fiarse entonces?

— De sí mismo, y esto á condición de no ser un mentecato.

— Pero, amable prima...

— ¡Basta! El mal está hecho: tratemos de repararle. ¿Qué recursos ofrece la ley para romper un matrimonio?

— Romper un matrimonio... ¿Acaso?...

— ¡Nada de comentarios!... Responde categóricamente.

— En la legislación actual, tenemos la separación y el divorcio... La primera deja subsistir el lazo legal, poniendo la persona y los bienes, ó los bienes tan sólo, de la esposa, por ejemplo, al abrigo de las disipaciones ó de las sevicias del marido; y el segundo, que disuelve completamente el matrimonio y hace á los esposos extraños el uno al otro.

— El divorcio me gustaría más... Pero es una palabra muy dura, que asustaría á mi sobrina.

— ¿Luego es ella?...

— ¿Y quién quieres que sea? exclamó Clementina; te pones enteramente obtuso...

— Pero, amiga mía; semejante resolución ¿no

es para sorprender? Si me fuera permitido darte un consejo, acaso, en efecto, la separación bastaría, por el momento... Después sería más cómodo convertirla en divorcio.

— ¡ Bueno! No nos ocupemos entonces más que en la separación. ¿ Cuáles son los motivos ó los pretextos que la ley juzga suficientes?

— Por de pronto, la mala conducta del marido ó de la mujer...

— Adelante, interrumpió púdicamente Clementina.

— Los excesos, las sevicias ó las injurias graves.

— ¿ Y qué entendéis por excesos?

— La embriaguez por ejemplo, y otras malas acciones que es difícil detallar ante ti.

— Adelante. ¿ Y no hay más.?

— Secuestro de la mujer, privación de alimentos, negativa de dinero...

— ¡ Todo eso es estúpido! Otra cosa...

— Negativa del marido á habitar con la mujer...

— ¡ Ah! ¡ Ah! Esto pudiera ser... con un poco de habilidad... pero sería muy difícil... ¡ Se aman!

Esta atroz circunstancia, que era la condenación de la tentativa de la señorita Guichard, no turbó á Bobart, que no vió en la confidencia de Clementina sino una dificultad más. No pensó ni un segundo en la dicha de aquellos jóvenes, en

su porvenir, en todo lo que podían perder de esperanza, de paz y de alegría en aquel enredijo judicial. El abogado respondió con una risa espantosa.

— ¡ Bah! En mi larga carrera he contribuído á separar más de doscientas parejas que se adoraban y á los cuales sus padres han probado que no podían vivir juntos!

— Entonces, ¿ me secundarás?

— ¿ Puedes dudarlo?

— ¡ Ah! Tú eres un verdadero amigo...

— Y sin embargo, no has parecido creerlo. Si hubieras entregado Herminia á mi hijo...

— No volvamos á eso, interrumpió Clementina con fastidio; ya no es tiempo.

— Sí, lo es, si rompes el matrimonio.

— En efecto, es verdad.

La señorita Guichard creyó necesario dejar esta esperanza á su cómplice. « Me servirá mejor, pensó, si trabaja para sí mismo al mismo tiempo que para mí. »

— ¿ Y qué instrucciones me das? preguntó Bobart.

— Vigila atentamente á Roussel cuando venga y trata de saber lo que prepara. Pero sé prudente. Yo velaré por mi parte... Y todo lo que haya de hacerse lo decidiré yo sola... No llamemos la

atención de Mauricio y de Herminia con una conversación demasiado larga... Volvamos al salón.

El número de los convidados había crecido durante aquellos tempestuosos debates. Los parientes alojados en la casa y en los pabellones se habían puesto de veinticinco alfileres. Los notables del país, invitados á comer, iban llegando. Clementina tuvo que pensar en su atavío. En las angustias de su situación, había olvidado que el tiempo pasaba y que era preciso sacrificarse por el decoro. Pasó rápidamente entre los convidados, á quienes Mauricio y Herminia hacían los honores de la casa, y encontró que ya se había propagado el rumor de la reconciliación. En el ardor de su alegría, los recién casados no habían podido contenerse y habían difundido la buena noticia. Todos los amigos que conocían las antiguas diferencias y los recientes malos tratos, estaban llenos de curiosidad. Una vaga esperanza de alguna sorpresa de efecto germinaba en los espíritus. Aquel cordial acuerdo, tan repentino, ¿era sincero? ¿No se podía presagiar que la armonía, difícilmente restablecida, no duraría mucho tiempo? Las caras sonreían; las palabras aprobaban; pero cada cual, allá, en su interior, hacía las necesarias reservas...

Encontrando el terreno preparado, la señorita

Guichard, con la firmeza habitual de su carácter, no evitó las explicaciones. Se multiplicó para dar testimonios de alegría. Si, una enemistad antigua, había terminado. La boda de aquellos queridos hijos había sido la ocasión de perdonar las injurias. El señor Roussel había llegado con los brazos abiertos pidiendo que todo se olvidase y ella no había creído que debía negarse á la indulgencia. Tal conducta no hubiera sido propia de una mujer ni de una cristiana. Perdonaba, pues, y todos iban á vivir en adelante en la más perfecta concordia. El señor Roussel había ido á su casa para vestirse y volvería para comer con la familia y los amigos de la señorita Guichard.

Algunos de los presentes no conocían á Fortunato; otros le conocían sólo de vista. Muchos le consideraban como un hombre muy importante por su fortuna y por su posición social. Todos tenían gran deseo de verle de cerca y de presenciar aquella comedia de la cesación de una hostilidad inveterada.

El doctor Truchelet aventuró una alusión sabia á las bodas de Pírito, ensangrentadas por el combate de los Centauros y de Lapites, y felicitó á la señorita Guichard por no haber renovado las luchas de las Amazonas contra Hércules y Teseo. Acaso la comparación con Hércules hubiese agra-

dado á Roussel, pero el ser asimilada con las Amazonas extrañó singularmente á Clementina, quien por vez primera empezó á sospechar que un académico podía muy bien ser un imbécil, y deploró que esta desagradable excepción recayese precisamente en su familia.

Desapareció para ir á ponerse un traje muy historiado. Pero jamás era pesada en su atavío y al dar las seis, volvía á entrar en el salón. Era tiempo, porque á la sazón llegaba Roussel. Éste no se había puesto de negro; se presentó con un pantalón gris, chaleco blanco y frac azul, con botones de oro. Estaba en realidad muy elegante de este modo y produjo una favorable impresión en la parte femenina de la concurrencia. Los hombres intentaron criticarle, pero fracasaron ante la admiración de sus compañeras. La señorita Guichard se puso amarilla de despecho. Puso, sin embargo, á mal tiempo buena cara, y adelantándose hacia su primo, le presentó á los convidados.

Roussel se sometió con gracia á sufrir este mal paso y se mostró sencillo y cordial, con un cierto matiz de altanería que á Clementina le pareció que contrapesaba desagradablemente la ventaja que ella había obtenido públicamente de la sumisión de aquel rebelde. Creyó que se levantaba un poco depreisa y vió en esta actitud

un indicio del doblez con que, á su juicio, se había conducido.

Si hubiera podido penetrar en la mente del buen señor, hubiera quedado asombrada, pues no hubiese hallado ninguno de los pensamientos amenazadores que le atribuía. Roussel no pensaba sino en regocijarse, en gozar de la hora presente y en tratar de que se arreglase el porvenir de un modo soportable. La astucia que Clementina le imputaba como un crimen, era supuesta, ilusoria y quimérica. La mala fe de Fortunato no existía más que en la imaginación de Clementina. Herminia y Mauricio eran todo expansión y todo sonrisas. Se encontraban dichosos entre aquellos dos enemigos reconciliados por ellos y á quienes amaban tan sinceramente.

El jefe de comedor se presentó y pronunció las importantes palabras :

— ¡ La señorita está servida!

Entonces Clementina, con aire de reina, se adelantó hacia Mauricio y después, adoptando el ceremonial en uso, dijo en tono imperioso :

— Herminia, toma el brazo del señor Roussel.

Y pasaron en comitiva al comedor, que debía servir por la noche de salón de baile, y que ostentaba en su centro una gran mesa. Un toldo de tela rayada, adornada con plantas verdes, ador-

naba todo el patio y tres arañas difundían una viva claridad. El mantel estaba resplandeciente de cristalería y de plata; unas guirnalda de flores serpenteaban alrededor de la mesa y servían de marco á un espléndido servicio de postres de antigua porcelana de la China, que procedía del tío Guichard. Roussel le dirigió una mirada de antiguo amigo; era la única cosa que hubiera deseado de la herencia tan espléndidamente abandonada á su prima.

La señorita Guichard se sentó entre Mauricio y el sabio Truchelet; Roussel á la derecha de Herminia, porque Clementina había adjudicado doblemente la presidencia á las señoras en su persona y en la de su sobrina. Roussel estaba transportado de júbilo: le hubieran colocado en una esquina de la mesa y no hubiera chistado. Se encontraba al lado de Herminia y radiante, rejuvenecido, empezó desde luego á hacer la corte en toda regla á su nuera de adopción.

Siempre había sido amable, con cierto aire florido, un tanto pasado de moda; pero en esta ocasión se excedía á sí mismo y todo en él tendía hacia este fin: agradar á aquella niña, de la que quería hacerse amar. No tenía, por otra parte, grandes esfuerzos que hacer; la puerta que pretendía forzar estaba abierta de par en par para él.

Aquel joven corazón se ofrecía con ternura filial y no había que hacer más que apoderarse de él.

Herminia escuchaba á Roussel con placer no disimulado. Le encontraba galante, gracioso, encantador. Fortunato tuvo la habilidad de hablarle de Mauricio y de referirle episodios de su infancia y con tan agradable historia la tuvo atenta toda la velada. Clementina, separada de ellos solamente por la mesa, no les quitaba ojo. Veía á Roussel desplegar todas sus gracias y pensaba: « No pierde el tiempo para apoderarse de la muchacha; ¡cómo la engatusa! La pobre se dejará coger por sus hermosas palabras, porque no le conoce, pero yo la ilustraré acerca de ese zorro viejo y ella volverá al justo conocimiento de las cosas. »

La señorita Guichard escuchaba distraidamente las protestas afectuosas de Mauricio; cuanto el joven le decía era para ella letra muerta. Consideraba su amabilidad como un ardid de guerra y la consideraba nula. Todo lo que Mauricio le hablaba de cariño y de reconocimiento no tenía más efecto que distrerla desagradablemente de la conversación de Roussel con Herminia.

En cuanto á Truchelet, disertó en vano acerca de los epitalamios, porque Clementina no le oía siquiera.

El fin de la comida, amenizado por variados brindis, pareció mortalmente largo á la dueña de la casa; y como el joven Héctor Bobart, que estaba un poco achispado con el Champagne, anunció que en su condición de testigo reclamaba la liga de la desposada, Clementina, con una mirada fulminante, levantó la sesión y condujo á sus convidados al salón mientras se quitaba la mesa para transformar el sitio del banquete en salón de baile.

Sin embargo, el joven oficial de húsares, no dándose por vencido después del primer fracaso, se había aproximado al grupo que formaban Herminia, Roussel y Mauricio y, alegremente, pedía indemnizaciones; por lo menos la primera contradanza, puesto que Mauricio debía abrir el baile con la señorita Guichard. Pero Fortunato hizo valer oportunamente sus derechos y el hijo del abogado tuvo que contentarse con un vals... Mauricio sentía una instintiva hostilidad hacia aquel mozo tan insignificante, ya porque le hiciese responsable de la cautelosa oposición de su padre, ó ya porque le desagradasen sus maneras familiares con Herminia, y no pudiendo contenerse, hizo observar á la señorita Guichard la actitud un poco descomedida del heredero Bobart. Clementina respondió melosamente :

— ¡ Oh! Eso no tiene importancia; Herminia y él se han criado juntos.

Esta respuesta tan sencilla y tan natural, tuvo, sin embargo, el privilegio de irritar á Mauricio, que estaba sin duda un poco nervioso aquella noche. Pero razonó friamente y se dijo « ¡ Soy un tonto! ¿ Voy á preocuparme por este majadero, cuya existencia mi mujer no tiene trazas de sospechar siquiera? » Pero sus nervios no se calmaron y su cara expresó un descontento que llamó la atención de Clementina hasta el punto de pensar si el mal humor de Mauricio no sería ventajosamente explotable.

¿ Por qué no fomentar aquel pequeño acceso de celos, en vez de disiparlo? ¿ Quién sabe si podría obtener de ese modo algún provecho! Después de todo, Hector Bobart era un pretendiente desdeñado y... de repente vino á la memoria de Clementina el recuerdo de las cartas que aquél había dirigido á Herminia y vió en aquellas delgadas hojas de papel el medio de prender un incendio. Hacerlas caer diestramente en manos de Mauricio, provocar una explicación entre Herminia y él, una escena acaso, ¿ no era medio de excitar la discordia? ¡ Es tan fácil irritar las pasiones y tan difícil calmarlas! El orgullo, la cólera, obran tan pronto sus efectos y hacen tales estragos en un cerebro hu-

mano, que es imposible saber hasta donde puede ir un incidente así comenzado. De todos modos, si el resultado no era como ella esperaba, ella se encargaría de imprimirle el impulso decisivo.

Reflexionando así, subió á su cuarto y dió instrucciones á la doncella para que los últimos regalos ofrecidos á Herminia fuesen llevados á las nuevas habitaciones, y ella misma se propuso entregar á su sobrina un cofrecillo que contenía sus joyas de soltera y algunos pequeños recuerdos cuidadosamente conservados.

Al cogerle, le ocurrió una idea que la hizo sonreír. Abrió su escritorio, buscó en un cajón y sacó cinco ó seis pliegos de papel, doblados. Eran las cartas dirigidas por Hector á Herminia y que ésta había entregado á la señorita Guichard sin leerlas: cartas insignificantes de un buen muchacho á una prima á quien quiere inflamar y que no salían del nivel de la medianía en achaque de ampliaciones sentimentales.

Sin dudar ante la atrocidad de la acción que cometía y disculpándose, acaso, en el fondo, por la necedad misma de aquellas epístolas, Clementina cogió las cartas y las colocó muy á la vista en el cofrecillo, encima de todos los objetos cuidadosamente arreglados por Herminia. Después cerró la caja y quitando la llave, descendió al salón.

Los invitados llegaban en montón y el salón de baile rebosaba. Todos los alrededores habían enviado lo más escogido de sus habitantes. La música de la Celle, reforzada por la señorita Guichard, no esperaba más que la señal del alcalde, señor Tournemine, para hacer sonar sus trompetones. El tendero había preparado petardos y los bomberos, igualmente aptos para apagar que para encender, se habían encargado de las bengalas que debían iluminar las arboledas del jardín.

El salón pequeño había sido prudentemente reservado por la señorita Guichard para el caso de que alguien se sintiera fatigado ó indispuesto en medio de aquellos regocijos, y allí fué á donde ella se dirigió. Puso el cofrecillo sobre la chimenea y después de dirigir una última mirada á su máquina infernal, se fué con admirable tranquilidad á reunirse con aquellos á quienes soñaba con hacer sus víctimas.

CAPÍTULO VII

EL RAPTO.

El aspecto del salón de baile era encantador. En un tablado, al fondo, estaban colocados los músicos. Todo alrededor, sillones para la gente seria y sillas para los bailarines. El jardín, iluminado con faroles á la veneciana, aparecía invadido por los invitados. La señorita Guichard se vió en seguida rodeada por sus parientes y por sus amigos. Á una señal de Bobart se desencadenó la tempestad instrumental y exaltó á la concurrencia. Si Clementina hubiera tenido libre el espíritu, ¡qué satisfacción hubiera experimentado en este instante en que dominaba á toda aquella reunión por en medio de la cual se paseaba majestuosamente siendo el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las sonrisas! Pero su alegría estaba envenenada por preocupaciones malvadas, y sin dejar de recibir saludos, Clementina pensaba :

— ¿Conseguiré destruir esta dicha que todos proclaman, elogian y envidian?

Vió á Mauricio que hablaba alegremente con Herminia, mientras Roussel, en un círculo de señoras, prodigaba sus gracias y sus amabilidades. Una nube oscureció la frente de la solterona. Con una señal llamó al joven y cogiéndole del brazo le dijo con tono indiferente.

— Acabo de hacer llevar á vuestras habitaciones los últimos regalos recibidos por Herminia, porque ahora no debo guardar nada suyo...

— Excepto ella misma, interrumpió galantemente Mauricio.

— ¡Oh! Pertenece á usted por completo, replicó la señorita Guichard observando al joven.

— Nos la repartiremos, respondió éste.

Clementina pensó : « ¡Hipócrita! intenta engañarme, pero no sabe que estoy apercebida : sus astucias no tendrán efecto. » Y en voz alta añadió :

— En el saloncillo, sobre la chimenea, encontrará usted un cofrecillo que contiene los recuerdos de soltera de Herminia. Ábrale usted mismo ; he aquí la llave.

Mauricio la cogió, la guardó en el bolsillo del chaleco y respondió :

— Voy enseguida. Pero hubiera usted podido, mi querida tía, esperar á mañana para entregarnos

esas cosas. En parte alguna ese tesoro hubiera estado más seguro que en el sitio donde usted le ha puesto...

— ¡ No! ¡ no! ¡ es preciso hacer las cosas con regularidad!

— Como usted guste.

Mauricio le dirigió su más amable sonrisa y se encaminó hacia el saloncillo, sin sospechar el lazo que se le tendía. Entró en la habitación, á la sazón desierta, y vió el cofrecillo sobre la chimenea. Era una caja de forma cuadrada con incrustaciones de marfil, como se hacen tantas en Florencia. Debajo, vió Mauricio al volverla, grabadas en la madera, estas palabras: « Pellegrini, via Maggio. » Conocía muy bien aquella via Maggio y en el momento acudieron á su memoria el Ponte-Vecchio, con sus tiendas y el Arno cenagoso, corriendo entre sus muelles de piedra.

Tenía en la mano el cofrecillo y un ruido metálico se produjo en el interior, como el sonido de anillos de oro. Mauricio pensó: « Son las joyas de Herminia; sus adornos de soltera. » Y un gran deseo de verlos se apoderó de él. No pensó que fuese grande la indiscreción que cometía; lo que había visto la tía, podía muy bien verlo el marido. La llave pareció ponerse espontáneamente entre

sus dedos como si una adversa y misteriosa influencia mandase á su voluntad. Abrió la caja y al levantar la tapa vió desde luego las cartas acusadoras.

Las tomó, sin sospechar nada malo. « Alguna correspondencia de colegiala, pensó; dulces y sencillos secretos de la infancia. » Desdobló uno de los pliegos y le echó una mirada, sin intención de leerlo. Pero aquella letra de hombre cambió enseguida sus disposiciones. Sintió primero asombro, después sorda irritación y por último un ardiente deseo de saber lo que aquello significaba. Leyó y, á medida que avanzaba en la lectura, su frente se contraía con sombrío descontento. Nada más vulgar que aquella carta, clásica declaración de un oficial de curia á una obrera florista, y firmada « Hector, » sin apellido. Pero no había duda posible; era del hijo de Bobart, del oficial de húsares, del comensal, un poco atrevido, del banquete de boda.

El primer movimiento de Mauricio, como Clementina había previsto con toda exactitud, fué cerrar el cofrecillo, volver al salón de baile, llevarse á Hector á un rincón solitario y allí aplicar sobre su nutrida cara un buen par de bofetadas. Pero resistió esta tentación y juzgó más razonable hacer á su tutor árbitro de la situación. Se

metió las cartas en el bolsillo, cerró la caja y salió de la habitación. A veinte pasos de él, Roussel hecho como siempre un héroe de madrigal, completaba la conquista de las mujeres, jóvenes y viejas, cuya seducción se había propuesto hacer. En su alegría, hubiera seguido la misma conducta hasta con Clementina. Su sorpresa fué, pues, desagradable, cuando sintió que le tocaban en el hombro y vió á su lado la fisonomía alterada de Mauricio. Mas por muy amortiguadas por la alegría que estuviesen sus desconfianzas, tuvo enseguida el presentimiento de que alguna cosa anormal había ocurrido y apartándose con su hijo algunos pasos, preguntó :

— ¿Qué hay?

— Venga usted conmigo y lo sabrá.

Atravesaron la multitud, entraron en el saloncillo y, una vez solos, dijo Mauricio, entregándole una carta :

— ¡ Lea usted!

— Roussel recorrió vivamente la carta, frunció las cejas y volviendo á tomar toda su gravedad, dijo :

— ¿Dónde has encontrado esto?

— En ese cofrecillo.

— ¿Y quién te le ha entregado?

— La señorita Guichard ; hace un instante.

— ¿ Con la llave?

— Sí.

— ¿ De qué modo estaban colocadas las cartas, encima, muy á la vista ?

— ¿ Cómo lo sabe usted ?

— ¡ Desdichado! ¿ Es difícil de adivinar? Es esa malvada Clementina la que ha dado el golpe.

— ¡ Padrino!

— Es capaz hasta de haber falsificado las cartas.

— Pero, ¿ con qué objeto ?

— Con el de producir un disturbio entre tu mujer y tú. Por medio de una querrela, de una riña, de una explicación, cuenta con arrojar la eizaña entre vosotros, apoderarse de Herminia y... ¿ quién sabe? ¡ acaso separaros para siempre!

— ¿ Es serio lo que usted habla? ¿ Sospecha usted de la señorita Guichard?

— Y tú, ¿ sospechas de tu mujer? replicó con energía Roussel. Tienes que escoger : ó Herminia es una farsante que tiene por cómplice al ejército francés representado por el hijo de Bobart, ó Clementina es una bribona que ha aprovechado una casualidad, si es que ella misma no la ha provocado, para ponerte ante los ojos una correspondencia que debía impulsarte á algún acto violento. Por mi parte, mi elección está hecha ; acuso á Clementina.

— ¿Pero Herminia... padrino mío?...
 — ¡Herminia! Es posible que ni siquiera conozca esas cartas... En todo caso es preciso tener el valor de preguntárselo.

A esta declaración Mauricio palideció.

— ¡Qué! ¿Ponerla al corriente de esta infamia? ¿Interrogarla sobre tal asunto?

— Sí, ponerla al corriente; no interrogarla: consultarla lealmente como persona leal que es. Y verás como, si está inocente de todo compromiso, y esto me atrevo á jurarlo, aprecia tu franqueza y tu confianza.

— Sea, pues. Así como así, no puedo soportar por más tiempo una sospecha semejante. Hágame usted el favor de enviármela.

— ¿De enviártela? No, por cierto: yo te la traeré. Quiero asistir, si me lo permites, á vuestra conversación, aunque no sea más que para impedir que digas tonterías...

— ¡Padrino!

— Pues qué, ¿no habías empezado á decirlas hace un momento?

— Sí, tiene usted razón. Permanezca usted y sea mi consejero y mi apoyo, como siempre.

— Puedes estar tranquilo. Seré aún más moderado por tu cuenta que lo he sido por la mía. Espéranos aquí.

Y salió. Mauricio quedó solo, sumergido en dolorosas reflexiones. Veía sombrío el porvenir; pensó por primera vez que acaso su tutor no había exagerado las malas acciones de que le había hecho víctima Clementina, y no estuvo lejos de creer que la tía de Herminia fuese un monstruo. Estimó, en todo caso, que la perfidia con que acababa de obrar le dispensaba de toda gratitud y le devolvía su libertad de acción, y se propuso, no devolverla mal por mal, pero al menos impedirle que siguiese haciéndole daño.

Sin embargo, por muy culpable que apareciese la señorita Guichard, había un hecho que no se la podía atribuir y era la correspondencia misma, punto de partida del incidente. Pensara Roussel lo que quisiera, las cartas procedían efectivamente del hijo de Bobart; había, pues, existido un amorcillo entre Herminia y él, y este solo pensamiento le exasperaba. Y, no obstante, no podía imaginar siquiera á la Virgen del Bordado cambiando amores tiernos con aquel húsar. Esto no estaba dentro del orden de las cosas admisibles, ni en armonía con su naturaleza delicada ni con el tono de sus cándidos ojos. Había evidentemente una pérfida maniobra en todo aquello... ¡Pero ella había recibido las cartas!

No tuvo tiempo de llevar más lejos sus indue-

eiones, porque Herminia entraba con Roussel. El joven no tuvo tiempo de abrir la boca para formular una pregunta; su tutor exclamó, apenas hubo cerrado la puerta:

— ¡Todo está aclarado! Ni siquiera ha leído las cartas, la pobre niña; se las entregó cerradas á su tía.

¡Cerradas! Mauricio tuvo tal acceso de alegría, que saltó al cuello de Fortunato, pero éste dijo sonriendo y defendiéndose mal del apretón:

— ¡No es á mí á quien debes abrazar, majadero!

Y les impulsó el uno hacia el otro.

Por primera vez Mauricio, cogiendo á Herminia en los brazos, la estrechó contra su corazón y desfloró con sus labios aquella rubia cabellera.

— ¡Había que ser verdaderamente maligno para adivinar que Clementina os preparaba esta emboscada! Hijos míos, la situación es grave. Juzgad por lo que acaba de hacer como principio de juego, de lo que es capaz si no consigue enseguida separaros...

— ¡Separarnos!

Y al decir esto formaron tan hermoso conjunto, que Roussel no pudo menos de sonreír.

— ¡Vamos! He aquí una unanimidad tranquilizadora! Pero desconfiad, queridos hijos; estáis

en peligro... En el estado de mis relaciones con la señorita Guichard, no me es posible daros un consejo; parecería que abogaba contra ella y en favor mío. Es evidente que mi repentina intrusión es lo que ha modificado las intenciones y cambiado los proyectos de Clementina. Ha realizado un formidable cambio de frente y trata á Mauricio como enemigo en vez de considerarle como aliado. Ya estáis advertidos. Tomad una resolución, pero que sea adoptada por vuestras propias inspiraciones. No veáis sino vuestro interés y no me tengáis en cuenta para nada, pero contad conmigo. Cuando hayáis resuelto, pondré tanta energía en apoyaros como reserva he empleado en daros consejos. Ahora, os dejo. Os amáis; defended vuestra dicha.

Herminia y Mauricio quedaron solos y se miraron un instante sin hablar. Después, el marido cogió la mano de su mujer y atrayéndola hacia sí, dijo:

— Mira como estamos, y no hace veinticuatro horas que me pertences; ¿qué nos prepara, pues, el porvenir? Una serie incesante de dificultades, de luchas que no habremos hecho nada para suscitar y á las que no podremos sustraernos. ¡Qué tristeza, Herminia, después de la esperanza de tantas alegrías!

— Pero Mauricio, ¿es posible que mi tía te haya hecho ver esas cartas que yo ni conocía?

— ¡Ay! Herminia; es muy cierto; pero no la acuses; ha obrado bajo la influencia de la cólera y no de su corazón.

— ¿Tú la disculpas? Y sin embargo, contra ti estaba tramada esta horrible maniobra... Pero ¿qué locura inspira el odio para que en un momento haya cambiado completamente una mujer tan buena, que ha sido para mí una verdadera madre...

— Me aborrece ahora, bien lo ves, tanto como á mi padrino. No tiene más que una idea; separarnos. No lo ha conseguido esta vez, pero volverá á empezar hasta que en una ocasión más favorable...

— ¿Podrá encontrarla?

— La hará nacer, como hoy.

— Entonces ¿qué va á pasar?

— ¿Tienes confianza en mí, Herminia?

— Absoluta.

— ¿Crees que mi único deseo, fuera de toda consideración extraña á nosotros, es nuestra propia dicha?

— Lo creo.

— ¿Y piensas que aquí, entre mi tutor y tu tía, podremos escapar á los disturbios y á las malas influencias?

— Creo que no.

— Entonces, deduce tú misma la consecuencia.

La joven permaneció un instante pensativa y con la rubia cabeza inclinada y algunas lágrimas rodaron por sus ojos. Después murmuró:

— ¡Es preciso huir!

— Si, marcharnos, niña querida; salvarnos, para ser el uno del otro, lejos de todo lo que no sea confianza y ternura.

— Pero eso, ¿no será mostrarme ingrata hacia la mujer que me ha educado y que ha sido excelente para mí?

— Eso será mostrarte fiel al que te ama y al que tú habrás de amar.

— Y al que amo ya, Mauricio, dijo Herminia, sonriendo á través de sus lágrimas. Pero yo no soy más que una mujer y no tengo valor para decidir entre lo que me parece mi deber y lo que es mi deseo... Tú, que tienes la firmeza necesaria, manda; yo obedeceré.

Mauricio movió la cabeza.

— No, Herminia; yo no puedo hacer lo que pides. Por graves que hayan sido las faltas de la señorita Guichard hacia mí, no me considero como absolutamente desligado de los compromisos que con ella contraí. He prometido no obligarte jamás á separarte de ella; te dejo, pues, en libertad. Si quieres quedarte, nos quedamos. Si parti-

mos, es preciso que sea por que hayas dicho :
« ¡ Quiero partir ! »

— ¡ Oh ! Mauricio, ¿ qué exiges de mí ?

— Que salves tú misma, y sola, nuestra dicha.
¿ Es mucho ? Reflexiona acerca de lo que sucede
enderredor. Aquí está el desorden donde perecerá
nuestro reposo ; fuera de aquí, la calma, la liber-
tad de amarnos. Herminia, ¡ tenemos tanto tiempo
delante, y tan hermoso ! Algunos días bastarán
para que la que nos ha hecho tanto daño recobre
la razón y nos llame, y entonces podremos volver
y gozar en paz de la tranquilidad que tan bien
habremos ganado. ¿ Es esto tan espantoso ?
¿ Prefieres correr los riesgos de una guerra en la
que todos los tiros vendrán á herirnos en el co-
razón ?

— Mauricio...

Herminia dudaba. Mauricio se puso á sus
plantas y mirándola hasta el fondo del alma,
añadió :

— Herminia, un minuto de resolución ; una
palabra decisiva, y todo se ha salvado. ¿ Tienes
miedo de confiar en mí ? Bien sabes que te adoro.
En el mundo no hay más que nosotros dos ; lo
demás poco importa. ¿ Quieres sacrificarnos á ren-
cores pueriles y á odios vergonzosos ? ¿ Qué hemos
hecho nosotros para merecer tales sufrimientos ?

¿ Cuál es nuestro crimen, amarnos ? ¡ Crimen
muy dulce, por cierto !

La joven se había inclinado hacia él. Mauricio
tomó su mano y la apoyó contra el corazón. Her-
minia lanzó un gran suspiro y después dijo con
voz firme :

— ¡ Partamos !

— ¡ Ah ! ¡ Qué dichoso soy !

Herminia le dirigió una mirada que probaba
que aquella exclamación de alegría recompensaba
su esfuerzo. En este momento entró Roussel.

— Hijos míos, es preciso volver al salón. Os
buscan por todas partes y ya he tenido que impe-
dir á Bobart que viniera á interrumpiros... ¿ Es-
táis de acuerdo ?

— Sí, padrino mío ; nos vamos. Herminia es la
que lo quiere.

— Y tiene razón. Yo no quiero aconsejaros,
pero en esta época, una temporada en la orilla de
los lagos de Italia, en Bellaggio, por ejemplo...

Los ojos de Herminia se iluminaron. Nunca
había viajado y no conocía nada. Roussel se arre-
pintió de haber introducido aquel elemento tenta-
dor en la resolución de Herminia, y pensó :
« Esto no es juego limpio ; pero ¿ cómo se mani-
fiesta siempre y en todo la mujer ! ¡ Qué mirada
la de esta muchacha !

— Querido Mauricio, decídelo todo ahora, dijo Herminia; yo vuelvo al lado de nuestros amigos.

Y desapareció ligera y casi alegre. Roussel se volvió hacia su hijo y dándole golpecitos en el hombro, le dijo:

— ¡Ah, bribón, no tienes de qué quejarte! ¿Vas, naturalmente, á llevarte á tu mujer?

— Usted lo ha dicho. Son las nueve y media: á las doce prescindo de la compañía de la gente de la boda.

— Tengo una excelente carretela que me espera en la plaza: ¿la quieres?

— ¿Me llevará á París?

— Desde luego. Es cuestión de propina.

— Entonces, está dicho. Prevenga usted al cochero.

— Enseguida. Tu mujer, ¿ha puesto mucha resistencia?

— La necesaria para que su decisión tenga una significación cariñosa... ¡Es un ángel!

— ¡Bueno! Se lo pagaremos después.

Fueron interrumpidos por una tempestad de armonías: era la banda que, en el patio, empezaba, al unísono con la orquesta, el rigodón de honor. En este momento se mostró en la puerta la fisonomía inquieta de Bobart.

— Señor Aubry, le buscan á usted por todas

partes... La señorita Guichard le reclama...

— ¡Anda! Ve á cumplir tus deberes, dijo Roussel cambiando una mirada con Mauricio. Mientras, tomaré el aire en el jardín. Hace aquí un calor terrible.

Se separaron y Mauricio se dirigió, á través de las filas de curiosos, hacia la señorita Guichard que le esperaba en pie, altanera y masculina, en medio del salón de baile, teniendo enfrente á su sobrina, del brazo del señor Tournemine.

— ¡Ah! ¡Por fin! dijo dirigiéndole una mirada imperiosa. Vamos; colóquese usted ahí y empecemos.

Rugieron los instrumentos, y las parejas, poniéndose en movimiento al mismo tiempo, emprendieron la primera figura del rigodón.

Bobart, preocupado con el doble conciliábulo que acababa de verificarse en el saloncillo, primero entre Herminia y Mauricio y después entre Mauricio y Roussel, en lugar de entrar en el salón de baile, se aventuró por el jardín en seguimiento de Fortunato. Por instinto adivinaba una maniobra ofensiva por parte de los enemigos de su prima. Amargamente vituperado por Clementina, que le acusaba de no haber vigilado suficientemente á Roussel, tenía empeño en tomar un desquite. Y su amor propio, su odio y su interés

reunidos le impulsaban á seguir las huellas del solterón.

La noche estaba oscura y serena. Los faroles venecianos alumbraban las calles de árboles en torno de la casa. Las arboledas del jardín y el terraplén estaban en la sombra. Roussel empezó por pasearse por el parque con aire indiferente y después, poco á poco, se aproximó á la puertecilla que daba al rincón de la callejuela en que estaba la tapia en la cual Mauricio había visto por primera vez á Herminia. Roussel se volvió para observar si era espiado, y Bobart apenas tuvo tiempo por esconderse detrás de un árbol. Desde allí vió al tutor abrir la puerta y salir vivamente.

Echó á correr y llegó al terraplén á tiempo para ver á Roussel acercarse á un coche que estaba parado en la plaza y hacer señas al cochero para que acercase el vehículo á la esquina de la callejuela, á dos pasos de la puertecilla.

Mientras la carretela atravesaba la plaza para colocarse al pie del terraplén, Roussel la seguía con aire plácido. Se aproximó al cochero y antes de entrar de nuevo en el jardín, le dijo á media voz:

— ¿Ha entendido usted bien, no es verdad? Un caballero y una señora, dentro de hora y media. Tendrá usted veinte francos de propina al llegar

París... Y sobre todo, permanezca usted ahora en el coche hasta el momento de partir.

— Vaya usted tranquilo, señor Roussel, dijo el cochero.

Inclinado sobre el muro del terraplén, en la sombra, Bobart no había perdido ni una palabra de estas recomendaciones. Pensó: « ¡ Un caballero y una señora que el cochero debe conducir á París en el coche de Roussel! Esto es claro como la luz; se trata de Mauricio y Herminia. La intervención de mi excelente prima produce su efecto: los recién casados meditan una fuga. No es esto ciertamente lo que la señorita Guichard esperaba; luego es preciso prevenirla. »

Fortunato atravesó el jardín con paso tranquilo y entró en el salón de baile; Bobart le siguió y al llegar á la puerta vió que llamaba á Mauricio y Herminia y les daba explicaciones que los jóvenes escuchaban con extraordinaria atención. Después se separaron y Herminia y Mauricio recorrieron del brazo el salón mientras Roussel se paseaba con aire distraído. En estas circunstancias cuya gravedad adivinaba, Bobart no dudó; se fué derecho á la señorita Guichard, que parecía una reina en medio de sus convidados, y llevándosela al pie del tablado de la orquesta, dijo:

— Procura no dejar que se altere tu cara, mi

excelente amiga, porque nos observan y tengo que darte serias noticias. Dentro de hora y media parten Mauricio y Herminia para París.

— ¿Qué dices ahí? exclamó la señorita Guichard con voz temblorosa por la cólera.

— Cálmate y escucha. Lo he descubierto todo hace un instante. Roussel es quien ha aconsejado y preparado el plan.

— ¡El miserable!

— Su coche espera al lado de la puertecilla del jardín y va a servir á los recién casados para alejarse de aquí.

— ¿Y qué hacer para impedirselo?

— No perder de vista á tu sobrina.

— Pero mañana volverán á las andadas. Y la ocasión sería tan buena para romper... Ellos me provocan... Yo no hago más que defenderme... Quieren quitarme á Herminia... ¡Si fuese yo quien se la quitase!...

— ¡Admirable idea! Cambias la situación. Creían vencerte y serás tú la que triunfe...

— Pero ¿cómo?

— Adelanta la hora de la partida. Envía á buscar á tu sobrina una persona con cuya fidelidad puedas contar.

— Su doncella.

— ¡Bueno! Esa muchacha previene á Hermi-

nia que su marido la espera en el coche... La joven baja sin desconfianza... En lugar del marido encuentra á la tía y... ¡Arrea, cochero!...

— Me voy á París y desde allí á Rouxmesnil, en Normandía... Una propiedad aislada, en la que soy inexpugnable...

— ¡Magnífico! ¿No cambias de traje para partir?

— Tengo en París todo lo necesario.

— Es probable que tu sobrina vaya á quitarse su vestido blanco.

— Dejémosla libre en sus movimientos. Pero tú, dedícate á Mauricio y no le pierdas de vista.

— Convenido.

Mientras se urdía este doble complot la fiesta llegaba á su apogeo y era fácil prever que el baile duraría hasta por la mañana. En la plaza del pueblo se había instalado una música al aire libre y las gentes del país saltaban sobre el césped á la luz de unos faroles á la veneciana colocados por el tendero. La señorita Guichard había enviado algunos toneles de vino para que refrescasen los bailarines, y estos diversos atractivos hacían que se agrupase delante de la verja una gran multitud.

En la callejuela sombría esperaba la carretela. El cochero, fiel á su promesa, no la había abandonado, pero se había hecho llevar una botella

de vino y bebía á la salud de los novios. Las once acababan de dar en el campanario del pueblo. El momento de la partida se aproximaba. El cochero quitó la manta á los caballos, les puso las riendas y enseguida montó en el pescante, un poco aturdido por la oscuridad y por el vino. Empezaba á quedarse dormido, cuando se abrió la puertecilla y una señora muy tapada y que hablaba con alguien que se quedaba en el jardín, abrió vivamente la portezuela del coche y montó.

En el mismo momento, otra mujer de alta estatura y maneras desenvueltas, se adelantó hacia el coche y dijo dirigiéndose al cochero :

— ¡ Volando ! ¡ Á París .

El cochero, asombrado, dijo :

— Pero mis viajeros debían ser un caballero y una señora...

— El caballero no parte ya... ¡ Vivo !

Y abrió la portezuela. Un grito : « ¡ Dios mío ! mi tía ! » se oyó en el interior del coche ; pero la portezuela golpeó, vigorosamente atraída, y el ruido de las ruedas ahogó el resto de las quejas de Herminia.

En el salón de baile los invitados se removían con ardor. Mauricio sacó su reloj y vió que eran las once y media. Hacía algunos momentos ya que Herminia había desaparecido. La señorita Gui-

chard acababa de encaminarse al saloncillo á fin de dar órdenes, sin duda, para la cena. Juzgó que la ocasión era favorable. Bajó al patio, atravesó los pabellones, subió ligeramente la escalera que conducía á sus nuevas habitaciones ; llamó, y como nadie le respondía, entró.

En el cuarto, alumbrado por una lámpara, estaba extendido sobre la cama el vestido de novia de Herminia. Los cajones estaban abiertos y todo indicaba los preparativos de un viaje.

Mauricio pensó « Está ya en el coche. » Cogió su abrigo y un sombrero y bajó vivamente. Salió por la puertecilla, volvió la esquina de la calleja y no vió coche alguno. Supuso que el cochero habría entendido mal y esperaría, acaso en el otro extremo de la calle, y corrió á cerciorarse. La callejuela estaba desierta.

Volvió á la plaza, latiéndole el corazón y con el espíritu turbado por un principio de inquietud. Allí una fila de coches esperaban á los invitados y todos los cocheros estaban en el café. Muy alarmado, Mauricio volvió al jardín, se quitó el abrigo y entró en el salón en busca de su tutor. Roussel no tuvo más que mirar á su hijo para comprender que ocurría un incidente inesperado. Se le llevó á un rincón y le preguntó con acento inquieto :

— ¿ Qué hay ?

— Hay, que no he encontrado el coche y que no sé dónde está Herminia.

— ¿Qué es lo que dices?

— Herminia se ha vestido y, evidentemente, ha ido á la carretela. Pero la carretela no está.

Se miraron, con un principio de sospecha.

— ¿Dónde está Clementina? preguntó Roussel.

— Ha salido del salón hace más de un cuarto de hora.

— ¡Busquémosla, preguntemos por ella... en la casa... ¡Ah! ¡Bobart!... ¡Apoderémonos de Bobart!

Cayeron sobre el abogado, que con aire inocente saboreaba un helado, sentado en un mullido sillón, y allí, sin levantar la voz, pero con miradas muy expresivas, preguntaron :

— Bobart, ¿qué es de la señorita Guichard?

— Pues lo ignoro, balbuceó el abogado, levantándose para escapar á las preguntas.

— ¡No se mueva usted! y responda, dijo Roussel. ¿Dónde está la señorita Guichard?

— ¡No sé! señores, contestó Bobart gritando para llamar la atención sobre él. No comprendo vuestra insistencia...

— Hable usted más bajo, dijo Mauricio, ó le llevo al salón inmediato y allí... va usted á ver. Estaba tan amenazador, que Bobart, espantado,

permaneció en su butaca sin hacer un movimiento, sin pronunciar una palabra.

— Le doy á usted un minuto para decidirse á responder. Dentro de un minuto le haré á usted responsable de la emboscada que aquí se ha ejecutado.

— ¡La emboscada! exclamó Bobart, fuera de sí por el terror. ¿Quién la ha preparado?

— ¡Ah! ¿Usted sabe, pues, lo que ha sucedido? Usted conviene en ello...

Yo no convengo en nada... Ustedes me violentan... me amenazan...

— Sí; todo lo que convenga para saber dónde está la señorita Guichard...

— Pues bien... ¡Ha partido!

— ¡Ha partido! ¿Con la señora de Aubry?

— Con la señora de Aubry y en la propia carretela de usted. Vaya; ¿está usted satisfecho? dijo Bobart con expresión de radiante alegría.

— ¿Adónde la conduce?

— ¡Vaya usted á preguntárselo!

— ¿La ha obligado á acompañarla?

— ¡Obligado! exclamó Bobart. ¿Cómo es eso posible? ¿Por qué no robado á la fuerza? ¡En medio de quinientas personas! ¡No, no! La señora de Aubry ha seguido á su tía de buen grado... La señorita Guichard la ha ilustrado acerca del

aspecto moral del acto que iba á cometer. La joven ha reconocido que había sido inducida á error y ha partido libremente y por su propia voluntad!...

— ¡Viejo tunante! exclamó Mauricio exasperado, y cogiendo á Bobart por un hombro, le sacudió tan rudamente que Roussel vino al socorro del abogado y se interpuso entre su ahijado y él.

— Vamos, hijo mío, un poco más de calma. En todo lo que el señor dice no hay sin duda ni una palabra de verdad. Hemos jugado una partida y acabamos de perderla: tratemos de tomar el desquite. Para esto no nos las entendamos con los lacayos, sino con los dueños.

— ¡Lacayos! repitió Bobart. Sepa usted señor mío...

— ¡Nada! interrumpió Roussel; conozco á usted hace mucho tiempo, señor hipócrita, señor pedante... He dicho lacayo y hubiera podido decir espía...

— ¡Y si no está usted contento, añadió Mauricio, puede usted enviarme su hijo!

— No, señor, declaró enfáticamente Bobart. Soy muy suficiente para vengar yo mismo mis injurias. Usted sabrá lo que cuesta tener que habérselas con un hombre como yo...

— ¡ Los clientes de usted lo han sabido muy

bien, maestro en vilezas! dijo Roussel. Pero téngase por advertido y que no le encuentre yo en mi camino, ó le hago pagar las costas con más gracia que usted mismo lo hacía...

Y tomando á su hijo por el brazo, dijo: .

— Ven, Mauricio, ven. No tenemos nada que hacer aquí.

CAPÍTULO VIII

EL SECUESTRO.

Por la mañana del siguiente día, estaba Roussel todavía dormido cuando entró Mauricio en su cuarto, descorrió las cortinas y se sentó en una butaca al pie de la cama.

— ¿Qué hora es pues? preguntó Fortunato incorporándose.

— Las cinco. Perdóneme usted que interrumpa tan pronto su sueño, pero estando solo, me volvía loco...

— ¡ Oh! hijo mío; has hecho muy bien en despertarme. Espera, voy á levantarme.

— No, permanezca usted acostado; lo mismo podemos conversar y con tal de que me hable usted de Clementina, quedaré aliviado...

— ¿Tú no has dormido? mi pobre hijo...

— ¡ No! Pero eso importa poco. Sufriría todas las penas sin quejarme con tal de saber dónde está mi pobre mujer.

— Tranquilízate; lo sabremos. Y entonces... Pero, ahora pienso... Federico, ¿está levantado?... Sí. Llama.

— ¿Para qué?

— Vas á verlo.

Mauricio llamó. Al cabo de un instante apareció el ayuda de cámara de Roussel. Era un excelente servidor que había sustituido al criado modelo que la señorita Guichard había quitado á Fortunato veinte años antes. Ningún ofrecimiento había hecho mella en Federico; por eso, en sus días de buen humor, Roussel le llamaba Hipócrates. Un día en que el ayuda de cámara se atrevió á preguntar á su señor porqué le llamaba así, éste le respondió: « Por causa de los presentes de Artajerjes. » Federico no comprendió mucho más y permaneció estupefacto. Y Roussel añadió « ¡ Bueno! No se caliente usted la cabeza: Hipócrates era un hombre incorruptible. » Federico se dió por satisfecho y adquirió mucho mayor importancia á sus propios ojos. Con el tiempo se había hecho enteramente adepto y, sobre todo, adoraba á Mauricio.

— Federico, dijo Roussel, ¿está usted todavía en buena inteligencia con el portero del señor Bobart?

— Sí, señor. Por recomendación del señor,

yo he sido quien le ha proporcionado su plaza.

— Bueno. Federico, va usted á salir inmediatamente para París. Irá usted á ver á su protegido y le pedirá, como un servicio de capital importancia, que, en el caso de que el señor Bobart salga de París, indique á usted la estación por donde ha partido. Y si puede usted obtener que le informe acerca del departamento ó el país extranjero de donde lleguen cartas para el señor Bobard, nos prestará á Mauricio y á mí una ayuda inapreciable... Usted nos conoce muy bien para creer que se trata de algo vituperable...

— ¡Oh, señor! Con los ojos cerrados le obedeceré... Con los ojos cerrados...

— Y bien, no los cierre usted... Ábralos, por el contrario, todo lo que pueda... Quédese usted en París y á las horas de la distribución del correo esté siempre en casa del portero... ¿El señor Bobart le conoce á usted?

— No, señor.

— Tan pronto como tenga usted noticias que darnos, vuelve sin perder ni un segundo.

— El señor puede contar conmigo.

Y salió. Mauricio permaneció sentado, interrogando á su tutor con la mirada.

— He aquí mi idea, dijo éste. Está fuera de toda duda para mí que el tunante de Bobart es

cómplice de la señorita Guichard. Él nos espío la noche última y él fué quien la previno. Es, pues, cierto, que tan pronto como se crea en seguridad, Clementina va á escribirle y acaso á llamarle cerca de ella. Por el sello de la carta sabremos dónde está y si Bobart se marcha, la estación de que parta será una nueva indicación.

— ¿Y entonces qué haremos?

— No lo sé todavía; es preciso reflexionarlo. Por otra parte, acaso no sea por Federico por quien sepamos donde está la señorita Guichard... Tu mujer es muy capaz de burlar la vigilancia de Clementina y escribirte...

El joven movió tristemente la cabeza.

— ¿Cómo ha consentido en acompañarla?

— ¡Buena es esa! ¿Sabes cómo habrán pasado las cosas? La señorita Guichard es robusta como un coracero... ¿Quién te dice que no se ha llevado á Herminia por la fuerza?

— No es posible. ¡En medio de quinientas personas! ¡Cuando el cochero no estaba prevenido y hubiera bastado un grito de llamada, un acto de resistencia, por débil que fuese, para que el coche se detuviese!

— ¿Y si Clementina ha mentido? Si la ha dicho que era solamente de mí de quien huían, pero que tú irías á bucarlas por la mañana... Con la señorita

Guichard, ¿entiendes? es posible todo. Es una vieja Eva sin Adán, que por distraerse en su paraíso vacío, se ha comido todas las manzanas y ha domesticado á la serpiente!

— Esperemos, pues.

— Paciente y cuerdamente. Piensa que tienes el porvenir delante de ti, ¡y qué porvenir! ¡Herminia sin la señorita Guichard! Porque, después de semejante barrabasada, estarás en tu derecho tomando precauciones, y la primera...

— Consistirá en separar á Herminia de ese monstruo de maldad.

— ¡Ah! ¡Ah! dijo Roussel. Te ha llegado la vez. ¡Te hacías ilusiones sobre Clementina y no estabas lejos de acusarme de exageración! ¿Cómo la encuentras ahora tan deliciosa tía? Pues bien, amigo mío, ahí tienes la esposa que el difunto Guichard, ¡paz á sus cenizas! había soñado imponerme de por vida. ¿Comprendes que me haya defendido como un tigre? ¡El dichoso esposo de Clementina! Cuando pienso en esto me estremezco todavía.

Hablando y paseándose por el estudio y por el jardín, los dos hombres llegaron al medio día y se sentaron melancólicamente en el hermoso comedor. No era así como Mauricio había pensado almorzar aquella mañana. Roussel leía este pen-

samiento en su cara y estaba triste por su tristeza. El día se pasó más pronto de lo que hubieran creído; pero la velada, largamente prolongada, tanto temían uno y otro no dormir, les pareció interminable. Por la mañana, estaban de pie al despuntar la aurora. La impaciencia de Mauricio rayaba en el frenesí. Se paseaba á lo largo del estudio como una fiera en la jaula. Roussel, sentado en un sofá miraba sin hablar al joven: no hubiera sabido qué decirle, fuera de las vulgaridades agotadas hacía mucho tiempo. El correo llegó sin carta de Herminia. Y sin embargo, hubiera tenido tiempo de escribir si hubiera querido ó podido hacerlo. Era evidente que no había podido. En esto encontraba Roussel un gran campo de discusión y le aprovechaba, ocupando á Mauricio con sus razonamientos y forzándole á distraer su dolor en controversias. En resumen, sospechaban que la señorita Guichard había secuestrado á la señora de Aubry de un modo tanto más criminal cuanto que no tenía sobre la joven ni derechos naturales ni derechos adquiridos. Además la impedía que llenase sus deberes respecto de su marido habitando con él y donde á él le conviniera. Y Roussel citaba el código. En suma, si Mauricio quería, había allí materia para un gran proceso, y tomando un ilustre abogado, se

podía poner á Clementina en una posición muy desagradable.

Llegaron así al almuerzo, que les reunió otra vez en el comedor, tristes y sin apetito. Hacia las dos, la sobrexcitación de Mauricio era tan aguda, que hablaba de marcharse á París, subir á casa de Bobart y cogerle por la garganta para obligarle á revelar los secretos de la señorita Guichard y decir dónde ocultaba á Herminia. Á las tres, mirando por la ventana hacia el camino, como si esperase ver á su mujer aparecer súbitamente y correr á él con los brazos abiertos, lanzó un grito :

— ¡ Ahí está Federico!

— Seguramente tiene noticias, puesto que vuelve.

Mauricio había bajado ya la escalera. Cogió al criado por el brazo, preguntándole, aturdiéndole y, sobre todo, impidiéndole hablar. Solamente en presencia de Roussel, encontró Federico su equilibrio. Se enjugó la frente y dijo :

— Ya sé lo que el señor deseaba averiguar.

— ¡ Buen Federico!

— Mauricio le estrechó en sus brazos.

— Si el señorito Mauricio quisiera no ahogarme, podría contarle lo que he sabido.

— Veamos; déjale hablar. Este muchacho...

Mauricio se sentó en el sofá; y Federico volvió á tomar la palabra.

— Desde ayer no he dejado la portería de la casa del señor Bobart. Francisco, que es mi amigo, me instaló en un rincón de su cuarto y allí he esperado los acontecimientos. Nada ocurría; ningún suceso, ninguna agitación. El señor Bobart se retiró ayer á las diez. Esta mañana no salió. La distribución del correo nada había indicado. Yo estaba consternado, cuando á medio día, en un montón de cartas, se encontró una para el señor Bobart. Examinado el timbre de salida, nos dió esta indicación : Clères (Sena Inferior).

— ¡ Ah ! exclamó Roussel; ya la tenemos.

— Espere el señor, que la cosa se va á hacer más precisa dentro de un segundo... Hacia las doce y media, la cocinera del señor Bobart entró en la portería. Iba á buscar un coche para su señor y entraba para rogar á Francisco que subiese, á fin de ayudar al criado á bajar un baúl. « ¿ Según eso se va de viaje su amo de usted? dijo Francisco.

— Sí, respondió ella... Va á ver á unos parientes á Rouen... »

— ¡ Bravo ! interrumpió Roussel. Rouen y después Clères. La señorita Guichard está en Roumesnil, una tierra que posee en Normandía, cerca de Dieppe... Gracias, amigo Federico; ha manio-

brado usted como un verdadero agente de policía.

— ¿Y el señor Bobart partió?

— Partió, sí, señor; un cuarto de hora después.

— ¡Bueno! Federico. Ahora puede usted bajar; su misión ha terminado. Coma usted, beba, descanse.

— Doy mil gracias al señor.

Roussel y Mauricio, al quedar solos, se miraron y enseguida, como si les animara un pensamiento único, dijeron á un tiempo:

— ¡Partamos!

— Hay un tren esta tarde; tenemos tiempo de hacer nuestros preparativos, añadió Roussel. Y no nos ilusionemos; va á ser preciso, acaso, emplear la fuerza para dar buena cuenta de la señorita Guichard.

— La emplearemos.

En todo caso, empecemos con precaución, para no poner en guardia al enemigo. Si fuésemos reconocidos, Clementina sería capaz de cambiar de residencia y nuestras pesquisas tendrían que empezar de nuevo.

— Pues bien, si es preciso, nos disfrazaremos. Yo le desfiguraré á usted.

— ¡Ah! Por fin te veo animado. ¿Vives ahora?

— Sí, empiezo á esperar.

— Ve á preparar tu maleta. No llevaremos más

que lo estrictamente necesario. ¡Nada de caja de colores ni de caballete de campo sobre todo! Un pintor llamaría la atención en diez leguas á la redonda.

— Tiene usted razón.

El joven entró en su cuarto y un instante después, Roussel, con una satisfacción profunda, le oyó tararear.

El castillo de Rouxmesnil es una edificación blanca, perdida entre el verdor de un parque de diez hectáreas y rodeada de muros y de precipicios. Un espeso bosque de hayas centenarias la defiende del viento del mar, que barre furiosamente toda la llanura. Una importante hacienda dependía del castillo, que no estaba habitado hacía mucho tiempo. Al tío Guichard le gustaba esta propiedad, que había heredado de su padre. Pasaba en ella dos meses del año, en la época de la caza. Las llanuras y los bosques que rodean á Rouxmesnil son muy sinuosos. El mobiliario de las habitaciones, conservado tal cual, aunque parecía incómodo y pasado de moda, había vuelto á ser del gusto del día. Estaba formado por aquellas encantadoras maderas estilo Luis XVI, cubiertas de terciopelo de Utrecht, camas, armarios y cómodas de caoba, adornadas con cobre dorado. Los

tapices eran antiguas telas de Jony, de colores amortiguados por el tiempo. El polvo del abandono cubría los muebles. El piso bajo, ventilado solamente dos veces al mes por el jardinero, que al mismo tiempo era conserje, olía á humedad. Pero las ventanas daban á una gran pradera á la que servían de marco hermosas arboledas, y á lo lejos, más allá de la llanura, los bosques comunales de Saint-Victor extendían sus ramas sombrías en las que cantaban los melancólicos cucos.

Al llegar á Rouxmesnil, Herminia, que no había estado allí más que dos veces con la señorita Guichard y llevaba los ojos hinchados de llorar, la cabeza aturdida por el insomnio y el corazón oprimido por el pensamiento de la pena que debía experimentar Mauricio, creyó que entraba en una prisión. Las maderas cerradas hacían reinar una oscuridad húmeda en todas las habitaciones. Un silencio profundo reinaba en la finca y, para colmo de tristeza, una lluvia torrencial, que había empezado en Clères, al salir del tren, borraba el horizonte en una bruma gris.

La señorita Guichard, afectando con Herminia una dulzura llena de compasión, como si acabase de arrancarla al más espantoso peligro, daba órdenes á la doncella que las había acompañado, y decía en su habitual tono de mando :

— ¡El departamento de Herminia, ante todo! Que esta querida niña tenga enseguida un sitio para descansar! ¡Tiene de ello tal necesidad después de semejantes emociones!... Envíe usted á buscar gentes á la quinta... Quiero que dentro de dos horas esté todo en orden en el castillo... ¿Cómo te sientes, querida hija mía? ¡Esperarás el almuerzo!...

— ¡Oh! No tengo apetito ninguno, tía...

— Es preciso comer, niña querida, para ponerte en estado de soportar la prueba...

— Pero, tía mía, ¿qué prueba? preguntó Herminia con irritación.

— ¡Paciencia, hija mía; ya lo sabrás todo! Entonces comprenderás la infamia de que ibas á ser víctima y yo contigo...

— ¡Una infamia!... ¡De Mauricio, es imposible!

— No era él el culpable... Pero el abominable mentor que le dirige! Dejemos estas explicaciones para después; sabes que puedes contar con mi afección... ¡No te abandonaré jamás!

Herminia ahogó un suspiro. La perspectiva de no dejar nunca á la señorita Guichard no era á propósito para tranquilizarla. La señorita Guichard sin Mauricio, ó Mauricio sin la señorita Guichard; tal era la disyuntiva que se ofrecía á su pensamiento, y en aquella hora no era posible

dudar : hubiera querido estar con Mauricio.

Había sido preciso todo el ascendiente moral que ejercía sobre ella su bienhechora, y un poco, también, la violencia material, para impedirle saltar del coche cuando había visto aparecer á Clementina en lugar de su marido. Clementina tuvo necesidad de cogerla por la cintura, sin dejar de dirigirla los más violentos reproches. Hasta París, Herminia no había hecho más que sollozar. Toda la noche había estado inquieta en el lecho, regando las almohadas con sus lágrimas. Por la mañana había sido aún necesario violentarla para llevarla al ferrocarril.

Y ahora, en aquel antiguo castillo, frío, húmedo y desolado, continuaba rebelándose. No lo hacía en voz alta, porque tenía miedo á su tía, pero en el fondo juzgaba severamente su manera de obrar. La sublevación moral de la joven era tan visible, que Clementina se creyó obligada á algunas explicaciones. No esperaba encontrar tal energía en aquella delicada rubia que había obedecido tan perfectamente desde que dependía de ella. ¿Pero qué importaba la resistencia á la fogosa Clementina? Á los que la resistían, los aniquilaba. Roussel y Mauricio sabían algo de esto.

Condujo á Herminia á una habitación del primer piso y abriendo vivamente las persianas, dijo :

— Esta es la habitación que yo habitaba en otro tiempo, cuando vivía el tío Guichard... Te la doy, hija mía... Comunica con otro cuarto que será para tu marido cuando haya cesado de enfurruñarse y venga á reunirse contigo.

— ¿Podrá, entonces, venir?

— Sin duda alguna.

— Pero, ¿sabe que estamos aquí?

— Voy á escribírselo yo misma, inmediatamente.

— ¡Oh! Déjeme usted ese cuidado, tía mía, exclamó la joven.

— Eso no sería ni correcto ni conveniente, contestó Clementina. Parecería que te sustraías á mi jurisdicción y que hacías concesiones, cuando es él quien debe hacerlas...

— ¡Oh! tía mía, nada más que una palabra al final de la carta...

— Una palabra, sea, dijo la señorita Guichard, pensando que, después de todo, un ruego de Herminia activaría la sumisión de Mauricio. El pobre muchacho está tan mal aconsejado que sería capaz de no venir.

— ¿Lo cree usted?

— Lo creo todo mientras Roussel esté cerca de él. ¡Ese hombre es su genio malo!

Salió, dejando á su sobrina entregada á sus re-

flexiones. El plan que había formado era muy sencillo. Por segunda vez quería obligar á Mauricio á adquirir compromisos y el primero sería renunciar á Roussel. ¿No accedía? pues no tendría á su mujer. Había que elegir : ó venía á buenas y cumplía siquiera la mitad de sus promesas, caso en el cual la dicha de Roussel estaría muy comprometida, ó no cedía, y entonces era fácil hacer pasar su resistencia por egoísmo, por indiferencia, y procurar una disensión entre los esposos. En el primer caso, Clementina triunfaba y continuaba siendo omnipotente; en el segundo, se vengaba terriblemente de los que habían intentado burlarla, y esto era también una victoria.

En sus nuevas posiciones se creía muy fuerte; casi invencible. Por de pronto, su Rouxmesnil le parecía inexpugnable. Para llegar hasta Herminia sin permiso y sin entrar por la puerta grande, había que escalar el muro, franquear el foso y atravesar el parque, y el guarda, prevenido, rondaría constantemente. El arrendador de la hacienda le había prestado un perro que vigilaba de día y era feroz de noche. Por último, Clementina llamaría á Bobart en su ayuda. En semejantes circunstancias tenía necesidad de los consejos jurídicos y de las artimañas de aquel práctico astuto.

Le escribió enseguida. Á Mauricio le escribiría

al día siguiente : convenía que el tiempo calmase su cólera y produjese el desaliento. Por la mañana, en efecto, entró en el cuarto donde Herminia había acabado por dormirse con un sueño febril y puso una carta sobre la mesa, diciendo :

— Lee y añade lo que quieras.

— La carta era amistosa, decía á Mauricio que se esperaba su llegada y terminaba así : « He olvidado el daño que ha querido usted hacerme, porque sé muy bien que no obedecía usted á sus propias inspiraciones, y estoy pronta á acogerle como á un hijo respetuoso y sumiso. » Herminia no echó de ver con qué pérfida habilidad habían sido escogidos los términos de esta carta para herir á Mauricio, á quien se trataba como un niño por la que tan duramente acababa de hacerle sentir su autoridad. La joven no vió más que la llamada á su marido y esto bastó. Cogió una pluma y al pie de la carta escribió. « Ven, mi querido Mauricio, te espero con mucha impaciencia. Cree que soy toda tuya. » Ardía en deseos de añadir : « Te abrazo y te amo. » pero no se atrevió. Firmó con letra un poco alterada, porque el corazón le latía y le parecía que arriesgaba su vida en este momento. La señorita Guichard cerró el sobre y dijo :

— Tú misma darás la carta para que la pongan en el correo al ir á esperar á Bobart.

— ¿El señor Bobart llega?

— Claro está. ¿Crees que vamos á vivir como dos prisioneras? No nos ocultamos, porque no hemos hecho nada malo.

Sin embargo, Herminia vió muy bien que se adoptaban todas las precauciones para que ella no pudiese tener comunicación alguna con el exterior. Por la tarde llegó el desagradable Bobart. Comió y enseguida se encerró con la señorita Guichard. Herminia se refugió en su habitación y con la ventana abierta soñó, contemplando la luna que aparecía por encima de las hayas y las plateaba con su luz. Una paz profunda reinaba en la campiña. Solamente los buhos hacían oír en los abetos su grito monótono y triste.

La joven pensó que acaso estaba destinada á vivir siempre en aquella soledad y aquel silencio. Si Mauricio no acudía; ¿cómo conseguir reunirse con él? ¿Quién los aproximaría? ¿Quién disiparía todos aquellos errores interesados? ¿Cómo caerían los obstáculos acumulados por voluntades hostiles? Una gran tristeza se apoderó de ella y rodaron sobre su cara gruesas lágrimas, lentas y amargas.

Era cerca de media noche cuando subieron Clementina y Bobart. Herminia cerró la ventana, se desnudó, hizo su oración, rogando al cielo que la

devolviese su marido, y se durmió más calmada. Por la mañana se presentó para el almuerzo y tuvo que sufrir los cumplimientos insidiosos del ex-abogado. Durante el día Clementina propuso un paseo por el parque, pero á Herminia le pareció un suplicio pasear entre Bobart y la señorita Guichard. Pretextó una jaqueca y se quedó.

Pasó este día y el siguiente en una profunda ansiedad y prestó el oído á todos los ruidos del camino creyendo á cada instante ver llegar á Mauricio. Todas las noches se acostaba con el corazón oprimido, diciéndose: « ¡Mañana será! » Y el día siguiente no traía tampoco noticias del marido esperado, que no venía.

CAPÍTULO IX

EL BLOQUEO.

Al cabo de cuatro días Herminia empezó á sentir cierto despecho. Verdaderamente, Mauricio era muy indiferente ó muy orgulloso. ¡Qué! ¿No podía decidirse á venir al lado de su mujer? ¿Estaba tan ofendido por su partida en la noche de la boda? ¿No debía creer que no lo había hecho por su voluntad? Sin embargo, no perdía la esperanza.

Observaba siempre al guarda en acecho y oía ladrar al perro feroz todas las noches. Su tía le lanzaba maliciosas miradas como queriendo decirle: « ¿Eh? Ahí tienes tu amor, mira lo que es... ¡Su intensidad no es bastante para hacer olvidar á un hombre su amor propio ofendido! »... Cuando la hablaba la llamaba con afectación: « Mi pobre hija » con un tono de lástima que molestaba extraordinariamente á Herminia.

La señorita Guichard empazaba á pensar seriamente que Mauricio estaba resuelto y no volvería y esto la agradaba en extremo, porque era la separación y el divorcio asegurados. Le pareció que sería buena política redoblar su cariño por la joven y mostrarle alguna confianza. Sin aflojar la vigilancia exterior, dejó á la joven algo más libre en el parque. La invitó á que se paseara, diciendo:

— Toma el aire, anda. De otro modo caerás enferma, y ¿qué dirá tu marido cuando se decida á venir?

Herminia no respondió y sonrió tristemente.

Hacia cerca de una semana que estaban en Rouxmesnil, cuando una tarde, en que se paseaba á lo largo de un foso que daba sobre la llanura, la joven vió al pasar, echado en un campo de trigo, un hombre de blusa, con el sombrero apabullado, que dormía á pierna suelta, á consecuencia, sin duda, de algunas copas de aguardiente. Iba á pasar con alguna repugnancia, cuando el borracho se volvió lentamente de lado, levantó el brazo que le ocultaba la cara y debajo de aquellos sórdidos harapos y en aquel hombre echado en el polvo, Herminia reconoció con estupor al señor Roussel, que la dijo en voz baja:

— ¿Está usted sola?

Ella respondió :

— Sí; pero, ¡cuidado! me vigilan siempre.

— Lo sé. Hace seis días que rondamos la propiedad.

— ¡Dios mío! ¿Mauricio está aquí pues?

— ¿Dónde quiere usted que esté? En este momento acecha en la entrada del castillo... Está vestido como yo, pero á él no le reconocerá usted... tiene una barba gris...

— ¿Cómo verle? ¿Por qué no viene á mi encuentro?

— ¿Y su tía de usted?...

— Le ha escrito para que viniera á reunirse conmigo.

— No ha recibido la carta. ¿Puede usted venir mañana á la misma hora?

— Lo procuraré... Tenga usted cuidado... alguien viene.

Roussel volvió la cara hacia el cesped y se volvió á dormir. El que llegaba era Bobart, con una escopeta al hombro.

— ¡Cómo! señor Bobart; ¿caza usted? dijo Herminia con volubilidad para distraer al abogado, que miraba con desconfianza al hombre echado al lado del foso.

— Sí, señorita; me distraigo matando maricas. Hay muchas en este país... Vea usted, un borra-

cho... ¡Oh! La embriaguez es la plaga de los campos!...

— Un ronquido sonoro respondió á las lamentaciones humanitarias de Bobart. Herminia dejó al exabogado y volvió al castillo.

Si no hubiera estado vigilada, hubiera cantado, tan alegre tenía el corazón. En un segundo todo había cambiado para ella. El porvenir, antes tan negro se había vuelto de color de rosa. Mauricio, á quien creía indiferente y orgulloso, era tierno y amante. No había pensado más que en reunirse con ella y ciertamente, en cuanto hablase con él cinco minutos, se presentaría en el castillo. Se puso á reir sola pensando en la figura tan graciosa que hacía Roussel echado en el césped y vestido como un harapiento, él, á quien había conocido de punta en blanco el día de la boda... Después se preguntó porqué todas aquellas precauciones y tan raras estratagemas. ¿La situación era, pues, más complicada de lo que había pensado?

Reflexionando sobre esto, relacionó el disimulo de Mauricio y de Roussel con la vigilancia ejercida por la señorita Guichard; y los disfraces de los unos le pareció que correspondían exactamente á las medidas de la otra. Rondas y perros feroces por la noche, y paseo de Bobart con una escopeta

al hombro... Herminia pensó : « No sé exactamente lo que pasa; no comprendo la razón precisa de los actos de mi tía. Hay algo muy grave y yo corro un peligro. »

Su imaginación se exaltó y llegó á una situación verdaderamente novelesca. Se figuró que era una joven princesa guardada estrechamente en una torre por crueles tiranos; una Pía de Tolomei, á quien amigos devotos se esforzaban en libertar. Y no tuvo más que una idea, la de facilitar la misión de los libertadores. Ante todo, quería ver á Mauricio, hasta con una barba gris. Dió vuelta alrededor del castillo, entró en el patio de honor y llegó hasta la mohosa verja, que daba á una gran calle de castaños. Miró con interés y no vió á nadie que pudiera dar la más remota idea de Mauricio disfrazado. Á cien metros de la entrada estaba un viejecito sentado sobre la cerca de madera de un prado y un enorme perro gris se revolcaba en el polvo. El hombre no se movió ni hizo señal alguna de haberla reconocido. Al cabo de algunos segundos Herminia se decidió á alejarse y al volverse, vió, en una ventana del primer piso á la señorita Guichard, que la miraba. Juzgó necesario hacerla un saludo gracioso con la sombrilla y continuó lentamente su paseo, pensando : « Acaso ese viejecito era mi marido.

Habrá visto á mi tía y no se habrá atrevido á moverse. Tengamos paciencia y esperemos á mañana. »

El resto del día no le pareció largo; ya no se aburría. Su vida estaba llena por un interés inmenso. Llegó hasta á no disimular bastante y estando Bobart y su tía hablando cerca de la chimenea, Herminia rompió á reir sola de un modo tan repentino y tan poco justificado, que la señorita Guichard levantó los ojos con severidad y dijo agriamente :

— ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Somos, acaso, Bobart y yo, más cómicos de lo que habíamos creído?

Herminia se quedó helada y permaneció muda durante toda la velada, pero las sospechas de Clementina se habían despertado y, cuando la joven se fué á sus habitaciones, preguntó :

— Dime, Bobart, ¿no has observado nada anormal alrededor del castillo? Esa alegría repentina de Herminia es muy singular... Tenía esta tarde una cara tan regocijada... ¿No habrá recibido alguna advertencia... alguna noticia?...

— Nada he observado, querida prima, que pueda justificar tus temores... ¿Quieres que haga venir al guarda?

— Te lo agradeceré. Tengo inquietudes... Me

parece presentir la presencia de Roussel en estos alrededores.

Román Rouet, introducido en el salón, declaró que no había visto nada sospechoso en sus rondas. Era el tal un viejo, medio labrador, medio guarda y, más que nada, cazador furtivo, con la cara curtida por la lluvia y el sol, enmarañadas cejas, que se hacía cortar como el cabello, y dientes destrozados por la acidez de la sidra.

— Mi ama, nadie ha llegado al país y nada he visto que se parezca á gentes malintencionadas... Siempre se arrastran algunos harapientos por el camino... Éste, que viene de Maromme... Aquél, que va á Fontaine-le-Bourg... Pero gentes que quieran entrar... Yo estoy aquí para impedirlo...

— ¡Bueno! dijo Clementina. Vaya usted y vigile.

— Con los dos ojos, mi ama.

— ¿Por qué estaba tan alegre esa muchacha?... repitió la señorita Guichard pensativa.

Pasó la velada jugando al *bezique* con Bobart y soñó por la noche que Roussel había entrado á viva fuerza en el castillo, con la cara embadurnada de negro, como los antiguos bandidos, y la había puesto un puñal en la garganta para obligarla á decir dónde había ocultado á su sobrina. Un vivo dolor la despertó; debatiéndose en su

cama, acababa de pincharse la barbilla con una horquilla desprendida de sus cabellos.

Había muy buenas razones para que el guarda de la señorita Guichard ignorase la presencia de Mauricio y de Roussel en el país. Éstos no habitaban en él. Román Rouet había podido recorrer todas las tabernas del país sin encontrar indicio alguno. Roussel y Mauricio se habían quedado á cuatro leguas de Rouxmesnil, en Auffai, en casa del dueño de una gran fábrica de hilados, amigo de Fortunato desde la infancia. Alojados en el castillo de Perceville, los dos parisienses estaban allí á sus anchas y hacía seis días recorrían á su gusto los alrededores, sin que fuese notada su presencia.

Tomaban el ferrocarril; se bajaban en Cléres y desde allí se iban á la propiedad de la señorita Guichard. Mauricio había hecho amistad, desde el primer día, con un perro de ganado, de talla colosal, que el dueño de Perceville había traído de Irlanda, y escoltado por aquel formidable compañero, de un olfato admirable, bloqueaba las cercanías de la prisión de Herminia. El viejo que la joven había visto de lejos, sentado en la cerca, era Mauricio.

Éste se había estremecido viendo en la verja, al principio una sombrilla de color, después una vaga silueta y por último á su mujer, que se

aproximaba mirándole. Estuvo á punto de levantarse y correr hacia ella; pero la aparición repentina de la señorita Guichard en la ventana, había helado su entusiasmo y, renegando y dando al diablo á la solterona, había permanecido inmóvil, mirando á su compañero, que se revolcaba al sol.

Por la noche, su envidia fué extremada cuando supo que Roussel había tenido la buena fortuna de hablar con la joven, y no se serenó más que por la seguridad de que él tendría la misma dicha al día siguiente. Pero Roussel no se daba por satisfecho con la ventaja, demasiado platónica, de haber conversado y conversar otra vez con Herminia, y necesitaba resultados prácticos, materiales y decisivos.

— Me vas á hacer el favor, ¿eh?, de no perder mañana el tiempo en arrullos, como Romeo en el balcón de Julieta. Los campos están llenos de alondras que te cantarán la canción de la partida. Ahora bien, esa partida no debes efectuarla solo. Toma tus disposiciones con Herminia para llevártela el mismo día, si es posible. Tendremos todo el día y toda la noche una excelente silla de posta en la aldea de Rongemare, á un kilómetro del sitio en que debes encontrar á tu mujer...

— Esté usted tranquilo, padrino; no perderé la ocasión. El tiempo apremia... y acabaremos

por ser despistados. Es preciso, pues, violentar las cosas y si hay resistencia...

— Yo estaré allí para prestarte ayuda... Á nosotros dos sería preciso el diablo para ponernos en derrota.

Mientras se formaban estos proyectos agresivos, la señorita Guichard, más y más inquieta, preparaba una maniobra sumamente peligrosa para nuestros conspiradores. Por la mañana se había presentado en el cuarto de su sobrina, á la que había encontrado en peinador, ocupada en peinar sus admirables cabellos rubios. La joven sin más que mirar el aire de su tía, presintió complicaciones graves y se dispuso á hacerlas frente.

— Hija mía, dijo Clementina sentándose cerca de la ventana; ayer hizo una semana que estamos aquí... Sabes que el día siguiente mismo de nuestra llegada escribí á tu marido para rogarle que viniese á reunirse con nosotras... ¿Cómo es que no ha venido, ni ha dado siquiera noticias tuyas?

— Pero, tía mía, dijo claramente Herminia, si nosotras no hubiéramos partido, no hubiera sucedido todo esto...

La señorita Guichard, asombrada por esta respuesta, levantó los ojos sobre Herminia y viéndola muy tranquila, tuvo un movimiento de irritación.

— Hija mía, si no hubiéramos partido lo hubierais hecho Mauricio y tú, con desprecio de todos los compromisos adquiridos... He parado, sencillamente, un golpe que me asestaban...

— Tía mía, replicó Herminia con firmeza, el primer golpe no fué asestado por mi marido; usted lo sabe muy bien.

— ¿Qué quieres decir?

— Dispéñeme usted de explicarme acerca de ese punto; pero sepa que no ignoro nada de lo que ha pasado y que yo no puedo culpar á mi marido.

Á estas palabras, que eran una verdadera declaración de guerra, la señorita Guichard se levantó. Su cara se puso lívida, sus ojos despidieron llamas y extendiendo hacia Herminia una mano agitada por un temblor nervioso, exclamó:

— ¡Qué! Después de veinte años de cuidados, de afeción, de protección; cuando te he tratado como á una hija, ¿me hablas con semejante ingratitude, por un advenedizo á quien no conocías hace seis semanas? ¿Contra todo respeto, juzgas mis actos y contra todo agradecimiento te unes con mis enemigos? ¿Es esto lo que yo debía esperar de tí? ¡Eres un monstruo!

— No, tía; no soy un monstruo, dijo la joven respirando con esfuerzo, tan violenta era la emoción que la embargaba; no, yo no soy irrespe-

tuosa, ni ingrata; pero tampoco ciega ni estúpida. Sé lo que veo y entiendo lo que oigo. Soy justa, créalo usted, y me hago cargo de la irritación que debió usted experimentar viendo todos sus planes desbaratados; pero no puedo admitir que por una cuestión tan mezquina, por una diferencia tan antigua, por agravios que hace mucho tiempo debieran estar olvidados, ponga usted en peligro mi dicha y la de mi marido. Usted le acusa de ser orgulloso é indiferente... ¿Qué hubiese usted hecho en su lugar, usted, que ha perseguido por tan largo tiempo y persigue todavía con su odio al señor Roussel, por una afrenta mucho menor que la que usted ha infligido á Mauricio?...

— ¡He aquí lo que tú piensas! gritó la señorita Guichard exasperada. ¡Oh, mal corazón y espíritu perverso! Eso es lo que tú murmurabas durante tus largos silencios... ¡Me hacías traición en pensamiento, antes de hacérmela en acción! Pero ¡yo te arreglaré! ¡Tengo sobre ti autoridad!

— Que usted se atribuye, pero que no existe. No tengo más dueño que mi marido...

— ¡Yo te separaré de él! gritó la solterona en el colmo del furor.

— Desafío á usted á que lo haga.

— ¡Ah! ¿Tú me provocas? Pues bien, tú sabrás de lo que soy capaz cuando se me fuerza.

— Me lo habían dicho y ya lo he visto. Pero jamás me hubiera atrevido á creer que usted, tan buena, se convirtiese hasta tal punto en perversa.

— Yo te haré arrepentir de lo que has hecho.

— Usted me hará arrepentir de haberla amado : nada más.

— Herminia!

Clementina estaba con el brazo levantado y amenazador, la cara descompuesta por la rabia, los ojos verdes de bilis, los dientes apretados y crujientes. Herminia tuvo miedo de que la atacase una congestión y muriese allí, herida por ella, á la que, en suma, había servido hasta entonces de madre. Se levantó y con una inspiración persuasiva propia para conmover hasta un alma tan dura, dijo, arrojándose á sus pies :

— ¡Por Dios, mi buena tía, olvide usted todo lo que la turba, lo que la irrita, lo que la pone fuera de sí, porque usted no es dueña de sí misma ahora, y vuelva á ser tal como yo la he conocido ; justa, benévola y generosa. No me obligue á luchar contra usted, lo que me causaría una horrible pena. No me ponga en el trance de decidirme entre mi afección antigua y mi nueva ternura. Tenga usted piedad de esta hija á quien ha amado, á quien ama todavía. Devuélvame usted la libertad y la dicha. Hágame usted feliz de buen

grado, con sus propias manos, y yo la bendeciré en todas las horas de mi vida por el favor que me habrá hecho y con el cual habrá sobrepujado, en un momento, las liberalidades de que me ha colmado durante toda mi existencia. Usted debe comprender que quiero, que debo ir á buscar á mi marido. ¡Oh, tía mía querida! ¡Un relámpago de bondad! Ponga usted todo en paz, usted que puede hacerlo, ¡seremos tan plenamente felices! ¡Y será tan grande nuestro agradecimiento!...

Cogió las manos de la señorita Guichard y con sollozos y ruegos se las besó apasionadamente. Ésta, torturada por aquella ardiente súplica, helada por aquellos reproches tan dulces y tan humildes, humillada por el sentimiento de su inferioridad ante aquella niña que la hablaba tan leal y animosamente, permanecía inmóvil y muda. Por fin, dejó caer de sus labios trémulos estas palabras :

— ¡No, no cederé! tengo, para obrar como lo hago, razones superiores que no puedes juzgar. Tú me darás después las gracias por el servicio que te hago... ¡Todos los hombres son infames!

— ¡Tía mía! ¡Cuidado! gritó Herminia desesperada.

— ¿Me amenazas?, dijo la señorita Guichard, no disimulando ya. ¡Tú debes tener cuidado!

Desde este momento no tengo confianza en ti. Sé que tengo una enemiga en mi casa; no encontrarás, pues, extraordinario que tome mis precauciones. Permanecerás hoy en tu cuarto y mañana nos marcharemos al extranjero.

Y sin añadir ni una palabra, la señorita Guichard salió. Herminia quedó sola y consternada, pero sin arrepentirse de su franqueza, por muy cara que debiera costarle. Porque, ahora, la señorita Guichard había arrojado la máscara y después de esta explicación no se podía esperar de ella el menor acomodo.

La joven se preparó á hacer una resistencia desesperada. Una sorda inquietud la molestaba hacia un momento; cómo sería interpretada su ausencia á la cita dada por Roussel. Porque era seguro que no podría ya pasearse por el parque. ¿Y qué pensaría Mauricio? ¿Supondría que le abandonaba? ¡No! eso era imposible. Pensaría que había sido vigilada, detenida. Y entonces sería capaz de entrar en el parque y llegar hasta el castillo y, vestido de ese modo, el guarda ó Bobart podían tomarle por un merodeador y pegarle un tiro.

Un miedo espantoso se apoderó de ella. En el desarreglo de su pensamiento estuvo á punto de llamar á su tía y prevenirla para que, al menos,

no se hiciese daño á Mauricio, pero la detuvo una reflexión: « ¡Quién sabe si, en el estado de exasperación en que se encuentra, dará mi tía las órdenes más rigurosas y atraeré el peligro sobre mi marido, queriendo protegerle! Es preciso dejar que marchen los sucesos sin intervenir; Mauricio es diestro y el señor Roussel prudente; ellos conseguirán arrancarme de manos de mis perseguidores. Porque ya, para ella, su tía, Bobart y el guarda eran sus perseguidores, y se sentía dispuesta á todo para escapar. Hasta hubiera hecho de buena gana algún daño á Bobart, que verdaderamente la atormentaba sin motivo, por gusto, por amor al arte.

Examinó con cuidado la disposición de su cuarto, previendo que acaso sería preciso evadirse. Una de las ventanas, la de la fachada, daba á una estufa cuyos vidrios estaban colocados casi á plomo á dos metros por debajo. Por aquí la evasión parecía imposible. La otra ventana, en distinta dirección, daba sobre un bonito jardinillo á la francesa. Un salto de seis metros y la perspectiva de enredarse en los sostenes de los rosales; tampoco por allí podía hacerse nada. El cuarto de tocador estaba en cuatro escalones más bajo y ocupaba una torrecilla redonda en un ángulo del castillo. Recibía la luz por una estrecha ventana,

pero tenía reja. Las precauciones estaban bien tomadas y la señorita Guichard sabía lo que había hecho alojando á Herminia en aquellas habitaciones. Á falta de las ventanas quedaba la puerta que daba á un largo corredor embaldosado en cuyo extremo estaba la escalera de servicio que conducía á las dependencias. Atravesadas éstas, se estaba en el patio, pero, para llegar á la escalera era preciso pasar por delante de las habitaciones de la señorita Guichard y de Bobart. ¡Cuántas probabilidades de ser cogida antes de llegar al piso bajo! Y aquel era, sin embargo, el único paso practicable.

El almuerzo llegó cuando Herminia se entregaba á estas combinaciones y proyectos. La doncella de la señorita Guichard le traía en una bandeja. Decididamente, Herminia estaba prisionera. No la encerraban con llave, pero estaba, sin duda, estrechamente guardada. Resolvió cerciorarse y á eso de las dos cogió el sombrero y la sombrilla y bajó. Al penetrar en el vestíbulo encontró á la doncella cosiendo al lado de una mesa. La muchacha levantó la cabeza y con cierta compasión dijo:

La señorita ruega á la señora que entre en el salón.

Herminia no respondió y abriendo la puerta

del salón encontró leyendo á la señorita Guichard.

— ¿Sales, hija mía?, preguntó la solterona con una perfecta tranquilidad, como si nada hubiera pasado entre las dos aquella misma mañana.

— Sí, tía mía; si usted no tiene inconveniente.

— Te acompaño, dijo la señorita Guichard, y se levantó.

— Es usted muy amable; respondió Herminia con serenidad.

Salieron por el parque y echaron á andar delante del castillo. Pero este paseo tan lejos del foso en que se impacientaba Mauricio no entraba en los cálculos de Herminia, que dijo al cabo de un instante:

— Hace mucho sol por aquí; ¿quiere usted que vayamos á la sombra?

— Como tú quieras, contestó la señorita Guichard.

Y tomaron un paseo circular.

No bien habían andado cien pasos, apareció Bobart armado con su inseparable escopeta y escollado, además, por el perro que tenía por misión devorar á los merodeadores en general y á Roussel y á Mauricio en particular. El abogado, como obedeciendo á una consigna, se colocó al lado de Herminia. El perro abrió la marcha. La joven tenía gran deseo de volverse, pero al extremo

de aquel camino estaba el foso donde había visto el día anterior á Roussel y sin duda en este momento la esperaba allí su marido. Al verla pasar con semejante escolta, comprendería lo que había sucedido y tomaría resoluciones en consecuencia.

Apenas llegaban á la llanura que, bañada de sol, se presentaba en perspectiva, el perro, que iba de vanguardia, empezó á gruñir furiosamente y erizó los pelos del lomo. Herminia pensó « Ahí está; contra él gruñe este dichoso animal. ¡Con tal que no le muerda! Avanzó enseguida y en el mismo sitio en que el día anterior estaba Roussel vió un hombre echado. Un gran perro gris estaba extendido cerca de él y amo y perro parecían dormir. Sin embargo, la mano del hombre tenía cogido el collar del perro como para contenerle. El mastín de la granja, envalentonado por aquella inmovilidad, ladró con furia y enseñó los dientes.

— ¡Es increíble! dijo Bobart en voz alta. ¡Un borracho en el mismo sitio que ayer. Parece que le han tomado afición!

El perro tomó sin duda estas palabras por un orden, porque, de un salto, franqueó el foso y se lanzó con la boca abierta y los ojos feroces sobre el pacífico grupo. Pero en un segundo, la escena cambió. El hombre levantó la cabeza y con voz enronquecida, que Herminia no reconoció, dijo :

— ¿Qué es esto? ¿Se hace devorar á los viajeros en este país? ¡Á él, Dear!...

Soltó el collar y el gran perro gris, saltando con una ligereza y una fuerza increíbles, cayó sobre el mastín, que se mostró resistente é hizo honor á Rouxmesnil sosteniendo el choque. Pero el perro gris era de una agilidad increíble y antes de que los espectadores de este combate pudieran hacer un movimiento, los dos animales, enlazados, habian rodado al fondo del foso.

— ¡Llame usted á su perro! ¡Llame usted á su perro! gritó la señorita Guichard, oyendo á su mastín aullar lastimeramente.

— ¡Llame usted al suyo! respondió tranquilamente el hombre de la voz ronca. ¿Acaso le hemos ido á buscar?

— ¡Cuidado! creyó Bobart que debía exclamar; voy á pegarle un tiro!...

— ¡El que toque al perro, toca á su dueño! respondió el hombre con una expresión tan amenazadora, que Bobart se estuvo quieto.

Al hablar así se había levantado y Herminia no encontró ni un solo rasgo de su marido bajo los cabellos grises y enmarañados y la ruda barba de aquel hombre. Y, sin embargo, era él.

— ¡Esto es una infamia! exclamó la señorita Guichard; ¡mi perro muerto!

Era verdad. El mastín, después de una resistencia honrosa, atestiguada por las huellas sangrientas de la piel de su adversario, acababa de morir.

— Usted me le pagará, buen hombre. Bobart, corre á buscar al guarda.

— ¡Para qué! dijo el hombre con su voz aguardentosa; ¡para qué! Que pase solamente el foso y hago con él lo que mi perro ha hecho con este otro. ¿Oye usted? So vieja.

— ¡Vieja! gritó la señorita Guichard. ¡Insolente! Usted verá quién soy yo...

— ¡Perfectamente! apoyó Bobart; una demanda de indemnización...

— ¡Sí! ¡Ya te daré yo la indemnización! vociferó el hombre con ademanes violentos. ¡Ven aquí, que te voy á hacer que escondas la cabeza debajo del ala, gallo viejo! ¿No te da vergüenza, á tu edad?

— ¡Vámonos! ¡Está ebrio! exclamó la señorita Guichard.

— ¡Ebrio! Pero no de amor por tí, carcamal... Por la buena persona que te acompaña, es posible.

Y volviéndose hacia Herminia, el harapiento apoyó una mano negra en los labios y le envió un beso. Al mismo tiempo, de sus ojos, ocultos bajo

unas espesas cejas, brotó una mirada luminosa. Y esta vez Herminia, roja de placer y latándole el corazón, adquirió la seguridad de que tenía delante á su marido.

Hubiera querido permanecer allí, por singular que pareciese su curiosidad; alguna palabra de doble sentido la hubiera trazado, acaso, una línea de conducta. Hubiera sido una satisfacción refinada para Herminia hablar con su libertador bajo la mirada misma de sus carceleros; pero no pudo disfrutar ese placer. Su tía la tiraba del brazo y Bobart se había ya pronunciado en retirada. Perseguidos por las injurias que les dirigía el dueño del perro gris, volvieron á entrar en el castillo.

— ¡No has estado heroico, Bobart, dijo la señorita Guichard con acritud. Nos has dejado insultar, á mi sobrina y á mí, por ese miserable, sin contestar siquiera.

— Querida y respetable prima, respondió el abogado: el hombre no me intimidaba; pero el maldito perro me infundía cierta aprensión... Bien has visto lo que ha hecho, de una dentellada, con el pobre Stop...

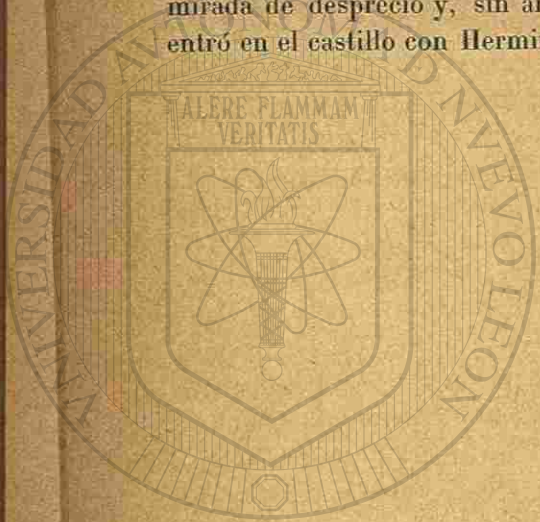
— ¡Haberle metido un tiro en el vientre...

— Hubiera podido no acertarle y entonces...

— Pero, ¿no sabes tirar?

— Te confieso que conozco mejor el código que el tiro.

La señorita Guichard arrojó á su auxiliar una mirada de desprecio y, sin añadir una palabra, entró en el castillo con Herminia.



CAPÍTULO X

EN EL QUE SE ROMPEN LAS CADENAS.

La joven subió á su habitación. Era dichosa, aunque estuviese secuestrada, y el beso de Mauricio la había dilatado el corazón. Un sentimiento de orgullo la asaltaba, al verse tan ardientemente disputada. ¡Cuán atrevido y diestro se había mostrado su marido! ¡Y su disfraz era verdaderamente una maravilla! Si no hubiese estado prevenida, jamás hubiera reconocido al elegante Mauricio, en aquel pisaterrones.

Se rió sola de los horrores que Mauricio había dicho á Bobart y á su tía. Pensaba que el joven se habría desatado en injurias de aquel modo para disimular; y, sin embargo, debió tener un secreto placer en maltratar así á sus enemigos. Pero, ¿de quién sería aquel terrible perro gris que combatía tan valientemente por ella? Nunca había oído á Mauricio hablar de un perro. Puede

que fuese de Roussel; en todo caso, le amaba.

Sonó la hora de comer y también se sirvió á Herminia en su cuarto, lo que le causó sumo placer. La comida entre su tía y Bobart hubiera sido insoportable. Comió con apetito, como si un secreto instinto le dijese que muy pronto tendría necesidad de todas sus fuerzas. Vió al sol descender por detrás de las negras hayas, y extenderse poco á poco la sombra sobre el cielo rojizo, hasta quedarse todo obscuro. Cerró entonces la ventana y cogió un libro.

En el salón, la señorita Guichard y Bobart no jugaban esta noche su partida acostumbrada. La solterona estaba pensativa; el episodio del perro le parecía muy extraño. Hizo venir á Román Rouet y le interrogó detenidamente acerca de todos los perros grises que existían en el país.

— Un gran animal capaz de estrangular á Stop, decía el guarda, no, mi ama; no le conozco ni gris, ni negro, ni rojo. ¡Ah! Diantre! ¡qué desgracia no haber estado yo allí! ¡No correría por los caminos á estas horas!

— Pero, en fin; ¿usted no supone á quién podría pertenecer? El perro era demasiado hermoso para su amo...

— ¡Bien puede ser que le hubiera robado!...

— ¡No! El animal no le hubiera defendido

á una simple indicación, como lo ha hecho...

— Á menos que no sea el gran perdiguero del señor Julleville d'Auffray...

— ¿Quién es ese señor Julleville?...

— Un almacenista del valle...

— ¿Y se pasea por los caminos en blusa y á pie?

— No, por cierto; prefiere ir de levita y en su carricoche de dos caballos...

— ¿Prestaría su perro?

— Puede que sí... y puede que no.

— ¡Vaya usted, Rouet, dijo la señorita Guichard, y haga buena guardia...

Se volvió hacia Bobart y dijo:

— Este es un ser absolutamente estúpido y no le creo leal. ¿Qué confianza puedo tener en él? ¡Por veinte francos me haría traición!

— Pero, ¿qué es lo que temes, mi amable amiga?

— ¡Todo! exclamó Clementina, como una explosión. ¡Me ha parecido reconocer á Mauricio bajo la blusa de ese miserable de hace un momento!

— ¡Á Mauricio!

— Si, á Mauricio. No era su cara; no era su voz; y sin embargo, un instinto me dice que era él. ¡Si yo lo supiese! Yo...

Y Clementina se puso lívida.

— Vas á ponerte mala, dijo melosamente Bobart. Vete á tu cuarto... Yo voy á dar una vuelta para vigilar y ver si todo está tranquilo. Yo mismo cerraré las puertas y las ventanas para que puedas dormir en paz...

— Tienes razón. Subo á mi cuarto, cierro con llave la puerta del de Herminia y me acuesto. Buenas noches; hasta mañana.

Eran las diez. Herminia estaba todavía leyendo en su cuarto. Reinaba un profundo silencio. De repente creyó la joven haber oído un ligero ruido en los cristales de la ventana, y escuchó, creyendo que, acaso, algún murciélago había rozado el vidrio con las alas. Un instante después, se renovó el mismo ruido, que pareció como de fino granizo que hiriese los cristales. Herminia miró al exterior; la noche estaba hermosa y el cielo cuajado de estrellas. Abrió suavemente la ventana y un puñado de fina arena cayó en el cuarto. Se inclinó vivamente con una palpitación de esperanza, y á menos de un metro por debajo de la cornisa de piedra vió una forma negra que estaba de pie en el herraje de la estufa. La joven dejó escapar una exclamación. La sombra se separó un poco del muro y Herminia reconoció á su marido.

— ¡Mauricio, dijo, en nombre del cielo, bájate de ahí; ¡te vas á matar!

— ¡Silencio! dijo el pintor en voz baja; no hay ningún peligro. Si no temiera hacer ruido, ya estaría á tu lado. ¿Dónde habita tu tía?

— Al lado mío, respondió Herminia.

— Entonces, vamos despacio. ¿Tienes cortinas sólidas?

— Tengo algo mejor... La cuerda con que estubo atado mi baul... Es muy gruesa...

— ¡Bueno! ¡átala á esta barra de apoyo...

— Pero, ¿y si se rompe?...

— No se romperá.

— Pero, ¿qué intentas?

— Lo sabrás dentro de un instante... ¡Cuidado!... Se abre una ventana...

Mauricio se pegó al muro y Herminia no se movió.

En el silencio de la noche se oyó la voz de Clementina, que decía:

— ¿Eres tú, Bobart, el que está abajo?

— Sí, excelente amiga; respondió sordamente otra voz.

— Éntrate y echa bien los cerrojos.

La señorita Guichard cerró la ventana y Herminia respiró libremente.

— Herminia, dijo Mauricio con una alegría que,

en tal momento, pareció caballeresca á la joven; no es Bobart el que ha respondido, es mi tutor, que está esperándome al pie de la estufa...

La esposa acabó de atar la cuerda y la dejó caer hacia afuera; Mauricio la cogió y de un solo esfuerzo llegó hasta la cornisa. Su mujer tenía tal miedo de verle caer, que le cogió del brazo y le atrajo hacia ella con una fuerza inesperada. Tenía de este modo la boca tan cerca de la cara de la mujer amada, que no pensó más que en aprovechar tan feliz circunstancia y el grito de júbilo de Herminia se apagó con un beso. Después la curiosidad recobró su imperio, y la joven preguntó:

— Pero, ¿cómo has llegado hasta aquí?

— Saltando el foso. El perro no estaba allí ya, para mordirme las pantorrillas...

— ¿Lo había intentado?

— Sí, el primer día; entonces traje conmigo el perro gris... y ya has visto cómo le ha tratado.

— Pero, ¿y si hubieras encontrado al guarda?

— Le he encontrado varias veces...

— ¡Oh! Dios mío...

— Lo que me ha costado veinte francos por vez... Esta noche, ciento... pero hoy la cosa era más grave... ¡había escalada!

— ¡Qué dicha, que ese hombre sea un bribón!

— Sí; ya lo ves, nada es inútil. Hasta los malvados sirven para algo.

— En fin, has llegado hasta aquí. Y ahora, ¿qué vamos á hacer para marcharnos?

— ¡Ah! Has dicho « marcharnos », dijo Mauricio alegremente.

— No creerás que quiero quedarme con mi tía...

— ¡No! querida Herminia; pero me llena de gozo que me hayas evitado pedirte que me sigas.

— ¡Oh! mi único amigo, exclamó llorando la joven, ¿qué me queda fuera de ti? ¿Con qué puedo contar más que con tu ternura? ¡Ya ves qué desgraciada soy y cuán injustamente... ¡Ámame mucho, para consolarme de tantas tristezas!

— ¡Te amo! ¡Te amo! querida mía, con toda mi alma. No tengo más que á ti y á mi buen padrino... ¡Oh, sí! Te amo y yo haré que todo lo olvides.

Un puñado de arena que venía del parque les volvió al sentido de la realidad.

— Es mi padrino, que se impacienta... Y tiene razón... Vámonos.

— ¿Por dónde?

— Por la puerta.

— Pero, está cerrada por fuera...

— ¿No es más que eso?

Sacó del bolsillo un estuche complicado, abrió

una hoja en forma de destornillador y con la tranquila habilidad de un ladrón de oficio, se puso á desmontar la cerradura, que á los cinco minutos estaba sobre la mesa. Entonces, cogiendo la cuerda y metiéndola en el bolsillo, dijo :

— Ponte un abrigo y un sombrero y huyamos.

— Pero, si encontramos alguien...

— Le compro ó le mato; como él quiera.

— ¡Vamos!

Herminia, en la exaltación propia del caso, llegaba á creer muy naturales esos medios extraordinarios. Salieron al corredor y á paso de lobo, se encaminaron hacia la escalera que bajaba á las dependencias. Los criados debían estar durmiendo, porque todo estaba apagado en el castillo. Un rayo de luna, muy molesto, iluminaba la galería y la escalera; y el patio estaba enteramente blanco. Llegaron al piso bajo y estaban orientándose para llegar á la cocina, que tenía una puerta al patio, cuando del lado del vestíbulo, hacia la derecha, se oyeron unos pasos. Los fugitivos se detuvieron en un rincón y Mauricio miró en aquella dirección y murmuró :

— ¡Es Bobart!

Herminia sintió un horrible temblor. El abogado avanzaba con una linterna en la mano y su inevitable escopeta en bandolera. Había declarado que

no se servía de su arma habitualmente; pero ¿quién sabe de lo que es capaz un torpe dominado por el miedo? Lo menos que podía hacer, era despertar á todo el castillo. ¡Y entonces, escándalo, lucha, prisión acaso! En un momento, el cerebro sobrecitado de Herminia imaginó muchos dramas.

Bobart venía, sin embargo, muy pacíficamente. Había cerrado todas las puertas y se disponía á acostarse. Se aproximó al sitio en que los dos jóvenes estaban como embutidos, y en el mismo instante, una mano tan rápida como vigorosa le cogió la escopeta y se la arrancó. Con gran espanto, Bobart se encontró frente á frente con Mauricio, que tenía á Herminia á su lado.

— ¡Señor!... exclamó...

Y no pudo acabar. Cinco dedos se habían enroscado á su cuello y le apretaban tan enérgicamente, que su cara se puso morada.

— ¡Ni una palabra! dijo Mauricio, ó te estrangulo como á un pollo...

Bobart no hubiera podido pronunciar esa palabra aunque le hubieran ofrecido por ello el trono de Francia. No hubiera exhalado ni un suspiro. Mauricio soltó su presa y dijo en un tono que no admitía réplica :

— Nos vamos mi mujer y yo. Usted va á conducirnos hasta el extremo del parque; allí quedará

libre y no tendremos nada que temer de usted ni de los suyos. Vaya usted delante y al menor intento de despertar la alarma, no le dejo hueso sano.

Bobart, cogido por el brazo, abrió él mismo la puerta y como quisiera alumbrar el camino con su linterna, dijo Mauricio:

— ¡Demasiadas atenciones! La luna basta... y sobra. Hay que ir á buscar á mi padrino á la estufa.

Ante la idea de encontrarse enfrente de Roussel, Bobart se estremeció, pero echó á andar, sin embargo. No tenía deseo alguno de resistirse. Pasaron por debajo de la ventana de Herminia, que aún estaba abierta, y Roussel se les reunió sin hacer una pregunta y sin que pareciese que había reconocido á Bobart. Atravesaron el parque, pero en vez de dirigirse hacia el foso, llegaron á una puerta practicada en el muro. Bobart la abrió y á cincuenta pasos vió un coche que estaba parado en la esquina de un camino de travesía. Al llegar á la cabeza del caballo, un hombre que guardaba el coche, se adelantó y dijo:

— ¿Está aquí la señora?

— Aquí está, respondió Roussel, que habló entonces por primera vez.

— Suba usted, señora.

Herminia se disponía á poner el pie en el estribo;

pero el tutor de Mauricio, cogiéndola por el talle, la atrajo hacia sí y con emoción que se comunicó á la joven, dijo:

— Ahora que está usted libre, niña querida, abracémosnos.

Se volvió después hacia Bobart, y, con voz muy tranquila, añadió:

— Adiós, Bobart; estoy tan contento, que olvido todas sus canalladas. Pero no abuse usted de mi benignidad para volver á las andadas, porque en ese caso, no seré ya tan indulgente. ¡Mis recuerdos á Clementina! Subió, y el coche partió al trote de un caballo que podía correr diez y ocho kilómetros por hora.

Bobart, muy corrido, emprendió el camino del castillo, murmurando: « Y ahora, ¿qué voy á hacer? ¿Conviene despertar á la señorita Guichard? ¿Conviene esperar á mañana para darle la fatal noticia? Si la despierto, noche toledana... pero si no la despierto, me acusará de falta de celo... Ahora no hay que esperar que separe á Herminia de su marido; nada une á dos jóvenes como una aventura corrida así, en común. Mauricio resulta embellecido por un prestigio novelesco; ¡ha conquistado á su mujer!... ¡Vaya usted á quitársela ahora! Herminia se dejaría morir de hambre, se ahorcaría con sus cabellos, se arrojaría por la

ventana, alborotaría todo el barrio, mejor que seguir por segunda vez á la señorita Guichard. El negocio está perdido, absolutamente perdido. Clementina está derrotada en toda la línea... ¡Falta saber cómo tomará la cosa! Si se enfada, puede desheredar á su sobrina, y entonces yo recobro la herencia... ¡que vale la pena!... Así pues, debo mostrar un gran celo en estas circunstancias; todo hace creer que recibiré la recompensa con el tiempo. »

Durante este monólogo, se acercó al castillo. Sin vacilar, fué á la campana que servía para llamar á comer y, tirando vigorosamente, rompió el silencio de la noche con un repique rabioso. Al cabo de un instante aparecieron luces en los corredores y se mostraron en las ventanas formas inquietas.

— ¿Qué hay? preguntó el criado.

— ¡Llame usted á la señorita, despiértela! gritó Bobart, con voz entrecortada de intento.

— ¿Hay fuego en el castillo? preguntó imperiosamente Clementina, que apareció en chambra y gorro de dormir. ¿Qué significa ese ruido, Bobart?

— ¡Ah! buena y querida amiga, balbuceó el abogado, ¡qué suceso!

— Pero ¿qué, qué ha sucedido? Habla, pues, en vez de gimotear!

— Pues bien... ¡Tu sobrina ha partido!

— ¡Ha partido! exclamó la señorita Guichard. ¿Pero cómo? ¿Por dónde?

— Con su marido; por la puerta.

— ¡Ven aquí! ordenó la solterona; y levantando la cabeza hacia los criados, que estaban asomados á las ventanas del piso superior, añadió: « ¡Vosotros, volved á acostaros!

Todas las ventanas se cerraron y reinó de nuevo el silencio. Bobart trepó por la escalera, y á penas llegado al descansillo, la mano convulsa de Clementina le atrajo hacia el salonillo.

— ¡Ahora... veamos, Bobart; ¿qué es eso que dices ahí?... ¿Herminia?

— Se ha marchado con Mauricio, hace un cuarto de hora.

— ¡Corramos! Los alcanzaremos...

— Tienen un caballo demasiado bueno para eso...

— Pero, ¿quién les ha abierto la puerta? gritó Clementina con desesperación.

— Ellos mismos se la han abierto.

— ¿Y Mauricio estaba en el castillo?

— Y por poco me estrangula.

— ¿Dónde le has encontrado?

— En el piso bajo. Su mujer estaba con él.

— ¡La infame!

— Se arrojó sobre mí de improviso y no pude defenderme.

— ¡ Haber tirado, al menos; ¿ no tenías la escopeta ?

— La tenía.

— Pero, según veo, no te sirve jamás...

— Me la arrancó al principio de la lucha...

— ¡ Luego ha habido lucha ! ¡ Y nadie ha oído nada ! ¿ No podías gritar ?

— ¿ No te digo que me estrangulaba ? Y su endiablado tutor vino en su socorro.

— ¡ Roussel ! ¿ Estaba allí ?

— Era el hombre de blusa del día anterior.

— ¿ Qué hombre de blusa ?

— El que dormía al lado del foso.

— ¿ El que nos insultó ?

— ¡ No ! Éste debía ser Mauricio...

— ¡ Y me llamó « vieja. » ¡ Ira de Dios !

— É hizo devorar tu perro por aquella bestia rabiosa... como me hubiera asesinado hace un momento, si yo hubiera resistido...

— ¡ Es decir que no has resistido !

— Todo lo que he podido, buena y dulce amiga...

La buena y dulce amiga, no sabiendo sobre quién desahogar la bilis que le carcomía el corazón y el cerebro, arrojó sobre su aliado una mirada feroz y con la boca contraída por una amarga risa, dijo :

— ¡ Bobart ! si no fueras tan estúpido, creería que me has hecho traición...

— ¡ Mi buena amiga !...

— ¡ Bobart ! tienes una cobardía que me repugna.

— ¡ Querida amiga !...

— ¡ Bobart ! tú tienes la culpa de todo lo que ha sucedido. ¡ Me has aconsejado estúpidamente !...

— ¡ Yo no he...

— Y cuando era necesario mostrar energía, has sido blando como papel mascado...

— ¡ Sin embargo !...

— El único partido que yo podía tomar era unirme sinceramente á la joven pareja y reconciliarme con Roussel. Tú eres el que me ha extraviado con tus maniobras interesadas y tus perversos consejos...

— ¿ Es posible ? Pero si jamás...

— Después de lo que acaba de suceder, comprenderás que debemos separarnos para siempre.

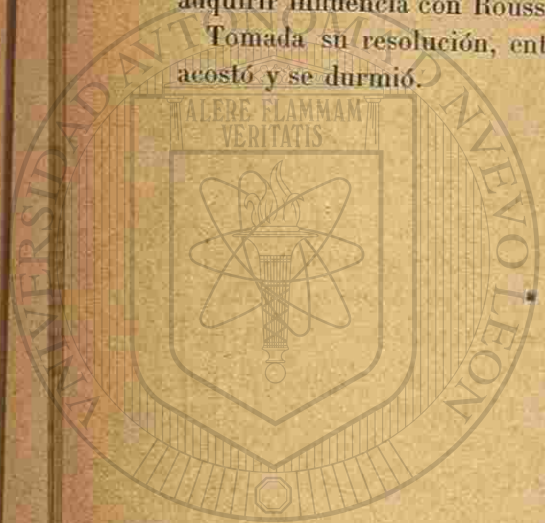
— ¡ Oh !

— Yo me voy á París mañana temprano. Tú, partirás cuando gustes. ¡ Buenas noches ! Vete á descansar, rayo de la guerra ; ¡ bien lo has ganado !

Le asió por el brazo, le empujó hacia el corredor y cerró violentamente la puerta detrás de él. Una vez sola, se sentó y meditó durante una hora. Después se levantó y se encaminó á su cuarto pensando :

— Sí; no me queda más que ese medio de arreglar mis asuntos de un modo honroso. ¡Una reconciliación! Acaso de este modo vuelva á adquirir influencia con Roussel.

Tomada su resolución, entró en el cuarto, se acostó y se durmió.



CAPÍTULO XI

QUE TRATA DE UN ANTIGUO RUEGO OCULTO BAJO LA
CENIZA.

En el hermoso comedor de la quinta de Montretout, Roussel, Herminia y Mauricio acababan de comer. Los jóvenes y su padrino estaban locos de alegría. Por la ventana, que daba al jardín, entraban perfumes de clemátida y el sol, al ocultarse en el horizonte por detrás de los bosques, se apagaba en un cielo matizado de rosa, verdoso y anaranjado.

— ¡Qué diferencia! decía Herminia, entre esta deliciosa comida y las que hacía en Rouxmesnil, entre mi tía y Bobart!

— Sí; ¡ se acabó la tristeza! Mañana nos vamos á Florencia y Venecia.

— También debía partir para el extranjero con mi tía... Estoy predestinada á los viajes.

— Con la señorita Guichard ese viaje hubiera sido un destierro.

— Mientras que, contigo, querido Mauricio, voy á ver países... ¡Qué contenta estoy!

— ¡Enhorabuena! dijo Roussel. Desde que empezamos á comer, esta es la segunda vez que lo dices.

— ¡Tengo tal placer en explayarme, en desbordar, en hablar como pienso y en pensar como me agrada... ¡Oh! aquí respiro... renazco.

— ¡Querida Herminia!

— Y es que usted no me turba absolutamente nada. Delante de mi tía no me atrevía á decir una palabra... Con usted, las ideas me acuden naturalmente... Y me parece que no soy tan imbécil como suponía el señor Bobart...

— ¿Cómo?

— Sí; un día, al pasar por delante de las ventanas del salón, oí á Bobart que decía: « Esta pequeña es bastante bonita, pero imbécil como un ganso... »

— ¡Viejo idiota! exclamó Roussel.

— ¡Despreciable bribón! dijo Mauricio.

— ¡Debe hacer una buena figura, añadió el joven, frente á frente de la señorita Guichard, en el gran comedor de Rouxmesnil!

— ¡Suponiendo que estén allí! dijo Roussel moviendo la cabeza.

— ¿Dónde cree usted que podrán estar?

— Bobart, en el demonio; yo me refiero á Clementina. Desde el momento en que no le ha necesitado, le habrá puesto en la calle sin tardanza. Pero... ¡Ella! ¡Tiemblo á la idea de que pudiese aparecer!

— ¡Aquí! dijo Mauricio con un ademán de duda.

— Sí, hijos míos; aquí.

Herminia se aproximó instintivamente á su marido, como si esperase necesitar su protección.

— Desde esta mañana os veo regocijaros; os oigo cantar victoria... y os dejo hacer. Hay que gozar de los buenos instantes, cuando se presentan; siempre es esto una ventaja sobre los fastidios de la existencia. Pero yo, que soy viejo y experimentado y, sobre todo, que sé, á mi costa, quién es Clementina, preveo el porvenir y espero algún nuevo asalto.

— ¡Le rechazaremos!

— Sin duda. Pero siempre que hay batalla, hay golpes y heridas. Los golpes, los daréis vosotros, sea; pero acaso echéis de menos el tiempo en que los recibíais.

— ¿Por qué?

— Porque contra Clementina tirano tenéis vuestra conciencia primero y la opinión del mundo después. Mientras que contra Clementina víctima...

— ¿Víctima? exclamó Mauricio; víctima de sus propias maquinaciones.

— Todo lo que tú quieras, pero víctima triste, abandonada, después de haber educado á Herminia y de haberla educado bien. Si la hubiera casado con X ó Z, hubiera sido excelente para el marido de su sobrina... Las personas que la conocen la encontrarán muy desgraciada y tendrán razón, porque lo será... Y nos acusarán de esa desgracia... Olvidarán las faltas, para no ver más que la expiación.

— Pero, ¿entonces! dijo Mauricio turbado.

— Entonces, la situación es delicada. Pienso en ello desde esta mañana. Si tenemos la suerte de que la señorita Guichard arroje rayos y llamas y nos cubra de maldiciones y de injurias, nuestro asunto será bueno... Pero si se entenece y viene á buenas... ¿No sé cómo saldremos del lance!

— ¿Se sale siempre!

— Sin duda. Pero es preciso salir correctamente... ¿Dios sabe si he sido paciente, y tranquilo y silencioso, cuando me colmaba de malos tratamientos! Pues bien, no han faltado personas que me quitaran la razón, á pesar de todo, porque yo era hombre y Clementina, mujer. ¿Juzgad lo que se diría de vosotros, hijos rebelados contra una madre!

— ¡Pero eso sería estúpido!

— ¿Y crees que el mundo no lo es? Con una actitud sentimental bien adoptada se le entenece, y está dado el golpe.

— Entonces, padrino mío, ¿usted supone que la señorita Guichard ha dejado Rouxmesnil?

— Esta mañana, á primera hora.

— ¿Y que está en París!

— Y acaso en camino para Montretout.

Como si las palabras de Roussel hubiesen tenido el poder de evocar á la que todos temían ver aparecer, una campanada resonó en la puerta, la verja del jardín se abrió y en la vaga obscuridad del crepúsculo, avanzó una sombra negra, silenciosa, amenazadora. Siguió la calle de árboles, llegó á la escalinata, la subió lentamente y desapareció en el vestíbulo.

Roussel, Herminia y Mauricio, de pie delante de la mesa, se miraban estupefactos, aterrorizados, mudos. Por último Mauricio, como si no creyese á sus ojos, se inclinó hacia el jardín y buscó al espectro.

Pero no vió más que un coche de alquiler que se colocaba delante de la verja, esperando á la terrible visitante.

— ¡Es ella! dijo por fin Roussel en voz baja. ¿Vais á ver!

— ¡Oh! Dios mío, suspiró Herminia, y se echó

en los brazos de Mauricio, como si temiese que los separasen de nuevo.

En este momento, se abrió la puerta del comedor y Federico, pálido, avanzó diciendo en tono consternado :

— ¡ Señor! Es la señorita Guichard...

— ¡ Oh! Bien la hemos visto, contestó Roussel con calma. Hágalas entrar en el salón.

Y volviéndose hacia los jóvenes, dijo :

— Hijos míos, no hay que titubear, es preciso recibirla... así, con sangre fría. Hablad poco... y escuchad mucho... Si se dicen atrocidades, es mejor que las diga Clementina... Aquí estoy yo... ¿ Si? Entonces, seguidme.

Abrió la puerta del salón y con la misma tranquila seguridad de ocho días antes en el salón de la señorita Guichard, dijo :

— Buenas tardes, mi querida prima... Sé bienvenida á mi casa.

Clementina, de pie y contraída, esperaba el choque, y aquella acogida cortés, después de tantas villanías hechas por ella, la desconcertó. Cambió de fisonomía, sus manos temblaron, y viendo á Herminia que, aterrada, se había detenido á tres pasos, se puso á gritar :

— ¡ Mi hija! ¡ Oh, Dios mío! ¿ Me aborreces ya? Entonces ¿ qué va á ser de mí?

Grandes sollozos sacudieron nerviosamente á la solterona, que, avergonzada de su debilidad, se cubrió el rostro con las manos y cayó aniquilada en una butaca.

No se rompen fácilmente los lazos de una afeción de veinte años, cuando se tiene un corazón tierno y generoso; Herminia fué la prueba. No pudo ver llorar tan amargamente á la mujer que la había educado y dejando el brazo de Mauricio, corrió á la señorita Guichard, con los ojos llenos de lágrimas y exclamando :

— ¡ Tía mía! No llore usted más... ¡ Me desgarras usted el corazón!

— ¡ Ah! ¡ Por fin te encuentro! balbuceó Clementina, estrechando á Herminia hasta ahogarla. ¡ Ah! querida niña, con la que he sido tan dura y que me absuelve sin una vacilación!... ¡ Oh! pequeña mía!... ¿ Cómo obtener jamás que olvides todo ese daño?... Pero ¡ estaba loca! ¿ sabes? ¡ No sabía lo que hacía!...

Las dos mujeres se abrazaron como si se vieran después de haber escapado las dos de un gran peligro. Roussel las miraba con aire inquieto y murmuró al oído de Mauricio :

— ¡ Esto es lo que yo temía! Y es mayor el peligro porque esta mujer parece sincera.

— Si es sincera, todo puede arreglarse...

— Si ¡pardiez! por ocho días!... Pero, ¿después?...

La señorita Guichard, teniendo á Herminia como escudo contra el resentimiento de los dos hombres, se volvió hacia Mauricio y dijo:

— Y usted, pobre amigo, ¿podrá perdonarme todo lo que le he hecho sufrir? Estaba mal aconsejada... Me han empujado en el sentido á que me inclinaba, en lugar de contenerme... Pero me doy cuenta de mi error y ¡quisiera á toda costa repararle!...

— No debo acordarme más de lo que usted me ha hecho, querida tía; es, por tanto, inútil hablar de ello. Pero hay alguien respecto del cual usted ha cometido faltas serias... Á éste no le ha dicho usted nada todavía...

La señorita Guichard lanzó un doloroso suspiro y bajó la cabeza con desesperación. ¿Sentía remordimientos por lo que había intentado contra Roussel, ó solamente disgusto por no haber vencido? El diablo sólo hubiera podido saberlo, porque sólo el diablo podía leer en el alma de la solterona. Mauricio continuó:

— Si usted quiere que la semana que acaba de pasar se borre de nuestra vida, es preciso que emprendamos de nuevo la existencia tal como la habíamos arreglado el día de mi boda. La base de

nuestro convenio era el perdón franco y sin reservas de los daños recíprocos y la concordia en la familia. ¿Está usted resuelta á firmar la paz en esas condiciones?

— Estoy á vuestra discreción, gimió la señorita Guichard.

— No; no es así como hay que responder, interrumpió Mauricio con firmeza. Usted es libre; nada la imponemos; haga usted lo que desee. ¿Quiere usted vivir en adelante en buena inteligencia con todos nosotros?

— De todo corazón.

— ¿Comprende usted bien lo que quiere decir « todos? »

— Lo comprendo y lo aceptó.

— Entonces abracémonos, tía mía, y que no se hable más del asunto.

Á estas palabras, Herminia saltó de alegría, pero fué la única que manifestó satisfacción cordial. Había ya pasado la efusión del primer momento, y la señorita Guichard y Roussel tenían la frente cargada de nubes. Mauricio los miraba con inquietud. Clémentina pensaba: « ¡Yo sufro el yugo; no hay que decirlo: estoy vencida y él triunfa! » Roussel decía para sus adentros: « Hemos obtenido una victoria como la de Pirro: ¡otra como esta y estamos perdidos! ¿Quién se

encargará de atar corto á esta loca cuando haya vuelto á sus veleidades belicosas? Habrá perpetuamente en nuestra vida causas de disgusto, y la tranquilidad de estos muchachos no estará segura. Por otra parte. ¿Es sincera cuando promete mostrarse razonable? ¿No representa una comedia? ¿No prepara nuevas baterías para aplastarnos? Es preciso saberlo y yo soy el único que puede penetrar sus intenciones.»

Levantó la frente y adelantándose hacia Clementina :

— Has tratado con Mauricio y con Herminia : está muy bien, dijo graciosamente; pero no estás arreglada conmigo. ¿No te parece, mi querida prima, que tenemos algo que hablar? Es preciso no ocultar nada en el corazón en una situación como la que vamos á afrontar. Vacíemos, pues, nuestro saco, para no volver más sobre el asunto.

La señorita Guichard asintió con una inclinación de cabeza, pero su cara estaba tan sombría que Mauricio y Herminia se miraron con ansiedad. De esta conversación suprema, ¿saldría una nueva guerra ó la paz definitiva? Todo era de temer. La pólvora y el fuego puestos en contacto no podían producir más formidable explosión que Roussel quedándose en presencia de Clementina. Sin embargo, á una señal de Fortunato, los jóvenes se

cogieron del brazo y salieron. Por lo menos ahora estaban seguros de que nadie conseguiría separarlos.

En el salón, Roussel y Clementina se examinaban en silencio. Quien los hubiera visto en este momento, difícilmente hubiera pensado que estaban bien dispuestos el uno para el otro. Roussel tomó el primero la palabra y dijo tranquilamente :

— Dime, querida prima, ¿es seria tu resolución?

— Si no lo fuera, replicó la señorita Guichard, ¿qué hacía yo aquí?

— ¡Eh! ¡Buena es esa! Estás aquí porque no has tenido otro remedio. Si Herminia estuviera todavía en Rouxmesnil, ¿nos ofrecerías la paz?

Á estas palabras que le recordaban la afrenta recientemente sufrida, Clementina cambió de color, y con voz agria dijo :

— Primo, te felicito : llevas bien la blusa.

— ¿Qué sabes tú, si no me has visto?

— Me lo han dicho.

— ¿Quién? ¿Ese canalla de Bobart?

— Ese... ;tranquilízate; no le verás más!

— Después de su mala suerte, no lo dudo. Tú eres como Napoleón; en punto á lugartenientes no te gustan los que no tienen suerte...

— ¡Ah! ¡Bien me la habéis jugado!

— ¡Regular!

— Pero ¿dónde habitabais?

— Cerca de Auffay, en el castillo de Perceville...

El perro gris también era de allí...

— Habéis hecho bien en no volverle á llevar. Le había hecho preparar veneno.

— Lo sospechaba.

— ¡Eres hábil!

— La escuela de la desgracia. Tú eres la que me has formado.

Se miraron, él desconfiado, ella, ya exasperada.

— Si no hubiera sido abandonada por Herminia, no me tendrías á tu discreción.

— Bien lo sé. Debías haberte conducido con Herminia de modo tal que la hiciese incorruptible. Mira como Mauricio no me ha abandonado...

— ¿Y por qué el uno ha sido fiel, mientras la otra me ha hecho traición?

— Voy á explicártelo. Eso proviene, sencillamente, de la diferencia de nuestros caracteres. Yo he pasado mi vida amando á Mauricio por él mismo. Tú, has amado á Herminia por tí. Esa niña no ha sido en tus manos más que un instrumento de rencor y con ese tacto fino de las mujeres, Herminia ha acabado por darse cuenta de ello. De aquí la pérdida inmediata de toda confianza. Jamás ha dudado Mauricio de que yo estuviese

pronto á sacrificarlo todo por verle dichoso; por eso ha seguido ciegamente mis consejos. Herminia no estaba completamente segura de que tú obrases en su interés y, en un momento dado, ha visto que la tratabas como enemiga. Entonces ha desertado. Esto es sencillo y lógico y no podías evitarlo.

La señorita Guichard bajó la cabeza sin responder. Roussel continuó:

— Á estas horas, después de tus lágrimas y tus promesas, apostaría á que esa niña no está muy segura de tí. Se pasea por el jardín con su marido y hablan ¿sabes de qué? de la situación que les produces, y dicen: «¿Cómo acabará esto?» Y si acaba esta noche, ¿volverá á empezar mañana? En la vida, llena de promesas de esos muchachos, has conseguido ser un estorbo...

Cogió á la señorita Guichard por la mano y, con autoridad, la acercó á la ventana. La luna alumbraba los macizos del jardín y, cogidos del brazo, los dos jóvenes paseaban á lo largo de las filas de plantas, refrescadas por el aire de la noche. Iban lentamente, con paso cadencioso, graciosos y encantadores.

— ¡He ahí, sin embargo, lo que querías impedir, continuó Roussel con severidad. Has opuesto tu veto á esa felicidad. Bien se conoce que nunca has sabido lo que era amar.

Clementina levantó la frente, sus ojos brillaron, un ligero rubor acudió á su cara, y dijo con voz entrecortada :

— ¡Tú sabes muy bien que lo que dices es falso! Sí; he amado, y demasiado exclusivamente, á un hombre que me ha despreciado... ¡Si! He amado! Bien puedo confesártelo ahora que soy vieja. Por haber amado demasiado, he sufrido tanto... Yo también había soñado con andar en la vida del brazo de un hombre que fuese todo para mí... y mi sueño se ha disipado. Yo hubiera sido, como otra cualquiera, tierna y buena con el que amaba, si hubiera sabido disimular la vivacidad de mi carácter, un poco absoluto acaso. Yo hubiera sido una esposa llena de abnegación y una madre apasionada... ¡Oh! Si hubiera tenido un hijo... ¡mío! le hubiera adorado! ¡Cuántas veces he llorado de pena y de cólera al pasar por los jardines donde jugaban los niños á la vista de sus madres!... La envidia, el pesar me oprimían el corazón y achacaba la responsabilidad de mis torturas al que habia desbaratado mis proyectos y destruído mi porvenir. ¡Y eres tú el que me acusa de no haber amado! ¡Tú! Después de lo que acabo de decirte, confiesa que es una ironía muy cruel y muy inmerecida.

— Pero, Dios mío, mi querida prima, dijo

Roussel con algún embarazo ; me haces más culpable de lo que lo he sido. Si hasta ese punto te horrorizaba el celibato, con tu fortuna, hubieras podido sustituirme con ventaja. Por falta de hombre el matrimonio no fracasa.

— Ninguno me agradaba sino tú.

— ¡Por espíritu de contradicción!

— ¡Á mi costa, en todo caso! Porque por ti he quebrado mi vida. Amaba el mundo, y he tenido que vivir retirada. Sin familia, mi solo consuelo ha sido la adopción de una niña que no era nada mío. He tenido que comprimir todos mis sentimientos y he envejecido estéril é irritada... Todo por tu causa. Cuando te oía hace un momento enumerar mis faltas, encontraba que eran muy pequeñas comparadas con las tuyas. Sí, he sido mala; he querido vengarme de ti; pero ¿no has hecho tú todo lo posible por incitarme á ello? Si, tú, causa primera de nuestras disensiones, debieras ser responsable de lo que ha sucedido, y yo sola soy castigada. Porque, tú lo decías hace un instante y has tenido buen cuidado de explicármelo; se me tolera, se me sufre, pero no se me ama. Si tengo un poco de orgullo, después de lo que me has declarado, debo desaparecer y marcharme á terminar mi vida en un rincón, sola, arrastrando mis últimos días con el pensamiento

devorador de que todo el mundo es dichoso, menos yo!

Esta vez, era sincera. Roussel lo veía claramente y se conmovió. Su conciencia se había sublevado al oír á Clementina y le advirtió de que la mitad de las acusaciones que ésta le dirigía, eran ciertamente merecidas. Le había faltado paciencia: había desconocido la voluntad suprema del tío Guichard é infligido una cruel afrenta á la mujer que le estaba destinada. Después de todo, el matrimonio acaso la hubiera transformado. Otros milagros mayores se habían visto. ¿Quién sabe si hubiera podido ser, como ella decía, buena esposa y excelente madre! Y por él, por un amor exclusivo, que en el fondo le halagaba, y le hacía sonreír con cierto deje de contento, había permanecido soltera. Aquello era un agravio muy duro, por el cual no resultaba castigado... La miró con algo mayor benevolencia y experimentó un sentimiento tan parecido á la simpatía, que se quedó asombrado. ¿Era posible que Clementina le pareciese soportable? Fortunato dijo:

— ¿Por qué exageras las cosas? ¿Quién te dice que te vayas? Si tu orgullo te impulsa á marcharte, resistelo y permanece en medio de nosotros.

— Sufriría demasiado. Mi situación será siempre inferior... No olvidaréis nuestros antiguos disen-

timientos, mi resistencia y mi derrota... Á ti, te amarán; á mí, me tolerarán... Yo no podré soportarlo y volveré á ser mala... y os haré daño á todos...

Esta confesión turbó á Roussel más que todo lo que acababa de oír. Puesto que la señorita Guichard se daba cuenta de su estado, todavía era posible curarla. Si se la dejaba entregada á sí misma, los irresistibles impulsos de su carácter batallador la arrojarían á cometer excesos que serían causa de cuidados y penas para Mauricio y Herminia. Era preciso á toda costa apoderarse de ella. Fortunato permaneció un momento pensativo, y después, aproximándose á su enemiga, dijo:

— Veamos, Clementina; esos muchachos y nosotros empezamos una existencia nueva. ¿Quieres que el porvenir sea en todo diferente del pasado? Estoy decidido á ayudarte sinceramente. Retrocedamos veinte años. Tú no tienes más que veintitrés y yo treinta y cinco. El tío Guichard acaba de morir y nosotros somos prometidos... Pretendes que hubieras podido ser una buena esposa; pruébalo.

La señorita Guichard se puso pálida como si fuera á morir. Sus ojos interrogaron confusamente la cara de Roussel, que estaba grave y solemne. Después balbuceó:

— Fortunato... ¿qué quieres decir? No me des una falsa alegría... ¡Me matarías!

— ¡Lejos de mí tal pensamiento! Quiero que vivas para que te muestres perfecta. En consecuencia, Señorita Guichard, ¿quiere usted hacerme el honor de concederme su mano?

Clementina permaneció un momento inmóvil, vacilante, bajo aquel golpe tan inesperado. Un temblor nervioso agitó sus labios y no pudo responder. Su fisonomía, alterada, expresaba al mismo tiempo la pena del pasado lamentablemente perdido, y la loca alegría de un porvenir por tanto tiempo deseado y reconquistado por milagro.

Roussel creyó que perdía la cabeza. Pero todo duró el espacio de un segundo. Se recobró y en un delirio de dicha que indemnizó á Roussel del esfuerzo que acababa de realizar, exclamó:

— ¿Que si quiero? ¡ Ah! ¡ Dios mío! hace veinte años que sueño con esas palabras...

Y con tanto vigor en la afección como había mostrado en el odio, saltó al cuello de Fortunato.

En el mismo momento, Mauricio y Herminia, un poco inquietos al ver lo que duraba la conferencia, abrieron la puerta del salón. El espectáculo que se ofreció á sus ojos era de tal modo sorprendente, que permanecieron inmóviles: la se-

ñorita Guichard y Roussel se abrazaban, y no para ahogarse, porque ambos reían con algo de enterrecimiento.

— Venid, hijos míos, dijo Roussel. Deseabais la concordia y vamos á daros la unión. En adelante, formaremos una sola familia: me caso con la señorita Guichard.

Mientras Herminia, dando un grito de júbilo corría hacia su tía, Mauricio se inclinó hacia su padrino:

— Eso es más que adhesión, dijo; ¡es heroísmo!

— ¡Bah! contestó Fortunato; hay que saberse sacrificar por los suyos. Y luego, después de todo... Acaso tengamos una sorpresa.

La tuvieron. Sin duda alguna, la merecían; pero, como hacía observar Roussel á la joven pareja con sonriente filosofía, nadie es tratado en la vida según sus méritos.

Una nueva Clementina, aquella á quien sólo Herminia había conocido hasta su boda con Mauricio, se reveló á Fortunato. Buena, alegre, un poco imperiosa, pero perfecta dueña de su casa, la baronesa — porque ha conseguido ser baronesa y no desespere de serlo de Pontournant — asombra á los suyos por las cualidades de su corazón. Cal-

mado su rencor, ha vuelto á lo que estaba destinada á ser; una mujer muy viva, pero excelente, que se esfuerza en pagar con amabilidades los movimientos un poco bruscos de su carácter. Roussel se acostumbró á ella prontamente. Y un día en que se hablaba delante de él de una mujer muy dulce y un poco pasiva:

— ¡Desengáñense ustedes! exclamó; una mujer sin carácter es como una ensalada sin vinagre!

— Sí, amigo mío, insinuó Clementina con deferencia; ¡pero también es preciso que la ensalada tenga un poco de aceite!

FIN.

INDICE

CAPITULO	Pág.
I. — De cómo se puede odiar por haber querido demasiado.....	1
— II. — De cómo una casualidad vuelve á encender la guerra.....	28
— III. — Donde hacen traición los aliados con quienes se creía poder contar.....	54
— IV. — El ataque y la defensa.....	84
— V. — Donde la victoria se inclina del lado de la bondad.....	106
— VI. — Dominada por la maldad.....	130
— VII. — El rapto.....	148
— VIII. — El secuestro.....	174
— IX. — El bloqueo.....	192
— X. — En el que se rompen las cadenas..	215
— XI. — Que trata de un antiguo fuego oculto bajo la ceniza.....	231

